Consideraciones Piadosas

sobre diferentes puntos espirituales

Dispuestas para las almas que desean crecer en el amor divino

Por SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

TRADUCCION DEL ITALIANO

LIBRERIA EDITORIAL SANTA CATALINA
Brasil 864 - U. T. 23-2436

Buenos Aires, setiembre 2 de 1940

PUEDE REIMPRIMIRSE:

† ANTONIO ROCCA

Ob. de Augusta y Vic. Gral.

ADVERTENCIA

Este es uno de aquellos libros que suele buscar con anhelo el alma fiel, porque encuentra en su lectura abundante y sólido material de doctrina. Esto no obstante, en este libro no hay más arte o esmero que en los demás que han salido de la mano de San Alfonso, sólo que al leerle se percibe que el celo del santo obispo se ha desarrollado y extendido más que en aquéllos. Habla también a menudo de la muerte y de la eternidad; pero los objetos con que quiere cautivar a sus lectores son: la muerte del justo y la eterna bienaventuranza.

Quizás ninguno de sus escritos presenta más fielmente la imagen del alma de San Alfonso que el presente; rebosando aquí los dulces sentimientos de que estaba lleno su corazón: no hay en él un orden buscado para titular los capítulos, precaución alguna para contener esa espontánea naturalidad del piadoso sentimiento en que se siente arrobado y que no penetra el hombre del siglo: el

santo autor se dirige al alma fiel, sólo entiende que toda verdad es interesante para ella, y que nada puede significar un orden cualquiera para enunciar las doctrinas que puedan dársele, porque su corazón lo sabe todo de antemano y poco le costaría trazar y seguir después la conexión.

Leamos, pues este libro con sencillez y pronto nos sentiremos penetrados de una dulce unción. La familiar elegancia del autor es un nuevo encanto, una garantía de su fidelidad. El traductor de San Alfonso debe imponerse como un deber sagrado el no adulterarla de modo alguno. Las palabras de los santos valen más que todas las frases del mundo, porque así como con el auxilio del idioma de un pueblo que ya no existe, venimos a descubrir su índole, sus doctrinas y sus costumbres públicas y privadas, así con algunos rasgos escritos del varón santo, con algunas palabras recogidas en la tierra, a manera de las plumas del águila que se remonta a los cielos, una penetración atenta llegará tan adelante, que consiga introducirse en la profundidad misteriosa de aquella alma, que fué en la tierra el templo del Espíritu Santo y que es ahora, inaccesible lumbrera junto al trono del Señor.

Consideraciones piadosas sobre diferentes puntos espirituales

CONSIDERACION I

Pensamiento de la eternidad

San Agustín ha llamado al pensamiento de la eternidad *magna cogitatio*, pensamiento grande. Este pensamiento es el que ha conducido a los santos a considerar los tesoros y grandezas mundanas como paja, fango y basura. Este pensamiento es el que ha conducido a los desiertos y retiradas cuevas a tantos anacoretas, a tantos jóvenes ilustres, y que ha guiado a sepultarse en el retiro y soledad de los claustros a los mismos reyes y emperadores. Este pensamiento es el que ha inspirado a tantos mártires el heroico valor con que han arrostrado los tormentos de los ecúleos, las agonías en los abrasadores hierros, en los voraces llamas de las hogueras.

No: no hemos sido criados para esta tierra. El fin para el cual nos ha colocado Dios en este mundo es la vida eterna, a la cual debemos aspirar y merecerla por nuestras buenas obras (1). Esto es lo que hizo decir a San Euquerio que el único asunto a que debemos atender en esta vida es la eternidad (2). Si acertamos en esta materia, seremos eternamente felices; si no acertamos nuestra desgracia será igualmente sin fin.

Feliz aquel que vive sin perder jamás de vista la eternidad, y cree con fe viva que su fin es inminente, y que se halla en el umbral de la eternidad (3). Esta es aquella fe que hace vivir a los justos en la gracia del Señor, que da vida a sus almas, separándolas de toda afección terrestre, recordándoles los bienes eternos que Dios ofrece a los que le aman.

Santa Teresa dice que todos los pecados traen su origen de la falta de fe. Para vencer nuestras pasiones y tentaciones debemos, pues, reanimar nuestra fe, diciendo: *Creo en la vida eterna,* creo que después de esta vida, que pronto ha de acabar para mí, hay una vida eterna, vida de felicidad o de penas, según sean mis méritos o mis culpas.

(1) Finem vero vitam æternam. *Rom.* 6, 22.
(2) Negotium pro quo contendimus, æternitas est.
(3) Justus ex fide vivit. *Gal.* 3, 11.

San Agustín dice que el que cree en la eternidad y no se convierte, ha perdido el juicio o la fe (1). A este propósito dice San Juan Crisóstomo que los Gentiles, cuando veían cometer algún pecado a los cristianos, los llamaban impostores o insensatos. Si no creéis lo que predicáis, les decían, sois impostores; pero si creyendo en la eternidad, pecáis, sois insensatos (2). ¡Desgraciados, doblemente desgraciados! ¡Las puertas del infierno se abren para recibiros y las puertas del infierno no volverán a abrirse para darles salida!

Santa Teresa repetía a sus religiosas: *¡Hijas mías, un alma, una eternidad!* queriendo decirles: Hijas mías, no tenemos más que un alma; si la perdemos lo habremos perdido todo; y perdiéndola una vez, la habremos perdido para siempre.

El último suspiro que exhalaremos al dar la última boqueada decidirá de nuestra bienaventuranza o de nuestra desesperación eterna. Aunque la eternidad, el paraíso y el infierno no fuesen más que opiniones de sabios y cosas dudosas, deberíamos a pe-

(1) O æternitas, qui te cogitat nec pœnitet aut fidem non habet, aut si habet, cor non habet. *In Soliloq.*

(2) Exprobrabant Gentiles, aut mendaces, aut stultos esse christianos: mendaces, si non crederent quod credere dicebant; stultos si credebant et peccabant.

sar de esto, esmerarnos solícitamente en vivir bien y no exponernos al inminente riesgo de perder nuestra alma para siempre; pero no; no se trata aquí de cosas dudosas; trátase de cosas ciertas que aquellas que pueden examinar nuestros ojos.

Roguemos, pues, al Señor se digne aumentar nuestra fe: *Dómine adauge nobis fidem;* porque si vacilase nuestra fe, vendríamos a ser peores que Lutero y Calvino. Por lo contrario una fe viva en la eternidad que nos aguarda, puede hacernos santos.

San Gregorio, enseña que los que piensan en la eternidad, ni se enorgullecen en la prosperidad, ni se abaten en la desgracia porque no teniendo nada que desear en este mundo, tampoco, tienen cosa alguna que temer en él (1).

Cuando tengamos que sufrir alguna enfermedad, alguna persecución, acordémonos del infierno que tenemos merecido por nuestras culpas; entonces cada cruz nos parecerá ligera y daremos gracias al Señor exclamando: *Misericordia Domini, quia non sumus*

(1) Estas son sus palabras: Quisquis æternitatis desiderio figitur, nec prosperitate attollitur nec adversitate grassatur; et dum nihil habet in mundo quod appetat, nihil est quod de mundo pertimescat.

consumpti (1). Digamos con David: Si Dios no hubiese tenido compasión de mí, mi alma estaría en el infierno desde el día en que tuve la desgracia de ofenderle con un pecado mortal (2). Me había perdido: vos, oh Dios de misericordia, me habéis alargado la mano para arrancarme del infierno (3).

¡Oh Dios mío! vos sabéis cuantas veces he merecido el infierno y sin embargo me ordenáis que espere. Yo quiero esperar, ¡oh Dios mío! y aunque me asustan mis pecados, me infunde valor vuestra muerte, vuestra promesa de perdonar al que se arrepiente: *Al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, Señor* (4). Os he despreciado hasta ahora, pero ya os amo más que a todas las cosas: me arrepiento de haberos ofendido. Tened piedad de mí Jesús mío, Virgen María interceded por mí.

(1) *Thren.* 3, 22.

(2) Nisi quia Dominus adjuvit me: paulo minus habitasset in inferno anima mea. *Psalm.* 98, 17.

(3) Tu autem eruisti animam meam, ut non periret. *Isai.* 38, 17.

(4) *Ps.* 50, 18.

CONSIDERACION II

Somos viajeros en la tierra

Mientras permanecemos en esta vida todos somos viajeros que estamos lejos de nuestra patria, el cielo; donde nos espera el Señor, para hacernos gozar eternamente de la hermosura de su rostro. Mientras estamos en el cuerpo dice el Apóstol, vivimos ausentes del Señor (1). Si pues, amamos a Dios, debemos desear ardientemente salir de este destierro y abandonar el cuerpo para gozar de la vista de aquél a quien amamos. Tal era el objeto de los suspiros de San Pablo (2).

Antes de cumplirse el augusto misterio de la redención, el camino que conducía a Dios estaba cerrado para nosotros, hijos miserables de Arán; pero Jesucristo con su muerte nos ha conseguido la gracia de podernos llamar hijos de Dios (3), y nos ha abierto la puerta por la cual podremos llegar como hijos, a presencia de nuestro padre, Dios (4).

(1) *Cor.* 5, 6.
(2) Audemus autem, et bonam voluntatem habemus magis peregrinari a corpere e præsentes esse ad Dominum. 2 *Cor.* 5, 8.
(3) Dedit eis potestatem filios Dei fieri.
(4) Quoniam per ipsum habemus accessum ambo in uno spiritu ad Patrem. *Eph.* 2, 18.

El mismo Apóstol dice también, en otro lugar: *Hermanos míos, ya no sois huéspedes o extranjeros, sino que sois ciudadanos de los santos, habitantes de la casa de Dios* (1). En efecto cuando estamos en gracia de Dios, gozamos ya del derecho de ciudadanos del paraíso, pertenecemos a la familia de Dios. Dice San Agustín (2); la naturaleza viciada por el pecado engendra ciudadanos de la ciudad terrestre, los cuales son otros tantos vasos de ira; pero la gracia, que purifica la naturaleza del pecado, engendra ciudadanos de la patria celeste, y ellos son vasos de misericordia.

Este mismo principio hacía exclamar al santo rey David: Señor, soy peregrino sobre la tierra: enseñadme a observar vuestros preceptos, que son el camino para llegar a mi patria celestial (3). Nada tiene de extraño que los malos deseen vivir siempre en este mundo, porque temen con razón pasar de las penas de esta vida a las eternas mucho más terribles del infierno; pero aquel que ama a Dios, aquel que tiene seguridad moral de hallarse en estado de gracia, ¿cómo puede desear entretenerse en este valle de lágrimas, en medio de las amarguras, de las angustias de conciencia, de los peligros

(1) *Eph.* 2, 18 y 19.
(2) *In Sententiis num.* 156.
(3) *Psalm.* 118, 19.

de condenarse? ¿Cómo puede dejar de suspirar por el deseo de ir a unirse con Dios en la eterna bienaventuranza, donde ya no corre peligro de perderse? ¡Ah! las almas que aman a Dios viven gimiendo continuamente en este destierro y exclaman con David: ¡Cuánta es mi desgracia por tener que vivir tanto tiempo en este mundo, rodeado de tantos peligros (1) ¡Así es que los santos han tenido continuamente en sus labios esta oración: Luego Señor, al punto llevadme a vuestro reino (2).

Apresurémonos, como exhorta el Apóstol apresurémonos a llegar a aquella patria donde nos está preparada la alegría y una paz perfecta (3). Apresurémonos, repito yo, según el ardor de nuestro deseo, y no detengamos el paso hasta que hayamos entrado en el feliz puerto que ha preparado Dios o los que le aman.

El que corre en el ancho estadio, dice San Juan Crisóstomo (4), no cuida de quien le mira, sino del premio que debe ser la recompensa de su agilidad: no se detiene, sino que cuanto más se acerca a la meta,

(1) *Psal.* 119, 5.
(2) Adveniat, regnum tuum.
(3) Festinemus ingredi in illam requiem. *Hebr.* 4, 16.
(4) Qui currit, non ad spectatores, sed ad palmam attendit; non consistit, sed cursum intendit. *Mor. Hom.* 7.

más se esfuerza en redoblar la carrera. De donde concluye el santo, que cuanto más avancemos en la vida, tanto más debemos apresurarnos por nuestras buenas obras, para alcanzar el premio que nos está reservado.

De modo que en medio de las amarguras y agonías de esta vida nuestra única oración debe ser: *Venga a nos el tu reino.* Señor, con todas nuestras fuerzas no volveremos a experimentar el temor ni el peligro de perderos. Cuando nos veamos agobiados de disgustos, de desprecios del mundo, consolémonos con la esperanza de la grande recompensa que Dios ha destinado a los que padecen por su amor: *Gozaos en aquel día y regocijáos: porque vuestro galardón lo recibiréis en el cielo* (1).

San Cipriano dice que el Señor ha querido con razón que encontremos nuestra alegría en las penas y en las persecuciones, porque el verdadero soldado de Dios es entonces probado y las coronas se distribuyen a los que han sido fieles (2).

Pronto está mi corazón, ¡oh Dios mío! *paratum cor meur;* dispuesto está a llevar todas las cruces que dispongáis deba sufrir.

No, no quiero gustar las delicias ni los

(1) *Luc.* 6, 23.
(2) Gaudere et exultare nos voluit in persecutione Dominus, quia tunc dantur coronæ fidei, tunc probantur milites Dei. *Epist.* 6 *ad Tibaritan.*

placeres de esta vida; no los merezco: os he ofendido y me he hecho merecedor del infierno. Preparado estoy a sobrellevar resignadamente todas las enfermedades, todos los trabajos que me enviareis, a abrazar todos los desprecios de los hombres: mil veces feliz si vuestra voluntad me quiere privado de todo consuelo así espiritual como corporal, mientras no me privéis de vuestro amor. No lo merezco, Señor, pero lo espero por el precio de aquella sangre que derramasteis por mí. Yo viviré, pues, eternamente, y como lo espero, os amaré por toda la eternidad: mi gloria será gozar para siempre de la felicidad sin fin que irradia vuestra bondad infinita.

CONSIDERACION III

Dios merece ser amado sobre todas las cosas

Dice S. Teresa, que cuando Dios llama a una alma a su amor, le hace un grande favor. Amémosle, pues, nosotros que somos llamados y amémosle como desea ser amado: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón.* El venerable Luis de la Puente no consideraba bastante digno decir a Dios *¡Señor, os amo más que a todas las cosas, más que a todas las riquezas, más que a todos los hombres y placeres de la tierra!* porque entendía que estas palabras no tenían más mérito que estas otras: *Dios mío, os amo más que a la paja, más que al humo, más que al fango.*

Pero Dios se contenta con ser amado por nosotros sobre todas las cosas; digámosle pues: Sí, Dios mío, os amo más que a todos los honores del mundo, más que a todas las riquezas, más que a todos mis parientes y amigos: os amo más que a la salud, más que el honor, más que la ciencia, más que todos los consuelos: en una palabra, más que a todo lo que me pertenece: más que a mí mismo.

Prosigamos aún y digámosle: Señor, amo vuestras gracias y favores; pero amo más que a todas estas mismas gracias a vos, porque sólo vos sois la bondad infinita, el

bien infinitamente amable y que excede a todo otro bien. Esta es la razón, oh Dios mío, por la cual, cualquiera que sea vuestra dádiva bastará a satisfacerme si no fuéseis vos mismo: sólo si os dais vos mismo me bastaréis. Busquen otros lo que quieran, yo no he de buscar más que vuestra posesión, a vos sólo, amor mío, mi todo. En vos sólo encuentro cuanto puedo desear y hallar.

Entre todos los amigos de este mundo, ¿cuál hallaremos más amable y más fiel que Dios y que haya amado más que Dios? Roguémosle, pues, y roguémosle siempre: *Trahe me post te;* Señor, llevadme hacia vos, porque si vos no me lleváis, yo sólo no podría llegar a vos.

¡Oh Jesús mío! ¿cuándo será, que despojado de toda afección mundana, no desearé, ni buscaré otra cosa más que a vos? Quisiera hallarme desprendido de todo, pero a menudo importunas rémoras se adhieren a mi corazón y me desvían de vos. Libradme de ellas, Señor, con vuestra mano omnipotente: hacéos vos mismo el único objeto de todo mi amor y de todos mis pensamientos.

San Agustín dice, que el que tiene a Dios lo tiene todo, y que el que no tiene a Dios no tiene nada. ¿De qué sirven al poderoso los ingentes tesoros si no posee a Dios? ¿De qué sirve a un monarca imperar sobre su

reino si no posee la gracia de Dios? ¿De qué sirve a un sabio poseer todas las ciencias y hablar muchas lenguas, si no sabe amar a su Dios? ¿De qué sirve a un general mandar todo un ejército, si vive esclavo del demonio y alojado de Dios? David durante su reinado, después de haber cometido su culpa, visitaba sus jardines, sus palacios, sus deliciosas quintas y le parecía que todos estos objetos le gritaban: *¿Dónde está tu Dios? Ubi est Deus tuus?* ¿Quieres encontrar el contento en nosotros? vé, vuelve al Dios que has abandonado, El sólo puede satisfacerte. Entonces confesaba el santo rey, que en medio de las delicias no encontraba la paz lloraba noche y día sin poder olvidar que había perdido a su Dios (1).

En medio de las miserias y sinsabores de este mundo ¿quién puede consolarnos mejor que Jesucristo? Por esto dice: *Venid a mí los que estáis fatigados y apesadumbrados y yo os aliviaré.* ¡Oh locura de los mudanos! Más consuelo encuentra un alma en estado de gracia, en la efusión de una sola lágrima derramada al recuerdo de sus culpas, más en esta exclamación: *¡Oh Dios mío!* proferida con amor, que el que podría hallar entregándose al mundo en mil banquetes o espectáculos deslumbradores. Lo-

(1) Fueront lacrymæ meæ panes die ac nocte: dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus?

cura, lo repito, pero locura irremediable cuando llegue la muerte, esa muerte rodeada de oscuridad de que habla el Evangelio (1). Por esto nos aconseja el Salvador que caminemos mientras nos favorece la luz porque llegará la noche durante la cual nada ya podremos hacer (2).

Sea Dios, pues, todo nuestro tesoro, todos nuestros deseos sean agradar a Dios, el cual jamás se queda atrás en amor; El remunera siempre con el ciento por uno lo que hacemos para agradarle. ¡Oh, mundo, no pretendas que te consagre en adelante ni mi estimación, ni mi amor: otro objeto más fiel y más digno de mi amor, se ha apoderado de mi corazón!

¡Oh, Dios mío, mi único bien! Sed el objeto dominante de mi alma, y como yo os prefiero a todas las cosas, disponed que en todas las cosas prefiera vuestra voluntad a mi propio placer. Jesús mío, espero por los méritos de vuestra sangre, no amaros más que a vos sobre la tierra, durante lo que me queda de vida para que logre un día poseeros en el reino eterno de los binaventurados. Virgen Santa, socorredme con vuestros poderosos ruegos, haced que pueda yo besar vuestros sagrados pies en el paraíso.

(1) Venit nox, quando nemo potest operari. Joan. 9, 4.
(2) Ambulate dum lucem habetis; ut non vos tenebræ comprehendant. Joan. 12, 35.

CONSIDERACION IV

Un alma que aspira a la santidad debe entregarse a Dios sin reserva

Decía San Felipe Neri, que cuanto más amor prodigamos a las criaturas, tanto más lo defraudamos a Dios; y por esto nuestro Salvador está celoso de nuestros corazones. Puesto que nos ama sin medida quiere reinar sólo en nuestro corazón, y no sufre rivales que le roben parte alguna del amor que quiere todo entero para sí: por esto experimenta tan grande disgusto al vernos dominados por cualquier afección que no nazca de El. ¿Acaso exige demasiado este divino Salvador después de habernos prodigado su sangre y su vida, después de haber muerto en una cruz? Después de tanto sacrificio ¿no merecerá ser amado con todos nuestro corazón y sin reserva?

San Juan de la Cruz dice que todo apego a la criatura impide ser enteramente de Dios. Hay almas llamadas por Dios a la santidad; pero si estas almas obrando con reserva y no entregando a Dios todo su amor, conservan alguna afección a las cosas terrenas, no sólo no se hacen santas sino que no llegarán a serlo jamás: quisieran volar, pero sus ataduras las retienen, no vuelan, y quedan

siempre pegadas a la tierra. Preciso es, pues, desprenderse absolutamente de todo. Un hilo pequeño o grande, añade el mismo santo, basta para detener el vuelo de un alma hacia Dios.

Santa Gertrudis pidió un día al Señor le indicase qué quería de ella. El Señor, le respondió: No quiero de tí más que un corazón vacío. Esto le pedía a Dios el santo rey David (1). Dios mío, dadme un corazón puro, esto es, vacío, despojado de toda afección mundana.

Todo por todo, escribe Tomás de Kempis. Es necesario darlo todo para merecerlo todo. Para poseer a Dios enteramente, es necesario aparatarnos de todo lo que no sea Dios. Entonces podrá el alma decir al Señor: Jesús mío, todo lo he dejado por vos, ahora entregáos vos todo a mí.

Para llegar a este punto, es preciso rogar a Dios constantemente tenga a bien llenarnos de su santo amor. El amor divino es este fuego poderoso que consume en nuestros corazones todos los afectos que no van encaminados a Dios. San Francisco de Sales decía que cuando se ha prendido fuego en una casa, se arrojan todos los muebles por las ventanas: quería decir, que cuando el amor divino toma posesión de un corazón, este indi-

(1) Cor mundum crea in me, Deus.

viduo no tiene ya necesidad de la cátedra ni del director espiritual que le ayuden a desprenderse del mundo: el amor de Dios al abrasarle expulsa de este corazón, todas las afecciones impuras.

Almas que de veras aman a Jesucristo, pierden el sentimiento, la percepción de las cosas del mundo, y no ven más que a Dios sólo, no buscan más que a Dios, no hablan más que de Dios, y no quieren oir hablar más que de Dios. Si se nombran las riquezas, las dignidades, los placeres, se vuelven hacia Dios y le dicen con un inflamado suspiro: *¡Mi Dios y mi todo!* Dios mío, ¿para qué quiero yo los placeres, los honores, el mundo entero? Vos sois todo mi bien, todo mi contento.

Santa Teresa, hablando de la oración de unión, dice, que esta unión consiste en dejar de existir para todos los objetos del mundo, a fin de no poseer más que a Dios.

Los más seguros medios para entregarse a Dios son estos tres: 1º Huir toda especie de faltas, hasta las más leves, y hacerse capaz de dominar toda voluntad mal ordenada, como sería saberse abstener en cualquier ocasión de la curiosidad de ver o de escuchar, de gustar algún placer sensible aunque ligero, de emplear tal palabra festiva, pero inútil, y otras cosas parecidas. 2º En-

tre las cosas buenas, escoger lo mejor, la que más agrada a Dios. 3º Recibir en paz, con alegría, y como de la mano de Dios, las cosas que repugnan a nuestro amor propio.

Jesús mío, amor mío, mi todo, ¿cómo puedo contemplaros muerto sobre las afrentosa cruz, despreciado de todo el mundo, consumido de dolores y buscar todavía los placeres y la gloria de la tierra? De hoy en adelante quiero ser todo vuestro. Olvidad mis ultrajes y perdonadme, hacedme conocer de qué debo desprenderme, y qué debo hacer para agradaros; nada me será costoso. Dadme fuerza para hacerlo y constancia para seros fiel. Amable Redentor, vos deseáis que yo me entregue todo a vos y sin reserva para unirme todo a vuestro corazón: pues desde hoy me entrego todo a vos sin reserva. Sí, todo entero. Os ruego me concedáis la gracia de seros fiel hasta la muerte. ¡Oh madre de Dios, oh madre mía, María! obtenedme la santa perseverancia.

CONSIDERACION V

Dos grandes medios para llegar a ser santo: el deseo y la resolución de serlo

Toda la santidad consiste en amar a Dios. El amor divino es un tesoro infinito por el cual adquirimos la amistad de Dios (1). Dios está dispuesto a darnos este tesoro de su santo amor, pero quiere que sea el objeto de nuestros más ardientes deseos. Cuando se desea con poco interés un bien cualquiera, no se pone grande empeño en conseguirlo: por el contrario, como dice San Lorenzo Justiniano, un fervoroso deseo hace llevaderas las penas, e infunde nuevas fuerzas para conseguirlo.

Así el que no tiene ambición por adelantar en el amor divino, en lugar de buscar con ardor su perfección, se encontrará en inminente peligro de entibiarse. Al contrario, el que aspire a la perfección con ardiente deseo, y se esfuerce por adelantar en ella de día en día, con el tiempo llegará al término de sus solicitudes. *Dios,* dice Santa Teresa, *no reserva sus grandes favores, sino para aquel que desea fervorosamente su santo amor.* Y en otro lugar: *Dios no deja un buen deseo sin recompensa.* De donde toma la santa oca-

(1) Infinitus enim thesaurus et hominibus; quo, qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei. *Sap.* 7, 14.

sión de exhortarnos a no envilecer nuestros deseos, porque, como ella dice, *con la confianza en Dios, por nuestros esfuerzos podremos llegar poco a poco adonde han llegado los Santos.*

Es una red tendida por el demonio, según el decir de la misma santa, creer, que el desear ser santo, sea efecto del orgullo. Lo sería sin duda y sería además vana presunción, si pusiésemos nuestra confianza en nuestras obras o en nuestras resoluciones, pero no así cuando todo lo esperamos de Dios, cuando esperamos que Dios sólo nos dará la fuerza de que carecemos. Deseemos, pues, con ardor llegar a un grado sublime de amor de Dios y digamos con valentía: *Todo lo puedo en aquél que me conforta* (1). y si no arde en nosotros ese deseo ardiente, pidámoslo por lo menos sin cesar a Jesucristo, que nos lo concederá.

Pasemos al segundo medio que es la resolución. Los buenos deseos deben ir acompañados de la resolución de un alma determinada a hacer todos sus esfuerzos para conseguir el bien que desea. Muchos desean la perfección, pero nunca ponen en práctica los medios. Se creerían capaces de sepultarse en un desierto, de hacer ejemplar penitencia, grandes oraciones, llegarían a sufrir el martirio; pero todos estos deseos se reducen a pu-

(1) *Philip.* 4, 13.

ras veleidades, que en lugar de ayudarles, les vienen a ser mucho más funestas. Estos son aquellos deseos que matan al perezoso, como dice la Escritura (1). Mientras se alimentan de estos ineficaces deseos, no se esmeran en desarraigar de sí sus defectos, en mortificar sus pasiones, en sufrir con paciencia los desprecios y las contradicciones. Desean hacer grandes cosas pero, impracticables todas, por incompatibles con su actual estado, y mientras esto sucede, cunde y crece más y más su imperfección. Cualquier adversidad los desconcierta, cualquier enfermedad los irrita; y habiendo vivido imperfectos con tal conducta, mueren en la imperfección en que han vivido.

Si pues, queremos efectivamente ser santos, formulemos la resolución, primero, de huir de toda culpa venial, por ligera que pueda parecernos. Segundo. De desprendernos de toda afección por las cosas terrenas. Tercero. De no faltar nunca a los ejercicios cotidianos de oración y mortificación, cualquiera que sea la repugnancia que experimentemos en verificarlo. Cuarto. De meditar cada día la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, la cual inflama de amor divino los corazones que la meditan. Quinto. De hacer la voluntad de Dios con resignación y

(1) Desideria occidunt pigrum. *Prov.* 21, 25.

en paz, en medio de todas las contradicciones. El padre Baltasar Alvarez decía, que *el que se resigna a la voluntad divina en las adversidades, corre a Dios sin tropezar.* Sexto. De pedir en fin, continuamente a Dios el don de su santo amor.

Resolución, resolución, decía Santa Teresita, *el demonio no teme a las almas irresolutas.* Trabajemos en recuperar el tiempo perdido y dediquemos a Dios todo el que nos queda. Todo el tiempo empleado sin servir a Dios es tiempo perdido. ¿Queremos tal vez provocar a Dios a que nos abandone, disgustado de nuestra tibieza, de esta cobardía que nos conducirá a la perdición? No; cobremos valor y guiémonos siempre por esta máxima: *Agradar a Dios y morir.* Un alma firmemente resuelta volará, con la ayuda de Dios, por la senda de la perfección.

Un alma que quiere pertenecerle enteramente debe estar dispuesta a poner en práctica las siguientes resoluciones: Primero. No cometer jamás ningún pecado venial, como ya dijimos antes, por leve que sea. Segundo. Entregarse a Dios sin reserva, y para esto practicar todas las buenas obras que creamos del agrado de Dios, con la aprobación de nuestro director espiritual. Tercero. En la práctica de las buenas obras elegir aquellas que más satisfagan a Dios. Cuarto. No esperar hasta mañana para hacer el bien que

podemos hacer hoy. Quinto. Pedir a Dios todos los días la gracia de crecer en su amor. Con este amor lo haremos todo: sin este amor nada haremos. Es necesario entregarlo todo para alcanzar al que lo hace todo. Para que fuésemos enteramente de Jesús se nos entregó Jesús por entero a nosotros.

Desgraciado de mí ¡oh Dios de mi alma! Después de tantos años que estoy sobre la tierra, ¿qué progreso he procurador alcanzar en vuestro amor? mis progresos han sido en los defectos, en el amor propio, en el pecado. ¿Será pues mi intención continuar esta vida hasta la muerte? No, Jesús mío: no, Salvador mío. Ayudadme: no quiero ser ingrato, como desgraciadamente he sido hasta ahora: quiero amaros de veras y abandonarlo todo para agradaros. Ayudadme, oh Jesús mío! vos que habéis derramado vuestra sangre, esperando que me entregaría enteramente a vos: Sí, quiero ser todo vuestro con el auxilio de vuestra gracia. Cada día doy un paso más hacia la muerte, ayudadme a desprenderme de cuanto puede impedirme el ser todo vuestro, de vos que me habéis amado tanto. Hacedlo por vuestros merecimientos, lo espero de vuestra bondad. También lo espero de vos, Virgen María, Madre mía! por vuestros ruegos, que lo pueden todo ante Dios, alcanzadme la gracia de ser todo suyo.

CONSIDERACION VI

De la ciencia de los Santos

Hay sobre la tierra dos clases de ciencia, una celestial y otra mundana. La primera es la que nos conduce a hacer la simple voluntad de Dios y a ser grandes en el reino de los cielos: la segunda es la que nos lleva a sólo complacernos a nosotros mismos y a hacernos grandes en la tierra. Pero esta ciencia del mundo es locura ante Dios (1). Locura, porque vuelve locos a los que la cultivan, enseñándoles a satisfacer sus apetitos sensuales. San Juan Crisóstomo dice: *Llamamos hombre al que conserva intacta la imagen de hombre. ¿En qué consiste empero esta imagen? En ser racional.* De donde debemos concluir, que así como diríamos que una bestia que obrase racionalmente, obraba como hombre, del mismo modo podremos decir que se conduce como animal el hombre que obra según el apetito de sus sentidos, esto es, irracionalmente, o como bestia.

Pero ¡qué digo! concretándonos a la ciencia humana y natural de las cosas de la tierra, ¿qué es lo que saben los hombres, después de todos sus estudios? ¿Qué alcanzamos a ser nosotros sino ciegos topos, pues

(1) Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum. I Cor. 3, 19.

que fuera de las verdades que conocemos por la fe, no conocemos lo demás sino por conducto de los sentidos, por conjeturas de naturaleza absolutamente incierta y falible? ¿Qué escritor de tales materias se ha visto exento de la crítica de unos después de haber sido aplaudido por otros? Pero la desgracia que hay en esto consiste, en que la ciencia mundana, como dice San Pablo, pone soberbios a sus cultivadores hasta el punto de despreciar a los demás: defecto infinitamente pernicioso al alma, porque Dios, según el apóstol Santiago, niega sus gracias a los soberbios, y no las concede más que a los humildes (1).

¡Oh! si los hombres obrasen según la razón y la ley de Dios! ¡si supiesen tomar sus precauciones, no sólo para la vida temporal, que no dura más que un instante, sino para la vida que es eterna, ciertamente no se ocuparían en adquirir más ciencia que aquella por cuyo medio se obtiene la eterna felicidad y se evita la desgracia eterna! (2).

San Juan Crisóstomo nos aconseja que vayamos a los sepulcros de los muertos para aprender en ellos la ciencia de la salvación.

(1) Deus supĕrbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Jac. 4, 6.

(2) Utinam saperent e intelligerent, ac novissima providerent *Deut.* 32, 29.

¡Que vayamos a los sepulcros! (1) ¡Oh cuán hermosa escuela de verdad es el sepulcro, para llegar a comprender la nada de la vanidad del mundo! *¡Que vayamos a los sepulcros!* Yo no descubro allí más que huesos y gusanos, añade el santo doctor (2); ¡huesos! ¡podredumbre entre gusanos! Allí yo no sabría distinguir quién fué el ignorante, quién el letrado; allí no se descubre otra cosa sino que la muerte pone fin a todas las glorias de este mundo. ¿Qué queda ahora de un Demóstenes, de un Cicerón, de un Ulpiano? *Durmieron su sueño y nada encontraron en sus manos* (3).

Dichoso el que ha recibido de Dios la ciencia de los santos (4). ¡Esta ciencia consiste en amar a Dios. ¡Cuántas personas eminentes, hay en este mundo en las bellas letras, en las matemáticas, en las lenguas extranjeras y antiguas! Pero ¿de qué les aprovecharán todos estos conocimientos si no saben amar a Dios? *Feliz aquel,* decía San Agustín, *que conoce a Dios y no conoce más que a Dios.* El que conoce a Dios y le ama, aun cuando ignorase todo lo que saben los

(1) Proficiscamur ad sepulcra.

(2) Nihil video nisi putredinem, ossa et vermes.

(3) *Ps.* 75, 5.

(4) Et dedit illi scientiam Sanctorum. *Sap.* 10, 10.

demás hombres, sería más sabio que todos los sabios que no saben amar a Dios.

Los ignorantes se levantan y alcanzan el cielo, exclamaba el mismo San Agustín.

¡Oh! cuán sabios fueron un San Francisco de Asís, un San Pascual, un San Juan de Dios, privados en verdad de la ciencia mundana pero hábiles en la ciencia divina! *¡Padre mío!* dice el Salvador, *habéis ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las habéis revelado a los párvulos* (1). Por los *sabios* se entienden aquí los sabios del mundo, aquellos que no piensan más que en procurarse riquezas y honores mundanos, haciendo poco caso de los bienes eternos. Por los *párvulos,* deben entenderse las almas sencillas, como los niños, poco instruídas en la ciencia del siglo, pero muy atentas a agradar a Dios únicamente.

¡Ah! no envidiemos la muerte de aquellos que saben mucho, envidiemos sí la de los que saben amar a Jesucristo. Imitemos a San Pablo, que escribe no querer saber más que a Jesucristo y a Jesucristo crucificado (2). Dichosos nosotros, si llegamos a conocer el amor que nos ha profesado Jesús crucificado, y si con el auxilio de la caridad de todo un Dios, alcanzamos la ciencia de su amor.

(1) *Matth.* 11, 25.
(2) Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum (2) *Cor.* 2, 2.

¡Oh, Dios mío, mi verdadero y perfecto amigo! ¿dónde podré encontrar quien me ame tanto como vos me habéis amado? Hasta ahora no he hecho más que aprender muchas cosas que ningún socorro han traído a mi alma, descuidando enteramente el aprender a amaros. Lo conozco, he perdido mi vida entera· Oigo con todo, oh Dios mío, que me llamáis a vuestro amor; ved ahí pues que lo abandono todo para siempre, mi único pensamiento será agradaros a vos, soberano bien mío. Yo me entrego todo a vos; recibidme, dadme fuerza para seros fiel, no quiero tener más dominio sobre mí sino para depender enteramente de vos, todo de vos. ¡Madre de Dios, acudid con vuestros ruegos en mi ayuda!

Me tomo la libertad de manifestar aquí el grande consuelo que he experimentado, hace pocos días en saber una circunstancia que es muy conducente a la materia que se ha tratado en este capítulo. Me han asegurado que el célebre Metastasio, después de haber merecido los aplausos de Europa entera por sus obras poéticas, cuyo efecto es tanto más peligroso cuanto más bellas, acaba de publicar un librito en prosa, en el cual declama contra todas las producciones de este género y protesta, que si pudiese retirarlas del público y hacer de modo que de-

jasen de existir en el mundo, lo haría a cualquier precio, aún a expensas de su sangre. Me han añadido además, que si bien es verdad que todavía compone poesías, para cumplir con los deberes que le impone su destino de poeta de la corte imperial, no trabaja sino dramas espirituales y morales, conservándose encerrado siempre en su aposento, empleando su vida en la oración y en las buenas obras. Esta noticia me ha causado un consuelo inefable, porque considero esta solemne declaración y este ejemplo, muy propios para infundir remordimientos a los jóvenes escritores que emprenden esta carrera, fascinados y ambicionando renombre y gloria con producciones licenciosas. En verdad que por esta declaración merece Metastasio mayores alabanzas que si hubiese publicado millares de poemas; pues, si éstos le conciliarían aplausos de los hombres, aquélla le merece los elogios del mismo Dios. Así es, que cuanto detestaba yo la vanidad que lo conducía a gloriarse de sus escritos (no hablo de sus dramas sagrados que son excelentes y dignos de todo encomio) otro tanto ahora deberían ser sin término mis parabienes; y si me fuese permitido, le besaría los pies, viéndole constituído en censor de sus propios escritos y oyéndole protestar que quisiera verlos desaparecer del mundo entero a costa de su misma sangre.

CONSIDERACION VII

Nuestra salud eterna está en la oración

La oración no sólo es útil sino necesaria para nuestra salvación: así es que Dios que quiere que nos salvemos todos nos la impone como un precepto: *Pedid y os será concedido* (1). Uno de los errores de Wicleff condenado por el concilio de Constanza era decir que la oración es de consejo y no de precepto para nosotros. Pero San Lucas, dice: *Hemos de orar* (2); y adviértase que no dice, *es provechoso,* ni *conveniente,* sino, *hemos de orar.* Basados en esto los doctores enseñan con verdad, que comete falta grave el que descuida elevar su corazón a Dios con la oración, al menos una vez al mes y en todas las ocasiones en que lucha con alguna tentación violenta.

La razón de esta necesidad de encomendarnos a Dios a menudo, nace de nuestra insuficiencia para hacer ninguna buena obra, y tener por nosotros mismos ningún buen pensamiento (3). Esta convicción hacía decir a San Felipe Neri que no confiaba en sí mismo. Dios, dice San Agustín, no desea sino derramar sus gracias: pero no las con-

(1) *Matth.* 7, 7.
(2) Oportet semper orare. *Luc.* 18, 1.
(3) Sine me nihil potestis facere. *Joan.* 15.

cede sino a los que las piden (1). Y añade el santo Doctor que la gracia de la perseverancia no se concede más que al que la busca (2).

Ya que el demonio no cesa de dar vueltas en nuestro alrededor para devorarnos, debemos buscar continuamente nuestra defensa en la oración como dice Santo Tomás (3). Jesucristo es el primero que lo ha enseñado así: *Conviene orar de continuo y no desfallecer* (4). De lo contrario, ¿cómo podríamos nosotros resistir a las continuas tentaciones que experimentamos de parte del mundo y del infierno? Es un error de Jansenio, condenado por la iglesia, asegurar que hay preceptos imposibles de observar y que nos falta a veces la gracia que debe hacérnoslos posible. *Dios es fiel,* dice San Pablo, *y no permite que las asechanzas de la tentación sean mayores que nuestras fuerzas* (5). Pero quiere que acudamos a El cuando nos asalta la tentación y le pidamos el auxilio necesario para resistirla. Nosotros no podríamos observar la ley sin la gracia. Dios nos ha dado la ley para que buscáse-

(1) Deus dare vult, sed non dat nisi petenti.
(2) Aliam non nisi orantibus (Deum) præparasse sicut perseverantiam. *Lib. de Persev. c.* 5.
(3) Necessaria est homini jugis oratio.
(4) Luc. 18, 1.
(5) 1 Cor. 10, 13.

mos la gracia y nos concede después la gracia para que cumplamos la ley (1). Esto precisamente inculca el concilio de Trento, cuando dice: *Dios no ordena lo imposible; pero cuando ordena algo, nos advierte que hagamos cuanto esté de nuestra parte, y que pidamos lo que no podemos y nos ayudará para que podamos* (2).

El Señor, pues, se halla enteramente dispuesto a prestarnos su auxilio para que no sucumbamos en la tentación; pero no concede estos auxilios sino a los que acuden a implorarlos para no sucumbir, particularmente contra los estímulos de la carne. Así dice el Sabio: y como llegué a entender que de otra manera no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor y se lo pedí con fervor (3). Ello es que nosotros no tenemos la fuerza suficiente para dominar las pasiones, a no ser que *nos la otorgue Dios*, esto es: a no ser que Dios venga en nuestro auxilio; pero Dios no vendrá, sino después que lo roguemos. Y nuestros ruegos nos alcanzarán fuerza suficiente

(1) Lex data est, ut gratia quæreretur; gratia data est ut lex impleretur. *S. August. in. Ps.* 109.

(2) Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet et facere quod possis et petere quod non possis, et adjuvat ut possis. *Sess.* 6, *c.* 11.

(3) *Sap.* 3, 21.

para resistir a todo el infierno por la virtud de este Dios que nos sostiene, como dice San Pablo (1).

Es también importante para obtener la gracia del Señor, el recurrir a la intercesión de los santos que pueden mucho con Dios, mayormente cuando ruegan por sus más fieles devotos. No es éste un acto de devoción arbitraria, sino un deber, como lo ha dicho expresamente Santo Tomás. Según este Santo el orden de la ley exige que recibamos los socorros necesarios para salvarnos mediante la intercesión de los Santos (2).

Todavía se obtiene más fácilmente por la mediación de la Santa Virgen María, cuyos ruegos valen más que todos los de los santos reunidos, con tanto mayor motivo, dice San Bernardo, cuanto por María logramos acceso hasta Jesucristo nuestro maestro y Salvador (3). Pienso, pues, haber probado suficientemente en mi obra sobre las *Glorias de María, cap.* 5 § 1 y 2, así como en mi escrito la *Oración, cap. I,* este parecer de San Bernardo, sostenido por muchos teólogos, ta-

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. *Phil.* 4, 13.

(2) *S. Thom.* 4. *Sent., Dist.* 45. *q.* 5, *a.* 2.

(3) Per te accessum habemus ad Filium, o inventrix gratiæ Mater salutis; ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis. *Serm. Dom. infr. oct. Assumpt.*

les como el P. Alejandro y el P. Contensón, que todas las gracias que recibimos de Dios las obtenemos por la mediación de María. San Bernardo añade: *Busquemos la gracia y busquémosla por medio de María, porque el que busca encuentra, y no puede salir frustrado su ruego.* San Pedro Damián, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Antonio, son igualmente de este parecer.

Roguemos, pues, y roguemos con confianza, dice el Apóstol (1). Jesús, sentado ahora en el trono de la gracia para consolar a todos los que recurren a él, ha dicho: *Pedid y os será dado.* El día del juicio estará también sentado en su trono, pero este trono será el de la justicia. ¡Qué insensato el que, pudiendo librarse de su miseria, recurriendo a Jesús que le ofrece su gracia, espera el día del juicio en el que Jesús será su juez y no usará de misericordia! Nos dice ahora que nos concederá todo cuanto le pidamos (2). ¿Qué más pudiera uno decir a un amigo para probarle su afecto? *Pídeme cuanto quieras, yo te lo daré.*

(1) Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. *Hebr* 4, 16.

(2) Omnia quæcumque orantes petitis, credite, quia accipietis et venient vobis. *Marc.* II, 24.

Santiago añade: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios que la da a todos copiosamente y le será concedida* (1). La sabiduría de que se trata aquí es la sabiduría de la salvación: para alcanzar esta sabiduría, es preciso pedir al Señor las gracias necesarias a la salud espiritual. ¿Y nos las concederá el Señor? Sí: nos las concederá y nos concederá con profusión más de las que habremos pedido. Si el pecador se arrepiente de sus culpas, pida a Dios su salud. Dios no hará como los hombres que afean a un ingrato su ingratitud, que le zahieren por ella, y le niegan lo que les pide; sino que le concederá sin demora todo lo que le habrá pedido y mucho más. Si pues queremos salvarnos, es menester que hasta la muerte no cese la oración en nuestros labios y que digamos: ¡Dios mío, socorredme! ¡Misericordia, Jesús! ¡Misericordia, Virgen María! Si abandonamos la oración, nuestra perdición es segura. Roguemos, pues, roguemos también cada día por las santas almas del purgatorio: estas santas prisioneras son muy agradecidas a las oraciones que por ellas se hacen. Cada vez que oremos pidamos al Señor su gracia por los méritos de Jesucristo, porque El ha

(1) Jac. 1, 15.

dicho que Dios nos concedería cuanto le pidiéramos en su nombre (1).

Dios mío, esta es la gracia, que os pido en el día de hoy: por los méritos de vuestro divino Hijo, haced que durante toda mi vida y sobre todo en mis tentaciones, recurra a vos confiado que me ayudaréis por el amor de Jesús y de María. Virgen Santa, alcanzadme esta gracia de la que depende mi salvación.

(1) Amen, amen, dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Joan.* 16, 23.

CONSIDERACION VIII

Llegará el día de mi muerte

Repetir a menudo: *Llegará el día de mi muerte,* es muy conducente a la salvación. La Iglesia renueva este recuerdo a los fieles el miércoles de ceniza de cada año (1).

Pero esta idea de la muerte nos es representada frecuentemente en el curso del año, ya en los cementerios que encontramos en los caminos, ya en los cenotafios que vemos en la Iglesia y ya finalmente en los mismos muertos que se conducen al sepulcro.

Los muebles más preciosos que han usado los anacoretas en los retiros fueron una cruz y una calavera: aquélla para recordarles la muerte de Jesucristo por amor de los hombres: y ésta para que no olvidasen que eran mortales. Con estos muebles perseveraban hasta la muerte y morían pobres en el desierto, pero más contentos que los monarcas que mueren en sus palacios.

Se acerca el fin, el fin se acerca (2). Uno vive más largo tiempo, otro menos, pero todos, tarde o temprano, debemos morir, y a la hora de la muerte, el único consuelo será haber amado a Jesucristo y haber sufrido por su amor los tormentos de la vida. En ese instante, ni las riquezas atesoradas, ni los

(1) Memento homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.

(2) Finis venit, venit finis. *Ezech.* 7, 2.

honores adquiridos, ni los placeres gustados bastarán a consolarnos: por lo contrario, todos juntos serán nuestro suplicio, y cuanto más numerosos habrán sido los bienes mundanos, más y más terribles serán nuestros castigos.

Santa Margarita de Santana, religiosa carmelita descalza e hija del emperador Rodolfo Segundo, exclamó en sus últimos momentos: *¿De qué sirven los imperios en la hora de la muerte?* ¡Ah! A cuántos mundanos no ha sido repetido, hasta en los mismos instantes en que más solícitos andaban por amontonar honores y riquezas: *Dispón de tu casa porque morirás tú y no vivirás* (1).

¡Oh! cuál será la desesperación de este hombre que estaba en vísperas de ganar un pleito, de adquirir una posesión o un palacio, al oír al sacerdote, que al encomendarle el alma, prorrumpirá en estas terribles palabras: *¡Sal, alma cristiana de este mundo!* ¡Sal de este mundo y vé a rendir cuenta a Jesucristo!—¡Ay! no estoy preparada.—¿Qué importa? es necesario partir. ¡Oh Dios mío! ¡iluminadme, dadme la fuerza suficiente para consagrar el resto de mis días a vuestro servicio y a vuestro amor! Si en este instante llegase la hora de mi muerte, yo no moriría contento; moriría en la inquietud y en la ansiedad.

(1) Isaías 38, 1.

¿Esperaré que la muerte venga a quitarme toda esperanza de salud? Señor, he vivido hasta ahora en el descuido, en adelante me desvelaré por serviros. Yo me entrego enteramente a vos: aceptadme y socorredme.

A cada uno le llegará su fin y con él el terrible y decisivo momento de una eternidad de bienaventuranza o de una eternidad de condenación (1). ¡Oh! si pensásemos todos en este momento grande, y en las cuentas que deberemos dar al Juez de nuestras obras (2). ¡Si lo tuviésemos presente no nos ocuparíamos en amontonar tesoros; no nos fatigaríamos en correr detrás de los honores; no buscaríamos descollar en el mundo que ha de terminar para nosotros: todo nuestro afán sería imitar la vida de los santos para serlo y engrandecernos en aquella vida que no ha de tener fin. Si, pues, tenemos fe, si es cierto que hemos de morir, si lo es el juicio final, si lo es la eternidad, procuremos no vivir sino en Dios y no amar más que a Dios. Pasemos por la tierra como peregrinos que atraviesan un país, sin fijarse en él; tengamos ante la vista la imagen de la muerte y hagamos lo que en la hora de la muerte sentiremos no haber hecho. Todas las cosas de la tierra nos desamparan o las

(1) Momentum a quo pendet æternitas!
(2) Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent! *Deut.* 32, 29.

desamparamos nosotros: escuchemos a Jesucristo que nos dice: *Atesorad tesoros para el cielo, donde no los consume orín ni polilla* (1). Despreciemos los tesoros de la tierra que no han de bastar a satisfacernos y son perecederos; adquiramos los tesoros del cielo que nos harán felices y no tendrán fin. Desgraciado de mí, oh Dios mío, que os he vuelto las espaldas tantas veces, para consagrarme a las cosas mundanas. Reconozco mi error, me arrepiento de haber estado buscando hasta ahora cómo adquirir celebridad y fortuna en este mundo. El solo bien que anhelo ya es de poderos amar y hacer vuestra santa voluntad. ¡Oh Jesús mío! desterrad de mí todo deseo de querer figurar en el siglo; hacedme desear el desprecio de los hombres, el retiro y la oscuridad. Dadme la fuerza para negarme a mí mismo todo aquello que pudiera desagradaros. Haced que soporte sin quejarme las enfermedades, las persecuciones, los dolores, los tormentos que vos me enviaréis. ¡Oh! séame dado poder morir por vuestro amor abandonado de todo el mundo, como morísteis vos mismo, Señor, que me habéis amado tanto. ¡Virgen Santa María! vuestros ruegos pueden hacerme hallar la verdadera felicidad que consiste en amar a vuestro divino Hijo. Rogadle por mí: sois vos toda mi confianza.

(1) *Matth.* 6, 20.

CONSIDERACION IX

Preparación para la muerte

Está establecido que los hombres mueran una sola vez (1). La muerte es inevitable y el tiempo y el modo inciertos. Jesucristo nos exhorta a *estar preparados, porque en la hora menos pensada vendrá el Hijo del hombre.* De modo que para salvarnos no bastará prepararnos a la muerte cuando ésta habrá llegado: es necesario haberse dispuesto muy de antemano. Con este fin es menester que una vez al mes, cuando menos, se repitan los siguientes actos: ¡Oh Dios mío! pronto estoy a recibir la muerte que me destinaréis. Yo acepto desde ahora y sacrifico toda mi vida en honor de vuestra Majestad y en ofrenda por mis pecados: yo consiento en que esta carne a quien he satisfecho tantas veces despreciando vuestras leyes, sea pasto de los gusanos y reducida a polvo.

¡Jesús mío! el dolor y la agonía de mis últimos instantes los agrego a los dolores y agonía que sufrísteis en vuestra vida mortal, cuando os hicísteis hombre para salvarme. Acepto la muerte con todos los accidentes que puedan acompañarla: acepto la hora que vos le señalaréis, ora sea pasados muchos

(1) *Hebr.* 9, 27. — *Luc.* 12, 40.

años, ora sea en este momento: acepto el modo con que llegará: en la cama, en la calle, presentida o imprevista, con enfermedad más o menos dolorosa: me someto en todo a vuestra santa voluntad. Dadme fuerza para soportarlo todo con paciencia.

¿Qué podré yo dar al Señor en testimonio de reconocimiento por cuanto de él he recibido? (1). Os doy gracias, Señor, por haberme dado la fe: protesto que deseo morir en el seno de la Santa Iglesia Católica. Os doy gracias por no haber ordenado mi muerte cuando estaba en pecado mortal y por haberme perdonado tantas veces con tanta misericordia. Os doy gracias por las luces y las gracias con que habéis querido llamarme a vos: os ruego que en la hora de mi muerte me concedáis tiempo para recibir el Santo Viático, a fin de que unido a vos comparezca delante vuestro tribunal. No soy yo merecedor de escuchar de vuestros labios: *Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor* (2), no lo merezco, Jesús mío, porque jamás he sido perfectamente fiel; pero vuestra muerte me infunde la esperanza de que seré admitido en

(1) Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?

(2) *Matth.* 25, 21.

el cielo, para amaros allí eternamente y con todo mi corazón.

¡Oh amor mío crucificado, tened piedad de mí! Miradme con aquellos ojos de misericordia con que desde lo alto de la cruz mirábais a los hombres por quienes moríais. No recordéis, *Señor, los delitos de mi juventud ni mis ignorancias.* Los pecados me asustan, pero la cruz en que os contemplo clavado me infunde esperanza: *He aquí el leño de la cruz del cual pende la salud del mundo.* Deseo concluir mis días para poner fin a mis pecados, perdonadme las ofensas que os he inferido: perdonadme por vuestra sangre: *¡Oh sangre del Inocente, lava las manchas del arrepentido!*

Jesús mío, abrazo vuestra cruz y beso las llagas de vuestros pies donde deseo exhalar el alma. ¡Oh! no me abandonéis en mis últimos instantes! Os amo con todo mi corazón, os amo más que a mí mismo y me arrepiento de haberos despreciado hasta ahora. Señor, yo estaba perdido, pero vuestra bondad infinita me ha llamado a nueva vida; recibid, pues, mi alma desde ahora como si fuese éste el momento en que debiera salir de este mundo. Yo exclamaré con Santa Agata: *Señor, que me apartaste del amor del siglo, recibe mi alma. En tí, Señor, deposité mi confianza, no sea yo confundido*

para siempre, pues tú me redimiste, Dios de verdad.

Virgen santa, socorredme en la hora de mi muerte: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte; en tí, deposité mi confianza, no sea yo confundido para siempre.* San José, mi protector, obtenedme una santa muerte. Angel de mi guarda, Arcángel San Miguel, defendedme del demonio en el último combate. Y vosotros Santos del Paraíso, socorredme en aquella hora extrema. Jesús, María y José, téngaos yo a mi lado en la hora de mi muerte.

CONSIDERACION X

El que ama a Dios debe amar la muerte

¿Cómo aborrecerá la muerte el que vive en gracia de Dios? El que ama a Dios vive en su gracia (1), y cuando muera está seguro de ir a gozar de su presencia en el seno de los elegidos. ¿Y el hombre temerá la muerte?

David ha dicho: *No entres en juicio con tu siervo, porque ningún viviente serás justificado en tu presencia* (2). De donde se sigue que nadie debe esperar salvarse por sus propios méritos, porque nadie, a excepción de Jesús y María, puede decir que toda su vida ha sido exenta de pecado. Pero cuando uno se arrepiente de sus faltas, cuando ha puesto su confianza sin límites en Jesucristo que ha venido al mundo para salvar a los pecadores, no debe temer la muerte, *porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido* (3). En efecto, ha muerto, ha derarmado su sangre por los pecadores. La sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, clama más en favor

(1) Et qui manet charitate, in Deo manet et Deus in eo. I. Joan. 4, 16.

(2) Ps. 142, 2.

(3) Matth. 18, 11.

de los pecadores que la sangre de Abel, pidiendo venganza de su hermano (1).

Verdad es que sin la revelación divina nadie puede tener la certidumbre infalible de su salvación, pero existe una certidumbre moral, cuando el pecador ha hecho entrega de sí propio y de corazón al Señor y se ha resuelto a perderlo todo, incluso la existencia, antes que perder su divina gracia. Esta certidumbre está fundada en las promesas de Dios: *Nadie que haya esperado en el Señor,* dice la Escritura, *ha quedado confundido en su esperanza* (2).

Asegura Dios en varios lugares de las sagradas letras que no quiere la muerte del pecador: no le pide, sino que se convierta y se salve. *¿Acaso quiero yo la muerte del impío,* dice Dios *y no que se convierta de sus caminos y viva?* (3). En otro lugar afirma lo mismo y añade un juramento. *Vivo yo,* dice el Señor: *no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva* (4). En el mismo capítulo se lamenta Dios de los pecadores obstinados, que prefieren perder su alma antes que dejar el pecado: *¿Y por qué morirás, casa de Israel?* Y promete a todos los que se

(1) Sed accessistis ad... mediatorem Jesum. et sanguinis aspersionem melius loquentem, quam Abel. Hebr. 12, 22 ad 24.
(2) Eccl. 2, 11.
(3) Ezech. 18, 23.
(4) Ezech. 33, 11.

arrepienten de sus faltas, el olvidarlas: *Mas si el impío hiciere penitencia... vivirá... De todas las maldades que obró no me acordaré* (1).

Si el pecador aborrece sus culpas debe esperar que le serán perdonadas. Un Santo Padre ha dicho que podemos estar seguros de que seremos perdonados si exclamamos con santo fervor: *he aborrecido y abominado la iniquidad* (2). Si el pecador se ha mantenido por algún tiempo sin desviarse del camino de la virtud, si ha formulado una firme resolución de perder la vida antes que la amistad de Dios, se siente un vivo deseo de amarle y verle amado de todo el mundo, si experimenta un sincero dolor por haberle ofendido, es señal que la gracia de Dios está con él.

Pero ¿de qué proviene que muchos santos, después de haberse consagrado enteramente al servicio de Dios, después de una vida mortificada y desprendida de todos los bienes de la tierra, se han visto acometidos de temor al considerar que iban a comparecer delante de Jesucristo su Salvador y su Juez? Respondo a esto, que tales ejemplos son raros: que Dios, inspirando a los santos este piadoso terror, quería que se purificasen, antes de en-

(1) Ezech. 18. 21. 22.
(2) Ps. 118. 163.

trar en la eternidad, de algunos residuos de pecado que habían quedado en el fondo de sus almas; pero que generalmente todos los santos han muerto en paz y contentos de morir para ir a gozar a Dios. Por otra parte, la incertidumbre de la salvación produce efectos diferentes en los pecadores y en los santos: los pecadores pasan del temor a la desesperación, los santos al contrario, del temor a la confianza, y mueren en paz.

Todo el que ha podido reconocer por aquellas señales, que está en gracia de Dios, debe desear la muerte y repetir estas palabras de Jesucristo: *Venga a nos el tu reino.* Debe echarse en brazos de la muerte con alegría, porque ella es la que le conduce a la presencia de Dios a quien podrá entonces amar para siempre.

¡Oh, mi muy amado Jesús! ¡mi Salvador y mi Juez! ¿Cuándo llegará la hora de ser juzgado? !Ah! por piedad no me arrojéis al infierno. En el infierno yo no podría amaros: me vería arrastrado a aborreceros para siempre; ¡y cómo podría yo dejaros de amar a vos, que me habéis amado tanto! Si es vuestra voluntad que vaya al infierno, concededme al menos la gracia de que allí pueda amaros con todas las fuerzas de mi alma. Mis culpas no me hacen acreedor a esta gracia, pero vos me la habéis merecido con la sangre

que tan dolorosamente vertísteis por mí en la cruz. ¡Oh, Jesús mío! probadme a disgustos y dolores, pero no me privéis de la dicha de amaros. ¡Madre de Dios! me hallo en peligro de ser condenado, por no amar a vuestro divino Hijo que merece amor infinito. ¡Virgen María, socorredme, tened piedad de mí!

CONSIDERACION XI

Nuestra salvación está en la cruz

La Iglesia en el viernes santo canta estas palabras: *He aquí el leño de la cruz del cual pende la salud del mundo.* Nuestra salud está en la cruz, en nuestra resistencia a las tentaciones, en nuestra indiferencia por los placeres de este mundo: nuestro verdadero amor a Dios reside en la cruz. Debemos, pues resignarnos y llevar con paciencia la cruz con que Jesucristo ha querido cargar nuestros hombros: debemos resolvernos a morir en ella por amor de Jesucristo, como él murió en la suya por amor de los hombres. El único medio de conseguir la gloria es el de resignarnos y sobrellevar sin quejas hasta la muerte los sinsabores y tribulaciones de este mundo. Este es también el medio de encontrar la tranquilidad en los sufrimientos. Cuando nos ha sido destinada nuestra cruz, si queremos vivir en paz, hemos de conformarnos a la voluntad del Señor. Si no nos conformamos a ella con toda humildad, cuanto obremos y digamos no podrá aligerarnos el peso de la cruz. Si la llevamos con buena voluntad, ella nos llevará a la gloria, después de habernos dado la paz en la tierra.

El que rehusa llevar su cruz no hace más que aumentar su peso; pero el que la abraza

con paciencia aligera la carga, que se convierte en consuelo para él, porque Dios prodiga su gracia a todos los que de buen grado llevan la cruz que les ha impuesto. Naturalmente repugnan al hombre los sufrimientos; pero cuando el amor divino reina en nuestros corazones, los sufrimientos se convierten en gozo. Si calculamos la bienaventuranza de que gozaremos en el paraíso y para conseguirla somos fieles al Señor y soportamos nuestras penas sin murmurar, no nos quejaremos de él cuando nos envíe la cruz. Y si somos pecadores, si nos hemos hecho merecedores del infierno debemos alegrarnos de vernos castigados por el Señor en esta vida, porque será señal positiva de que Dios quiere librarnos del castigo eterno. ¡Desgraciado del pecador que ha prosperado en la tierra! el que sufre grandes reveses que eche una mirada sobre el infierno que ha merecido, y a su vista todas sus penas, por insoportables que sean, le parecerán ligeras. Así pues, si hemos pecado ved ahí la oración que debemos dirigir a Dios de continuo: *Señor, no tengáis compasión de mí, llenadme de sufrimientos.* Pero os ruego al mismo tiempo que me concedáis fuerza para sufrir con resignación, a fin de que no me oponga a vuestra santa voluntad. Me conformo de antemano a todo lo que queráis disponer de mí y digo con Je-

sucristo: *Así sea Padre, porque así fué de tu agrado* (1).

Un alma que se siente dominada del amor divino, no busca más que a Dios: *Si diere el hombre todas sus riquezas por el amor, como nada las despreciará* (2). El que ama a Dios lo desprecia todo, y renuncia a todo lo que no le puede ayudar a amar a Dios. Por sus buenas obras, por sus penitencias, por sus trabajos, por la gloria del Señor, no debe pedir consuelos de espíritu ni de corazón: le basta saber que sus obras agradan a Dios. En fin, rehusa toda satisfacción física o moral, renuncia a todo placer mundano, y sin embargo no se engríe ni envanece más que antes: se da el nombre de indigno siervo del Señor y colocándos en el último grado, de los pecadores trata de conocer la voluntad y misericordia de Dios para que sean su guía.

Si queremos ser santos es preciso que endurezcamos nuestros paladar: que lo dulce nos sea amargo y lo amargo dulce, pues sin esto jamás conseguiremos unirnos perfectamente a Dios. Toda nuestra perfección, toda nuestra esperanza consiste en sufrir con resignación todas las desgracias que nos acontezcan, grandes o pequeñas; y debemos sufrirlas para someternos al objeto que ha tenido el

(1) *Matth.* II, 26.
(2) *Cant.* 8, 7.

Señor al enviárnoslas, a saber: expiar las faltas que hemos cometido, hacernos merecedores de la vida eterna y congraciarnos con Dios, que es el más noble fin que podemos proponernos en todas nuestras acciones.

Ofrezcamos, pues, a Dios estar siempre dispuestos a llevar la cruz que habrá tenido a bien destinarnos, a sufrir toda suerte de males para agradarle, a fin de que, cuando nos los envíe los recibamos sin queja y exclamemos lo que Jesucristo dijo cuando fué preso en el huerto para ser conducido a la muerte: *¿El cáliz que me ha dado el Padre, no lo he de beber?* (1) ¿Dios me envía esta cruz para mi bien, y yo la rehusaré? Si el peso de esta cruz nos parece insoportable, recurramos a la oración: Dios nos dará las fuerzas necesarias. Acordémonos entonces de lo que dice San Pablo: Todas las tribulaciones de este mundo, por duras que sean, no tienen comparación con la gloria que nos prepara Dios en la vida futura (2). Encendamos, pues, la fe en nuestros corazones cuando nos asalte la adversidad. Demos una mirada a Jesucristo muriendo por nosotros en la cruz: pensemos después en el Paraíso y en los bienes que Dios prepara a los que sufren por su amor. A su

(1) *Joan.* 18. 11.

(2) Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. *Rom.* 8. 18.

vista no nos quejaremos de los males que debamos sufrir, le daremos las gracias por habérnoslos mandado y le rogaremos que los aumente. ¡Oh! cuán felices son los santos en el cielo, no por los placeres o bienes que han gozado en la tierra, sino por haber sufrido por Jesucristo! Todo lo que acaba vale poco; pero lo que es eterno, lo que no ha de tener fin, es verdaderamente grande.

¡Cuánto me consuelan, Señor, estas palabras! *Volveos a mí... y yo me volveré a vosotros* (1). Yo os he abandonado por las criaturas y por seguir mis miserables inclinaciones: todo lo abandono; ya me convierto a vos, estoy cierto de que no me rechazaréis. Sí, quiero amaros: vos me habéis dicho que me tenderéis los brazos. Recibidme en vuestra gracia, hacedme sentir cuán precioso sea vuestro amor, y cuánto me habéis amado, a fin de que nunca más me aparte de vos. Jesús mío, perdonadme: ¡mi único amor, perdonadme! Concededme vuestro amor y disponed de mí a vuestro grado. Castigadme, privadme de todo, pero no me privéis de vuestro amor. Si el mundo me ofrece todos sus bienes yo los rehuso, no os quiero sino a vos sólo, Virgen María, recomendadme a vuestro divino Hijo. El os concede todo cuanto le pedís; en vos deposito toda mi confianza.

(1) Zach. 1, 3.

CONSIDERACION XII

Jesucristo quiere que suframos por su amor

Quien *quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome la cruz cada día y sígame.* (1) Es necesario hacer varias observaciones sobre estas palabras de Jesucristo. *Quien quiere venir en pos de mí*: no dice *a mí,* sino *en pos de mí.* El Señor quiere que sigamos sus pasos, quiere que sigamos el camino de zarzas y de espinas por donde El ha pasado. Va adelante de nosotros: no se detiene hasta haber llegado al Calvario donde le espera la muerte. Debemos, pues, seguirle hasta la muerte. Es necesario, dice, que cada uno *se niegue a sí mismo;* esto es, que renuncie a todas las satisfacciones del amor propio y de los sentidos, a todo lo que podría desagradar a Jesucristo.

Y añade después: *tome su cruz cada día y sígame.* Examinemos estas palabras una por una. *Tome*: no basta tomar y llevar la cruz forzadamente; todos los pecadores la llevan pero sin méritos; es necesario tomarla, abrazarla y llevarla con amor. La *cruz* es aquí el emblema de todos los dolores. Jesucristo los llama *cruz* para que los sopor-

(1) Luc. 9, 23.

temos con paciencia, recordando que El ha muerto en la cruz por nosotros.

Dice además *su cruz.* Algunos cuando reciben algún consuelo espiritual se ofrecen a sufrir todo lo que han sufrido los mártires y después no saben resistir un dolor de cabeza, la indiferencia de un amigo, el mal humor de un pariente. Pero, hermanos míos, no quiere Dios que sufráis sino aquel dolor, aquella indiferencia, aquel mal humor y que lo sufráis con paciencia.

Dice además *cada día.* Muchos reciben la cruz con alegría, pero así que la han llevado algún tiempo dicen: *Señor, no puedo más.* Pero Dios quiere que la lleven con paciencia, aunque sea hasta la muerte. Nuestra salud y nuestra perfección consiste, pues, en la observancia de estos tres preceptos: *abnegación,* no consintiendo a nuestros sentidos los deleites que nos piden: *resignación,* abrazando la cruz que Dios nos destina; y finalmente *imitación,* siguiendo los pasos de Jesucristo hasta la muerte.

Penetrémonos bien de la idea de que Dios no nos deja en el mundo, sino para que llevemos con paciencia las cruces que tendrá a bien destinarnos y en esto consiste el mérito que contraeremos en esta vida. Nuestro Salvador que tanto nos ama, no vino a este mundo sino para sufrir y para que siguiésemos sus dolorosos pasos. Contemplé-

mosle dirigiéndose al Calvario, inclinado bajo el enorme peso de la cruz, en aquel camino que debemos seguirle, si queremos salvarnos. ¡Qué consuelo para nosotros el poder exclamar en todas nuestras desgracias: Señor, ¿es vuestra voluntad que yo lleve esta cruz? La acepto y la llevaré todo el tiempo que cumpla a vuestro agrado.

Muchas almas se complacen en oír hablar de la oración, de la paz eterna, del amor a Jesucristo, pero no quieren que les hable de cruces, ni de sufrimientos; aman a Jesús mientras duran las dulzuras espirituales; pero desde el instante en que calma aquel agradable hálito y el Señor les envía algún contratiempo para probarlas privándolas de los acostumbrados consuelos, cesan de orar, de comulgar, de mortificarse, y se abaten en la tristeza y en la tibieza; se apegan a las cosas del mundo y a sus deleites. Pero tales almas se aman más a sí mismas que a Jesucristo, siendo así que las que le aman no por las gracias que les concede, sino por lo que El es en sí, porque lo merece, éstas no abandonan jamás sus ejercicios espirituales, por grande que sea la inquietud o la repugnancia que les inspire su práctica. Agradar a Dios es el blanco de todas sus acciones; sufren hasta la muerte para agradarle, sin proferir una queja; y sufrirían por toda una eternidad

con igual resignación, si tal fuese la voluntad del Señor. Jesucristo, dice San Francisco de Sales, tan digno es de nuestro amor en el consuelo como en la desolación. Las almas abrasadas del amor divino hallan consuelo y su gloria en sufrir por el amor de Jesucristo.

Bien merece todo esto y mucho más aquel divino Jesús que eligió una vida dolorosa y una muerte cruel por amor nuestro: aquel que bajó a la tierra para hacernos saber que si queremos salvarnos, no tenemos más que amarle como nos ha amado. ¡Oh cuán amadas son de Jesucristo las almas que sufren sin queja y le aman!

Jesús mío, vos solo podrías haberme enseñado estas saludables máximas, tan opuestas a las del mundo. Vos solo podéis concedernos la fuerza para llevar nuestra cruz con paciencia. No os pido que me libréis de los dolores, sólo sí que me infundáis valor para sufrir con paciencia y resignación. Eterno Padre, vuestro divino Hijo nos ha asegurado que cuanto os pidiésemos en su nombre nos sería concedido por vos (1). Escuchad pues lo que os rogamos: concedednos la gracia de soportar con paciencia las penas de esta vida: acceded a nuestro

(1) Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Joan.* 16, 23.

ruego por el amor de Jesucristo. Y vos perdonadme, Jesús mío, todas las ofensas que os he hecho, no queriendo sufrir con paciencia las tribulaciones que me habéis enviado. Concededme vuestro amor: él me dará la fuerza de poder sufrirlo todo por vuestro amor: privadme de todo, quitadme todo lo que poseo, pero no me privéis de vuestro amor: sólo esto os pido. Virgen Santa, obtenedme por vuestros ruegos que pueda yo seguir constante hasta la muerte en mi amor a Jesucristo.

CONSIDERACION XIII

El amor divino triunfa en todo

Fuerte como la muerte es el amor (1). Así como la muerte nos desprende de todos los bienes de la tierra, de todas las riquezas, de todas las dignidades, de todos los parientes y amigos y de todos los deleites mundanos, así cuando reina en nuestros corazones el amor divino, arranca de nosotros todo apego por los bienes de este mundo. Los santos se han despojado de cuanto poseían, han rehusado honores y empleos y se han retirado a los desiertos o a los claustros para no pensar más que en Dios.

El alma no puede existir sin amar al Creador o a las criaturas. Examinad un alma exenta de toda afección terrestre, la encontraréis llena de amor divino. ¿Quieres saber si eres enteramente de Dios? Pregúntate a ti mismo si te hallas enteramente desprendido de las cosas del mundo.

Se quejan algunos de que en los ejercicios piadosos, en sus oraciones, en sus comuniones, en sus visitas al Santísimo Sacramento, no encuentran a Dios. A éstos se dirige Santa Teresa, diciéndoles: *Desprended vuestro corazón de las criaturas y después bus-*

(1) *Cant.* 8. 6.

cad a Dios que ya lo hallaréis. No se obtienen siempre las gracias espirituales que Dios concede muy rara vez en esta vida a los que le aman, a fin de infundirles más ardiente deseo de conseguir las inmensas dulzuras que les tiene preparadas en el Paraíso. Con todo, les deja saborear aquella paz interior, aquella paz del amor, mil veces más dulce que todos los placeres sensuales (1). ¿Puede haber felicidad mayor, para una alma verdaderamente enomorada de Dios, que poder exclamar: *Mi Dios es mi todo?* San Francisco de Asís pasó un año entero en un éxtasis celestial, repitiendo de continuo: *Mi Dios es mi todo.*

Fuerte como la muerte es el amor. Si viésemos que algún muerto se llevara algo de este mundo sería señal de que no estaría muerto: la muerte nos priva de todo. El que quiere ser enteramente de Dios, lo debe abandonar todo; si retiene algo, su amor al Señor será débil e imperfecto.

El amor divino nos despoja de todo. Decía el P. Ségneri, gran siervo de Dios: *El amor de Dios es un astuto ladrón que nos despoja de todo sobre la tierra.* A otro siervo de Dios, que había repartido entre los pobres cuanto poseía, le fué preguntado, qué era lo que lo había reducido a la miseria, y él

(1) Pax Dei quae exsuperat omnem sensum. *Philip.* 4, 7.

sacando el Evangelio de su seno, respondió: *Ved lo que me ha despojado de todo.*

Finalmente, Jesucristo quiere poseer nuestro corazón por entero y no quiere sociedad con nadie en esta posesión. Dice San Agustín, que el Senado romano no quiso decretar la adoración de Jesucristo, porque decía que era un Dios demasiado orgulloso por cuanto quería ser adorado sólo. Pero siendo así que El solo ha sido nuestro Maestro, justo es que El sólo quiera ser amado y adorado por los hombres. San Francisco de Sales dice, que el amor de Dios consume todo lo que no es Dios. Así pues cuando este amor se alberga en nuestros corazones, si otra pasión por otra cualquier cosa que no sea Dios pretende introducirse en ellos, debemos ahuyentarla diciendo: *Fuera, no hay aquí lugar para ti.* En esto consiste aquel abandono total de las cosas de este mundo, que nos ha sido recomendado por el Salvador, si queremos ser enteramente suyos; y el abandono ha de ser *total,* porque es necesario renunciar enteramente a todo. ¿Cuántos de nosotros para agradar a los hombres descuidamos el santificarnos? David dice que los que se esmeran en agradar a los hombres son despreciados de Dios (1).

(1) Qui hominibus placent, confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos. *Psal.* 62, 6.

Pero sobre todo debemos renunciar a nosotros mismos, domando aquel amor propio que suele penetrar en cuanto hacemos, hasta en los más santos ejercicios y que sin cesar nos pone a la vista nuestra propia gloria o nuestra propia satisfacción. ¡Cuántos predicadores, cuántos escritores ascéticos, han combatido en vano este defecto! Muchas veces mientras hacemos oración, o leemos, o nos acercamos tal vez a la santa comunión, se deslizan en nosotros deseos de hacernos notar, o de creer que merecemos alguna dulzura espiritual.

Debemos, pues, dedicar todo nuestro esmero a domar este amor propio, que a menudo nos hace perder el mérito de las mejores obras buenas. Debemos privarnos cuanto nos sea dable de lo que más nos agrada: de las diversiones, por ejemplo, precisamente porque nos agradan; por el contrario, serviremos a un ingrato, precisamente porque será contra nuestro gusto y porque es ingrato; beberemos una medicina amarga, porque es amarga y nos ha de contrariar. El amor propio quiere que creamos que no es buena una cosa sino cuando él se halla satisfecho.

Pero para entregarse enteramente a Dios es necesario que, cuando se trata de una cosa en que está cifrada nuestra complacencia, nos sepamos abstener de ella, diciendo: *piérdase todo, pero agrademos a Dios.*

Por otra parte, nadie es tan feliz en este mundo, como el que sabe despreciar sus vanidades; y el que hace el sacrificio de ellas a Dios, es recompensado con usura por las divinas gracias. De este modo premia el Señor a sus fieles servidores. Pero, ¡oh Dios mío! vos conocéis mi debilidad: habéis prometido socorrer a los que ponen toda su confianza en vos. Señor, yo os amo, confío en vos: prestadme las fuerzas necesarias para desprenderme de este mundo y unirme a vos para siempre. También espero en vos, oh Virgen María, mi dulce protectora.

CONSIDERACION XIV

Necesidad de la oración mental

La oración mental sirve para guiarnos en nuestro viaje a la eternidad. Las verdades eternas son asuntos espirituales que no se perciben con la vista corporal, sino con la del alma. El que no hace oración no las divisa y por esto camina a tientas por el camino de la salvación. Por otra parte, el que no hace oración no conoce sus defectos ni los aborrece, como dice San Bernardo. No concibe tampoco los peligros en que se encuentra, y por lo tanto, no trabaja en evitarlos. Pero el que se emplea en orar descubre al momento sus imperfecciones, percibe los peligros que corre su salvación y se empeña en remediar su daño. San Bernardo añade que la meditación pone a raya nuestras pasiones, dirige nuestras obras y corrige nuestros defectos (1).

Además de esto, sólo en la oración podemos hallar las fuerzas necesarias para resistir a las tentaciones del infierno y practicar la virtud. Santa Teresa decía, que el que descuida la oración no necesita demonios que lo lleven al infierno, porque él mismo se encamina a él. Esto nace de que sin

(1) Consideratio regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus. *De consid. lib.* 2, *cap.* 6.

oración mental no puede uno entregarse a la oración. El Señor está siempre dispuesto a concedernos sus gracias; pero quiere, dice San Gregorio, que le roguemos nos las conceda y nuestros ruegos le obligan a dispensárnoslas. Pero sin la oración, no tendremos fuerza para resistir a nuestros enemigos y no podremos alcanzar la gracia de la perseverancia en las buenas obras. Palafox ha dicho en una nota a la carta X de Santa Teresa: *¿Cómo nos ha de conceder el Señor la perseverancia si no se la pedimos? ¿Y cómo se la pediremos sin la oración?* Pero los que se dedican a la oración son como el árbol plantado en la corriente de un río (1): crecerá y se renovará siempre.

La oración es la feliz hoguera donde se abrasan las almas en amor divino (2). Santa Catalina de Bolonia decía: *La oración es el lazo que estrecha el alma con Dios.*

San Luis Gonzaga decía que jamás se llegaría a un alto grado de perfección, si no se hacía mucha oración. Dediquémonos pues a la oración, y no la abandonemos jamás por fatigosa que pueda parecernos. Las fatigas e incomodidades que sufriremos por Dios, las recompensará el Señor en el paraíso con los tesoros de su amor.

(1) Erit tanquam lignum secus decursum aquarum. *Psal.* 1, 3.
(2) In meditatione mea exardescet ignis *Psal.* 38, 4.

Perdonad, Señor, mi pereza y mi indiferencia. ¡Cuántas gracias he perdido por haber descuidado la oración! En adelante dadme fuerza para seros fiel y para continuar hablando con Vos por medio de la oración, hasta que pueda hablaros de viva voz en el cielo. No pretendo que me colméis de vuestros inefables consuelos durante mis oraciones, no soy merecedor de tanta bondad; bástame que me permitáis orar a vuestros pies por la salvación de mi alma. Mi alma, Señor, está triste y vacía: triste y vacía porque se ha alejado de Vos. ¡Oh Jesús crucificado! el solo recuerdo de vuestra sagrada pasión me arrancará de la tierra y me unirá a Vos. Virgen santa María, socorredme en la oración.

CONSIDERACION XV

Objeto de la oración mental

Para hacer la oración mental con provecho de nuestra alma diremos antes el objeto que en ella debemos llevar. 1º. Debe hacerse la oración para unirnos más estrechamente a Dios: y lo que nos une a Dios, no es tanto la pureza de nuestros pensamientos como la de nuestras acciones y de nuestro amor. En la oración hacemos actos de humildad, de esperanza, de desprendimiento, de resignación, de amor, y sobre todo de arrepentimiento de nuestros pecados. Los actos de amor, decía Santa Teresa, son los más eficaces para mantener el fuego del amor de Dios en nuestros corazones. 2º. Ha de hacerse oración con el fin de conseguir de Dios las gracias necesarias para adelantar en la carrera de la salvación, y sobre todo, para evitar los peligros de caer en pecado, y para alcanzar los medios de llegar a la perfección. El objeto principal de la oración está en saber rogar. Generalmente hablando, Dios no concede sus gracias, sino a los que se las piden. San Gregorio ha dicho: *Dios quiere ser rogado, obligado, vencido por el ruego, casi importuno* (1).

(1) Vult Deus rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci. *In Ps. Poen.* 6.

Reparemos en la palabra del santo, *ser vencido*: algunas veces para obtener gracias de alguna importancia, no basta el simple ruego, es necesario insistir y casi forzar a Dios con nuestras reiteradas instancias para que las conceda. Verdad es, que en todas ocasiones el Señor está pronto a condescender con nosotros: pero en el momento de la oración, cuando nuestra alma no se ocupa más que en él, es más fácil obtenerlas de su misericordia.

Debe tenerse particular cuidado de pedir a Dios en nuestras oraciones la perseverancia y su santo amor. La perseverancia hasta el fin no es efecto de una sola gracia, es un encadenamiento de gracias en cuyos eslabones han de alternar nuestras oraciones.

Si cesamos de orar, cesará Dios también de concedernos sus auxilios y nuestra perdición será inevitable. Los que no hacen oración mental, difícilmente podrán sostener la perseverancia en la gracia de Dios hasta la muerte. En el párrafo que antecede hemos visto ya lo que decía Palafox acerca de la oración: *Sin la oración*—añade—*no hay medio de comunicar con Dios.*

Es menester, además, insistir en nuestros ruegos al Señor, para alcanzar su santo amor. San Francisco de Sales decía que todas las virtudes eran compañeras del amor de Dios

(1): todos los bienes entran en mi alma con la caridad.

Repitamos, pues, continuamente nuestras oraciones para conseguir la perseverancia y el amor; y para dirigirlas con más confianza, tengamos siempre presente en la memoria la promesa de Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre* (2). Roguemos pues, y roguemos siempre, si queremos que Dios nos colme de beneficios; roguemos por nosotros: y si nuestro celo se dirige principalmente a la gloria de Dios, roguemos también por los demás. Dios quiere que le ruegen por los infieles, por los herejes, y por todos los pecadores. Digamos: Señor, daos a conocer y haceos amar. En la vida de Santa Teresa y en la de Santa Magdalena de Pazzi se lee que Dios les encargaba a menudo que orasen por los pecadores. Hagamos oración por las almas del purgatorio.

3º No sólo hemos de hacer oración para conseguir consuelos espirituales, sí que también para conocer lo que Dios exige de nosotros. *Habla, Señor,* deberíamos decir a Dios con Samuel, *que tu siervo escucha.* Señor, dadme a conocer lo que queréis de mí para hacerlo sin titubear. Algunos siguen la oración mientras continúan los consuelos, pero

(1) Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. *Sap.* 7, 11.
(2) *Joan.* 16, 23.

cuando éstos cesan, dejan de orar. No hay duda que Dios consuela en la oración a los que ama y les concede un gozo precursor de las delicias que prepara en la gloria a los que le han amado. Los mundanos no conciben el deleite que resulta de la oración; habituados a los placeres terrestres, desprecian los del cielo. ¡Oh, si llegasen a conocerlos, qué pronto abandonarían el mundo para correr a encerrarse en el retiro de una celda, en donde bajaría Dios hasta ellos! La oración no es otra cosa más que una conversación entre Dios y el alma: el alma le expone sus temores, sus deseos, sus votos, y Dios le responde con bondad; le habla del amor que le profesa y le indica cuanto debe hacer para agradarle: *Yo la atraeré y la llevaré al desierto y le hablaré al corazón* (1).

Pero no siempre se experimentan estas delicias: por lo común las almas santas están sujetas a la aridez. *Por la aridez y la tentación,* dice Santa Teresa, *prueba Dios a sus siervos.* Y después añade: *Aunque la aridez de nuestra alma fuese continua, no por esto deberíamos dejar de orar: Ya vendrá el momento en que seremos largamente recompensados.* Los momentos de sequedad y aridez son momentos de provecho.

(1) *Os.* 2, 14.

Cuando nos sentimos sin deseos, sin fervor de orar y nos hallamos poco dispuestos a hacer el bien, resignémonos, humillémonos, y si no podemos decir otra cosa, digamos: *Señor, ayudadme, tened compasión de mí, no me abandonéis.* Esta corta oración nos será más provechosa que las demás. Recurramos también a la Virgen María nuestra madre y nuestro consuelo. ¡Dichoso el que en las tribulaciones no deja de orar! Dios le colmará de sus gracias. Que diga entonces: ¡Oh Dios mío! ¡Por qué he de esperar que me consoláreis, yo que merecía estar en el infierno para siempre, separado de vos, y privado de toda esperanza de poderos amar! No me quejo, Señor, de que me privéis de vuestros consuelos, no los merezco, no los espero. Me basta saber que no rechazáis a las almas que os aman. No me privéis de la dicha de amaros y haced de mí después lo que sea de vuestro agrado. Si vuestra voluntad dispone que permanezca en el dolor durante toda mi vida, consiento en ello, con tal que pueda deciros y repetiros sin cesar: *Os amo, Señor, os amo.* Virgen María, madre de Dios, tened piedad de mí.

CONSIDERACION XVI

De la misericordia de Dios

Tanto desea Dios dispensarnos sus gracias, que, según San Agustín, es mayor en El el deseo de concedérnoslas, que en nosotros de conseguirlas (1). Y la razón es, que la bondad divina, como dicen los filósofos, *es difusiva por naturaleza* (2), inclinada a hacer el bien. Siendo, pues, Dios la bondad infinita, siente un deseo infinito de concedernos y repartir entre nosotros los tesoros que posee.

De aquí nace la grande misericordia que tiene el Señor de nuestras miserias. David dice que la tierra está llena de los testimonios de su misericordia y no de sus justicia. Dios no ejerce su justicia con los malos, sino cuando se ve forzado a ello por el exceso de sus crímenes; pero sin dejar de estar siempre dispuesto a derramar las gracias de su misericordia sobre todos y en todo tiempo. El Apóstol Santiago dice con este motivo: *La misericordia triunfa sobre el juicio* (3). La misericordia arranca a menudo de las manos de la justicia la cuchilla pronta a des-

(1) Plus vult ille tibi largiri bona, quam tu concupiscas.
(2) Sui diffusiva.
(3) 2, 13.

cargar su golpe sobre el pecador y alcanza su perdón. Por esto el Profeta daba a Dios el nombre de misericordia (1). Y añadía: *Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado* (2), esto es, ya que sois la misma misericordia.

Isaías dice que el castigo no es según el corazón de Dios, sino ajeno a él, como si dijese, distinto de su inclinación (3). Su misericordia infinita le decidió a enviar su Hijo a hacerse hombre sobre la tierra y morir en una cruz para librarnos de la muerte eterna. Zacarías exclama: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios con que nos visitó el sol naciente* (4), esto es: ha venido a visitarnos desde el subido trono de luz, cual claro sol que sale del oriente. Con las palabras *entrañas de misericordia,* quiere indicarse una misericordia que tenía su origen en el corazón de Dios, que prefirió ver morir su Hijo hecho hombre a permitir la condenación del linaje humano.

El Evangelio nos da prueba del inmenso amor que Dios nos profesa y de su ardiente deseo por hacernos bien, en estas breves pa-

(1) Deus meus misericordia mea. *Ps.* 58, 19.

(2) *Ps.* 25.

(3) Dominus irascetur; ut faciat opus suum, alienum opus ejus... peregrinum est opus ejus ab eo. Is. 28, 21.

(4) Luc. 1, 78.

labras: *Pedid y se os dará* (1). ¿Qué más pudiera uno decir a su amigo para probarle el amor que: *¿Pedid y se te dará?* Pues esto es justamente lo que nos dice Dios a cada uno de nosotros.

Nos invita además a que recurramos a El en nuestras tribulaciones y promete aliviarlas: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré* (2). Quejábanse los Hebreos de Dios y decían que no volverían a pedirle gracia alguna; entonces dijo Dios a Jeremías: *¿Por ventura he sido yo para Israel un desierto o tierra o tardía? pues por qué ha dicho mi pueblo: Nos hemos retirado, no vendremos más a ti?* (3). Reprendía el Señor por estas palabras la conducta de los Hebreos que habían dudado de su bondad, pronta siempre, a socorrer y a consolar a los que imploran su auxilio.

Habéis pecado: ¿queréis ser perdonados? No temáis, dice San Juan Crisóstomo, porque más impaciente está el Señor por perdonarnos, que nosotros por recibir el perdón (4). Si Dios nos encuentra obstinados en el pecado, nos aguarda para ser indulgente con

(1) *Matth.* 7, 7.
(2) *Matth.* 11, 28.
(3) *Jer.* 2, 31.
(4) Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille dimittere. *Hom.* 23, *in Matth.*

nosotros (1). Nos muestra entonces los castigos que nos están preparados para que nos arrepintamos (2). Empieza llamando a la puerta de nuestro corazón para que le abramos (3). Nos sigue después por todas partes y nos dice: *¿Y por qué morirás, casa de Israel?* (4) que es como si nos dijese: *Hijo mío ¿por qué quieres perderte?* San Dionisio Areopagita dice que el Señor llega hasta rogarnos que no nos perdamos (5).

El Apóstol lo había escrito, rogando por Cristo a los pecadores que se reconciliasen con Dios (6). San Juan Crisóstomo puso la siguiente nota al referido pasaje: "El mismo Jesucristo os ruega. ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios.

Si después de tan dulces promesas, los pecadores persisten en su obstinación, ¿qué puede hacer Dios? Todavía ofrece no rechazar a los que se llegaren a El contritos y arrepentidos: *Al que a mí viene, no lo arro-*

(1) Exspectat Dominus ut, misereatur vestri. *Isa.* 30, 18.

(2) Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus... ut liberentur dilecti tui. *Ps.* 59, 6, 7.

(3) Ecce sto ad ostium, et pulso. *Apoc.* 3, 20.

(4) *Ez.* 18, 31.

(5) Deus etiam a se aversos amatorie deprecatur ne pereant.

(6) Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo. 2 *Cor.* 5, 20.

jaré fuera (1). Dice además que está pronto a abrazar a todos aquellos que se echan en sus brazos: *Volveos a mí y yo me volveré a vosotros* (2). Promete perdonar al impío si se arrepiente, y echar un velo sobre sus culpas pasadas: *Mas si el impío hiciere penitencia... vivirá... de todas las maldades que obró, ya no me acordaré* (3).

El Señor no aparta de sí un corazón arrepentido (4). San Lucas describe la alegría del Señor al encontrar la oveja extraviada (5) y el amor con que acogió al hijo pródigo, cuando éste vino a echarse a sus pies (6) Dios mismo ha dicho que hay más gozo en los cielos por el arrepentimiento de un pecador que por noventa y nueve justos inocentes. (7). San Gregorio nos da la razón de ello, y consiste, según el Santo, en que por lo común los pecadores arrepentidos ruegan y aman a Dios con más fervor que los inocentes tibios. *Plerumque gratior est Deo*

(1) *Joan.* 6. 37.

(2) *Zach.* 1, 3.

(3) *Ez.* 13, 21 et 22.

(4) Cor contritum et humiliatum, Deus non despecies. *Ps.* 50, 19.

(5) *Luc.* 15, 5.

(6) *Id.* 20.

(7) Dico vobis, quod ita gaudium erit in cœlo super uno peccatore pœnitentiam agente quam super nonaginta novem justis. *Luc.* 15, 7.

fervens post culpam vita, puam securitate torpens innocentia (1).

Mi buen Jesús, ya que habéis sido tan paciente esperando mi arrepentimiento y tan amoroso en perdonarme, quiero amaros con ardor; pero es necesario que vos mismo me hagáis capaz de ello: concededme esta gracia, Señor. No sería glorioso para vos el ser débilmente amado por un pecador a quien habéis colmado de tantos beneficios. Señor, ¿cuándo yo seré tan agradecido con vos, como bondadoso habéis sido vos conmigo? Hasta ahora en lugar de reconocimiento no ha habido en mí más que ingratitud puesto que os he ofendido y despreciado. ¿Seré siempre tan indiferente con vos, Señor, con vos, que habéis derramado vuestra sangre para conseguir mi amor? No, Salvador mío, quiero amaros de todo corazón; propongo no volveros a ofender en adelante. Me ordenáis que os ame, os amo pues y os pido la gracia de amaros siempre. Si vos me buscáis, yo no os busco sino a vos. Venid en mi auxilio sin el cual yo nada puedo. ¡Virgen María, madre de misericordia, haced que yo sea enteramente del Señor.

(1) *Ap. Corn a Lap. in loc. cit.*

CONSIDERACION XVII

Confianza en Jesucristo

La misericordia de Dios para con nosotros es extrema, como queda probado en el capítulo precedente; pero quiere que esperemos los efectos de su misericordia y que le imploremos, excitados por la más viva confianza en los méritos de Jesucristo y en sus promesas. Por esto nos encarga San Pablo el conservar siempre esta confianza, la cual obtendrá algún día la recompensa de parte del Señor: *No queráis perder vuestra confianza, que tiene un crecido galardón* (1). Cuando, pues, el terror que nos infunde el juicio de Dios llegue a disminuir en nosotros esta confianza, hemos de expulsar este terror de nuestro corazón.

Jesucristo reveló a San Gertrudis que puede tanto en su corazón nuestra confianza, que consigue de él cuanto le pedimos. San Juan Clímaco dice lo mismo (2). Toda oración dirigida con confianza hace violencia al Señor, pero esta violencia le es agradable. San Bernardo dice que la misericordia divina es como una fuente profunda de donde todos sacan; y que aquel que lleva mayor vaso de confianza obtiene más abundan-

(1) *Heb.* 10, 35.
(2) Oratio pia Deo vim infert.

cia de gracias. David dice: *Hágase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, de la manera que en ti hemos esperado* (1).

Dios nos ha declarado, que El es protector y salva a todos los que esperan en El (2). *¡Cómo se alegran, pues,* decía David, *los que esperan en ti, Dios mío, porque serán eternamente felices y tú habitarás en ellos para siempre!* El mismo profeta ha dicho: El que en el Señor espera, se verá envuelto en su misericordia, protegido por ella, y a cubierto de todo peligro de perderse (3).

¡Qué alentadoras promesas hacen las Santas Escrituras a todos los que esperan en Dios! ¿Nuestros pecados nos han conducido al borde de la condenación? El remedio es fácil: corramos con confianza a abrazar los pies de Jesucristo, dice el Apóstol, y conseguiremos el perdón de ellos (4). No aguardemos, para acudir a Jesucristo, a que esté sentado en el trono de la justicia, ahora es tiempo de acudir, ahora que está sen-

(1) *Ps.* 32, 22.

(2) Protector est omnium sperantium in se *Ps.* 17, 31 — Qui salvos facis sperantes in te. *Ps.* 16, 7.

(3) Sperantem autem in Domino misericordia, circumdabit. *Ps.* 31, 10.

(4) Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam inveniamus in auxilio opportuno. *Heb.* 4, 16.

tado en el trono de la gracia. San Juan Crisóstomo dice que nuestro Salvador tiene más deseos de perdonarnos que nosotros de ser perdonados (1).

Pero, — dirá el pecador — yo no merezco ser atendido, aunque pida perdón. Yo le respondo, que si le faltan merecimientos, su confianza en la divina misericordia le obtendrá el perdón; porque este perdón no se funda en el mérito del pecador, sino en la promesa que Dios ha hecho de perdonar a los que se arrepienten: por esto ha dicho Jesucristo: *el que pide recibe* (2). Un comentador del evangelio explica las palabras: *Omnis,* diciendo: *sea justo, sea pecador, con tal que ruegue con confianza.* Oigamos de la boca del mismo Jesucristo cuán necesaria sea la confianza: *Todo cuanto pidiereis orando, creed que os será concedido* (3).

Los que por debilidad temen volver a caer en sus antiguos pecados, tengan confianza en Dios de que no volverán a cometerlos. El profeta afirma: *No será culpado ninguno de los que esperan en El* (4). Isaías dice que los que esperan en Dios hallarán nueva fuerza

(1) Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille cupit dimittere. *Hom.* 23 *in Matth.*

(2) *Luc.* 11, 10.

(3) *Marc.* 12, 24.

(4) *Ps.* 33, 23.

(1). Seamos, pues, firmes en nuestra confianza, como dice San Pablo, porque Dios ha prometido proteger a todos los que esperan en El. Así, pues, cuando tengamos que superar algún obstáculos muy superior a nuestras fuerzas, digamos: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (2). ¿Quién ha esperado en Dios y se ha perdido? (3). Pero no busquemos, no exijamos siempre aquella confianza sensible de que quisiéramos vernos animados: basta tener la voluntad de confiar en Dios. La verdadera confianza es querer confiar porque Dios es bueno y su mayor gusto es ayudarnos. Es omnipotente y puede ayudarnos; es fiel y lo ha prometido; aseguremos, pues, nuestra confianza en la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad, os digo: que os dará el Padre todo que pidiéreis en mi nombre* (4). Pidamos pues a Dios las gracias que podamos necesitar, por los méritos de Jesucristo y obtendremos cuanto le pidamos.

¡Oh, eterno Dios! Soy pobre de todo; de vuestras manos he recibido cuanto poseo. Señor, tened piedad de mí. Lo peor es que a

(1) Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem. *Is.* 41, 31.

(2) *Phil.* 4, 13

(3) Nullus speravit in Domino, et confusus est. *Eccl.* 2, 11.

(4) *Jo.* 16, 23.

mi pobreza he añadido el demérito de corresponder a vuestra gracia con las ofensas que contra vos he cometido; pero esto no obstante, espero de vuestra bondad esta repetida misericordia: que perdonaréis mis pecados y me concederéis la santa perseverancia en vuestro santo amor; y la gracia de pediros siempre que me ayudéis hasta la muerte. Yo solicito y espero todas estas gracias por los méritos de vuestro Hijo y de la bienaventurada Virgen María, mi protectora.

CONSIDERACION XVIII

Nada hay más necesario que salvarse

Una sola cosa es necesaria. En este mundo no tenemos necesidad de amontonar riquezas, ni acumular honores, ni de que nos embriaguen los placeres: lo único necesario es salvarnos, porque no hay término medio: si no nos salvamos, nos condenaremos. Después de esta corta vida o gozaremos eternamente de la bienaventuranza de la gloria, o para siempre durará nuestra desdicha en los infiernos.

¡Oh Dios mío! ¿qué será de mí? ¿Me salvaré o me condenaré? Una de estas dos cosas me ha de tocar en suerte. Yo espero salvarme, pero ¿tengo de ello alguna seguridad?

¡Cuántos mundanos que se vieron en otro tiempo colmados de riquezas y honores, elevados a grandes puestos y hasta colocados sobre el trono, se hallan ahora en el infierno, donde todo su fausto, todas sus grandezas pasadas no les sirven sino para acrecentar sus tormentos y su desesperación! Ved aquí no obstante lo que les había dicho el Señor: *No queráis atesorar tesoros en la tierra...*

atesorad tesoros para el cielo, donde no los consume el orín ni la polilla. (1).

Todos los bienes terrestres los arrebata la muerte, pero los bienes espirituales son eternos.

Dios nos hace saber que quiere la salvación de todo el mundo (2), y a todos nos da los socorros necesarios para que nos salvemos. ¡Desdichados los que se pierden! Su perdición nace de ellos mismos. El más cruel tormento que padecen los condenados es pensar que se han perdido por su propia culpa.

El fuego y el gusano roedor, esto es, el remordimiento de la conciencia, serán los verdugos de los condenados (3). Pero el gusano roedor les atormentará sin fin y mucho más que el fuego. ¡Cuánta no es nuestra aflicción en la tierra si perdemos algún objeto precioso, un diamante, un reloj, una suma de dinero por nuestro descuido! Este contratiempo nos quita el apetito y no nos deja conciliar el sueño, continuamente tenemos el pensamiento fijo en aquella pérdida que tal vez no nos será imposible reparar. Ahora pues, ¿cuál será el tormento de un condenado, al considerar, que por su culpa ha perdido a Dios y la gloria, sin esperanza de poderlos recobrar?

(1) *Matth.* 6. 19 et 20.
(2) Vult omnes homines salvos fieri.
(3) Vindicta carnis impii ignis et vermis. *Eccl.* 7, 19.

¡Nos hemos equivocado! será el grito eterno de los condenados. Nos hemos engañado, nos hemos perdido sin esperanza de remedio. Mientras estamos en la vida, con un cambio de conducta, con una entera resignación a la voluntad divina podemos poner remedio a las desgracias que nos acontecen; pero ninguno de estos medios será capaz de aliviar nuestros tormentos si caemos en los abismos del infierno, adonde nos arrastran nuestros pecados.

El apóstol San Pablo nos exhorta a que busquemos nuestra salvación eterna, con un continuo temor de perderla: *Obrad vuestra salud con temor y temblor* (1). Este temor nos inspirará la debida circunspección en nuestra conducta, huiremos las ocasiones que puedan ponernos en peligro de pecar, nos encomendaremos a Dios de continuo, y así podremos salvarnos. Roguemos, pues, al Señor se digne grabar en nuestros corazones y en nuestra mente, que de nuestro último suspiro depende nuestra felicidad eterna o nuestra eterna desdicha.

¡Oh Dios mío! a menudo he despreciado vuestra gracia y no merezco perdón; pero el profeta me asegura que vos sois compasivo con los que os buscan: *Bueno es el Señor para el alma que le busca* (2). He

(1) *Phil.* 2, 12.
(2) *Thrn.* 3 35.

huído de vos hasta ahora, pero ya ni busco, ni deseo, ni amo en el mundo más que a vos sólo. Por piedad no me desechéis. Acordaos de la sangre que por mí derramasteis: esta sangre y vuestra intercesión, oh María madre de Dios, son mi única esperanza.

CONSIDERACION XIX

Resignación perfecta a la voluntad de Dios

Jesucristo, hablando de sí mismo dice: *Mi alimento es hacer la volunad del que me envió* (1). El alimento en esta vida mortal nos conserva la vida y por esto dijo Jesús que hacer la voluntad de su Padre era su alimento. Tal debe ser también el alimento de nuestra alma. Nuestra vida está en el cumplimiento de la voluntad divina (2); si no la cumplimos nuestra perdición es segura.

Los que son poco fieles en amar a Dios quisieran que Dios *se sometiese a ellos,* se conformase a su capricho, e hiciese cuanto ellos quisieron: pero los que aman a Dios *se someten a El,* se conforman con todo lo que quiere el Señor, con todo lo que quiere disponer de ellos y de cuanto les pertenece. En todas sus tribulaciones, en sus enfermedades, en sus disgustos, en la pérdida de sus bienes, parientes y amigos dicen y repiten sin cesar: *Hágase tu voluntad.*

Dios no quiere sino nuestro bien, esto es nuestra santificación: *Esta es la voluntad*

(1) *Jo.* 4, 34.
(2) Et vita in voluntate ejus. *Ps.* 29.

de Dios, nuestra santificación (1). Procuremos, pues imponer silencio a nuestra voluntad y ajustémosla a los límites de la del Señor; impongámosla también a nuestro juicio y persuadámonos que todo lo que ordena el Señor es para mayor provecho nuestro. Los que no obran así jamás gozarán de paz verdadera. La única perfección que nos es dable conseguir en esta tierra de prueba, y por consiguiente, lugar de penas y afanes, es sufrir con paciencia lo que puede contrariar nuestro amor propio; y para sufrirlo con paciencia, el mejor medio, es querer sufrirlo todo para hacer la voluntad de Dios: *Acomódate pues a El y tendrás la paz* (2). El que se somete a la voluntad divina goza siempre de paz, y nada de cuanto le acontece le aflige (3). ¿Por qué, pues, el justo no se aflige jamás en sus adversidades? Porque sabe que cuanto le sucede en este mundo es por disposición de Dios.

La resignación a la voluntad divina mitiga las penas y dulcifica la hiel de las tribulaciones de la vida.

Para encontrar el reposo en medio de las contrariedades de este mundo, ved lo que nos aconseja San Pedro: *Echad sobre El toda vuestra solicitud, porque El tiene cui-*

(1) I Thess. 4, 3.
(2) *Job.* 22, 21.
(3) Non contristabit justum, quidquid ei acciderit. Prov. 12, 21.

dado de vosotros (1). Pero ya que hay un Dios que cuida de nuestra felicidad, ¿por qué nos inquietamos tanto para encontrarla y no descansamos enteramente en Dios de quien todo depende? David dice: *Arroja sobre el Señor tu cuidado, y El te sustentará* (2). No pensemos más que en obedecer a todo lo que nos ordena, a todo lo que nos aconseja: dejémosle el cuidado de nuestra salvación y nos suministrará por sí mismo los medios necesarios para salvarnos. Los que ponen toda la confianza en Dios tienen asegurada la salvación: *Alcanzará tu alma la salvación porque tuviste confianza en mí* (3).

En fin, con tal que uno siga la voluntad de Dios obtendrá de El el paraíso. Despreciándola, caeremos en el infierno. Algunas personas esperan salvarse practicando ciertos ejercicios, ciertas oraciones y sin embargo se desentienden de hacer la voluntad de Dios. Pero Jesucristo ha dicho: *No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.*

Así pues, si queremos salvarnos y estrecharnos íntimamente a Dios, dirijámosle a menudo esta oración de David: *Enséñame,*

(1) 1 Petr. 5, 7.
(2) Ps. 54, 23.
(3) *Jer.* 39, 18.

Señor, a hacer tu voluntad (1). Abjuremos nuestra propia voluntad y conformémonos sin reserva a la de Dios. Cuando damos a Dios nuestros bienes por medio de la limosna, nuestra comida por medio del ayuno, nuestra sangre por medio de nuestras disciplinas, le damos lo que está en nuestro poder: pero cuando le damos nuestra voluntad, le hacemos entrega de toda nuestra existencia. El que da al Señor toda su voluntad puede decirle: *Señor, después de haberos entregado mi voluntad, nada me queda que daros.* El sacrificio de nuestra propia voluntad es el más grato que podemos ofrecer a Dios y Dios es pródigo en conceder sus gracias a los que le hacen este sacrificio.

Pero para ser perfecto es menester llenar estas dos condiciones: que el sacrificio sea *sin reserva* y que sea *constante.* Algunos entregan su voluntad al Señor, pero con reserva; semejante don no puede menos de ser poco agradable a Dios. Otros le entregan su voluntad, pero a poco vuelven a tomarla para gobernarse por ella; estos tales se hallan en peligro de ser abandonados de Dios. Para evitarlo, es necesario que nuestros ofrecimientos, nuestros designios y nuestras oraciones no tengan más objeto que alcanzar del Señor la gracia de no tener otra voluntad que la suya.

(1) *Ps.* 142, 9.

Renovemos al Señor todos los días la abdicación completa de nuestra voluntad; guardémonos de desear o buscar lo que no pueda estar en la voluntad del Señor. Por este medio ahogaremos nuestros temores, nuestros deseos, nuestras pasiones y todas nuestras inclinaciones viciosas. Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, religiosa descalza de Santa Clara, cuando quedó ciega, exclamó: *¿Por qué he de desear yo ver, ya que Dios quiere que no vea?*

¡Oh Dios de mi alma! Recibid el sacrificio de mi entera voluntad y toda mi libertad. Merezco que no me escuchéis y que rehuséis el presente que os hago, ya que os he sido tantas veces infiel; pero conozco ahora que me ordenáis de nuevo que os ame con todo corazón, así que de este modo me cabe la certidumbre de que no rehusáis mis ofrecimientos. Yo me resigno humildemente a hacer vuestra voluntad: dadme a conocer lo que queréis disponer de mí y yo lo cumpliré todo por agradaros. Haced que os ame y después disponed a vuestro gusto de cuanto poseo y de mí mismo. Yo me abandono a vos, Señor, disponed lo que juzgareis más propio para mi eterna salvación. Declaro que no quiero amar en este mundo más que a vos sólo. Madre de Dios, alcanzadme la santa perseverancia.

CONSIDERACION XX

Dichosos los que son fieles a Dios en la adversidad

El soldado demuestra su valor no en el reposo, sino en los combates. La tierra es para nosotros un campo de batalla donde cada uno está obligado a pelear y vencer para salvarse. El que no consigue la victoria está perdido para siempre. Job tenía que luchar contra millares de enemigos, pero le consolaba la idea de que saliendo vencedor y resucitando después de la muerte, mudaría de estado. San Pablo habla también de esta mudanza y manifiesta su gozo por ella (1): *Los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos mudados.* En el cielo cambiamos de condición. El cielo no es lugar de trabajo, sino de descanso, no es recinto de temores, sino de seguridad: no es morada de tristeza y de inquietud, sino de alegría y de gozos eternos. Pueda la esperanza de tales delicias darnos fuerza para pelear hasta la muerte. No nos declaremos jamás vencidos, hasta que venga el término de la batalla, hasta que *llegue nuestra mudanza,* y podamos entrar en la eternidad de la dicha.

(1) *Cor.* 15.

Por cierto tiempo sufrirá el que padece, mas después volverá la alegría (1). ¡Feliz el que sufre en esta vida por amor de Dios! Sufre *por algún tiempo,* pero sus gozos serán eternos en la corte celestial. Allí tendrán fin las persecuciones, las tentaciones, las enfermedades, las tribulaciones y todas las miserias de esta vida. Dios nos dará una vida llena de delicias y que no tendrá fin. Tiempo es ya de podar la viña y quitar de en medio todos los obstáculos que puedan entorpecer nuestro camino hacia la tierra prometida del cielo. Es menester conformarse: *después se nos dará en placer* lo que habremos sufrido en dolor. Dios es fiel a todos los que sufren con paciencia por su amor; les ha prometido que El mismo será su recompensa; ¿no es acaso superior a todos nuestros padecimientos? (2).

Sin embargo, antes de recibir la corona de la vida eterna, quiere Dios que seamos probados por medio de las tentaciones: *Bienaventurado el que sufre la tentación: porque después de probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman* (3). ¡Dichosos los que en la adversidad permanecen fieles a Dios! Creen algunos, que cuando todos sus negocios marchan con feliz

(1) *Eccl.* 1, 29.
(2) Ego merces tua magna nimis. *Gen.* 15, 1.
(3) *Santiago.* 1, 12.

éxito y ningún contratiempo los aflige, es señal que son amados de Dios, pero se engañan. Dios prueba la paciencia y la fidelidad de sus siervos, no por medio de la prosperidad, sino de la adversidad, para premiarlos después con aquella corona que no se marchita como las coronas que conceden los mundanos; con aquella corona de gloria y de eternidad de que habla San Pedro: *Recibiréis corona de gloria que no se puede marchitar* (1). Porque ¿a quien la tiene Dios ofrecida? *a los que le aman*: porque el amor divino nos dará valor para combatir y alcanzar la victoria.

Y no basta amar a Dios, sino que es necesario además ser humilde; porque así como el oro y la plata se prueban en el fuego, así los hombres aceptables a Dios se prueban en la fragua de la humildad (2). Las humillaciones, pues, son las que hacen a los santos; ellas son la piedra de toque en que se ensayan el oro y la plata de nuestras virtudes. Tal sujeto que es tenido por santo se turba, se contrista, se lamenta, a la más leve afrenta quiere castigar al que se la ha inferido. ¿Qué es este hombre? ¿qué señal tiene? El soberbio mira las humillaciones que recibe co-

(1) *Pet.* 5, 4.

(2) Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines Deo receptibiles in camino humiliationis. *Eccl.* 2, 5.

mo otras tantas injusticias insoportables: el humilde al contrario, juzgándose acreedor al desprecio de todos, lo sufre todo con paciente resignación. Los que han cometido pecados mortales echen una ojeada sobre el infierno, y a su aspecto llevarán con paciencia todas las injurias, todos los dolores.

Amemos pues, al Señor; seamos humildes en todas nuestras obras; y hagámoslas no para satisfacer nuestra voluntad, sino para agradar a Dios. ¡Maldito amor propio, que se mezcla en cuanto hacemos, en nuestros ejercicios piadosos, en nuestras oraciones, en nuestras penitencias, sacando partido hasta de estas santas obras! Pocas son las almas que no tengan el defecto del amor propio. ¿En dónde podrá hallarse un alma de suficiente fortaleza tan despojada de pasiones e intereses que consiga perseverar amando a Jesucristo, hasta en medio del dolor, del abatimiento, de las penas de espíriu y de los sinsabores de la vida?

¡Oh Jesús crucificado! yo soy uno de aquellos que hasta en sus oraciones encuentran medio de satisfacer su vanidad y su amor propio, tan poco de acuerdo con vos, que llevasteis una vida llena de dolores, privada de todo consuelo por amor de los hombres: concededme vuestro auxilio. En adelante no escucharé más que vuestra divina voluntad: quisiera amaros sin interés algu-

no, pero soy débil y preciso será que vos me concedáis fuerzas para cumplir con mis promesas. Me entrego del todo a vos, disponed de mi a vuestro gusto. Haced que yo os ame: es la única gracia que os pido.

Virgen María, dulce madre, alcanzadme con vuestros ruegos fidelidad y fervor.

CONSIDERACION XXI

El que ama a Jesucristo debe aborrecer al mundo

Se considera muy feliz el que ama a Jesucristo con verdadero amor, cuando es tratado, como lo fué Jesucristo, aborrecido, calumniado, insultado, perseguido y clavado en una infame cruz hasta morir consumido de fatiga y dolor.

El mundo entero se conjura contra Jesucristo y lo aborrece: Jesucristo, pues, aborrece a los que sólo sirven al mundo. El Señor infundía aliento a sus discípulos para que sufriesen sin quejarse las persecuciones del mundo, diciéndoles que habiendo renunciado al mundo no podían menos de ser aborrecidos del mundo: *Porque no sois del mundo... por eso os aborrece el mundo* (1).

Pero así como los amantes del Señor son odiados del mundo, así debe el mundo serles odioso. San Pablo decía: *Nunca permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo* (2). El Apóstol inspiraba tanto horror al mundo, como puede inspirarle un hombre condena-

(1) *Joan.* 15, 19.
(2) *Gal.* 6, 13.

do y ajusticiado, esto es, clavado en una cruz; y en contraposición, el mundo causaba el mismo horror al santo Apóstol: *el mundo está crucificado para mí.*

Jesucristo quiso morir en la cruz por nosotros, pecadores, para librarnos del amor a este mundo perverso (1).

Nuestro Salvador, al invitarnos a que le amemos, quiere que despreciemos las promesas del mundo, sin temer sus amenazas; quiere que hollemos bajo nuestros pies tanto los elogios como las censuras: así, pues, debemos rogar al Señor que nos haga olvidar por completo el mundo y que sus mofas e insultos nos causen alegría.

Para ser enteramente de Dios no basta abandonar el mundo, debemos desear también que el mundo nos abandone y nos olvide a nosotros. Algunos se apartan del mundo, pero buscan todavía sus aplausos, aunque recaigan éstos en celebrar la misma resolución de haberlo hecho; y como conservan todavía vivo el deseo de ser considerados por el mundo, la imagen del mundo vive todavía en ellos.

El mundo aborrece a los siervos de Dios y sus santas máximas, y por consiguiente sus buenos ejemplos; así pues debemos abo-

(1) Dedit semetipsum pro peccatis nostris, ut eriperet nos de præsenti sæculo nequam. *Gal.* 1, 4.

rrecer nosotros las máximas y la perniciosa conducta del mundo.

El saber de la carne es enemigo de Dios, puesto que no está sujeto a la ley de Dios, ni puede estarla (1). El Apóstol dice *ni puede,* porque el mundo no consulta más que su interés o propio gusto, por lo cual es imposible establecer armonía entre el mundo y los que sólo tratan de agradar a Dios.

Si, Jesús mío, Jesús crucificado y muerto por mí, quiero agradaros. ¿Qué es el mundo? ¿Qué son los honores y las riquezas? Vos sois mi Redentor, vos mi solo tesoro: vuestro amor será mi riqueza. Si es vuestra voluntad que viva pobre, humillado y abatido, consiento en ello; todo lo acepto con reconocimiento como venido de vuestras manos: mi consuelo es cumplir vuestra voluntad. La sola gracia que os pido es que me concedáis el que jamás me aparte del cumplimiento de vuestra ley.

(1) *Rom.* 6, 7.

CONSIDERACION XXII

Un moribundo a su Crucifijo

Jesús, mi Redentor que vais a ser mi juez dentro de poco, tened misericordia de mí antes que llegue el terrible momento en que me habéis de juzgar. Ni la enormidad de mis culpas, ni la severidad de vuestra sentencia me intimidan ya, viéndoos muerto en esta cruz para salvarme.

Consoladme, sin embargo, en la agonía en que me encuentro: mis enemigos quieren asustarme, diciéndome que no hay salvación para mí (1); pero yo no quiero perder ni por un instante mi confianza en vuestra infinita bondad, ni cesar de exclamar con el Profeta: *Tú eres mi amparo* (2). Consoladme, decid a mi alma: *Yo soy tu salud* (3).

No se pierdan las ignominias y el dolor que habéis sufrido, ni la preciosa sangre que habéis derramado por mí. Os ruego sobre todo, por el dolor que experimentasteis cuando vuestra alma se separó de vuestro cuerpo, tengáis piedad de mi alma cuando salga del barro de que se compone el mío.

(1) Multi dicunt animæ meæ; Non est salus ipsi in Deo ejus. *Ps.* 3, 3.
(2) *Ps.* 3, 4.
(3) *Ps.* 34, 3.

Verdad es que a menudo os he ofendido con mis pecados, pero en este momento os amo más que a todas las cosas, más que a mí mismo: me arrepiento de todo corazón de los disgustos que os he causado con mis pecados y los detesto y abomino. Conozco que por las ofensas que os he hecho he merecido mil veces el infierno, pero la dolorosa muerte que por mí sufristeis, y las gracias sin número que me habéis concedido, me permiten esperar que al entrar en la eternidad, me daréis el beso de paz.

Lleno de confianza en vuestra bondad, oh Dios mío, me arrojo en vuestros paternales brazos. Las ofensas que os he hecho me han merecido el infierno, pero por esa sangre preciosa espero que ya me habréis perdonado y podré algún día ir a cantar en el cielo vuestras misericordias: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

De buena voluntad acepto las penas que me están preparadas en el purgatorio; justo es que el fuego purifique mis pecados. ¡Oh santa prisión! ¿Cuándo seré yo tú habitante? yo estaré sufriendo en tu seno, pero con la certidumbre de no haber perdido a mi Dios y Señor. ¡Oh sagrado fuego del purgatorio! ¡Cuándo será que purifiques mi alma de todas esas manchas y me hagas digno de atravesar el umbral del paraíso!

¡Eterno Padre! por los merecimientos de

la pasión de Jesucristo, hacedme morir en vuestra gracia y en vuestro amor para que os ame eternamente en el cielo. Os doy gracias por los beneficios que me habéis concedido durante mi vida y sobre todo por haber permitido que en estos días, los últimos de mi vida, recibiera todos los santos sacramentos.

Ya que disponéis mi muerte, quiero morir por agradaros, que poco es que yo muera por vos, ¡oh Jesús mío, si vos habéis muerto por mí! Diré con San Francisco: *Moriré por tu amor puesto que tú te dignaste morir por el mío.*

Recibo la muerte con tranquilidad: acepto con gozo todas las penas que tendré que sufrir aún, hasta el momento en que espire. Dadme fuerza para sufrirlas con resignación y con paciencia. Ofrezco estas penas para mayor gloria vuestra y las uno a las que sufristeis en vuestra pasión. Eterno Padre, os consagro el término de mi vida y todo mi ser: os pido que os dignéis aceptar este sacrifico, por los méritos de vuestro divino Hijo que se ofreció en espontánea ofrenda para la salvación del linaje humano.

Virgen María, madre de Dios, que me habéis alcanzado tantos favores del Señor durante mi vida, os doy gracias de todo corazón; no, no me abandonéis en mis últimos instantes, en los que más que nun-

ca necesito del apoyo de vuestra intercesión. Rogad a Jesús que me conceda el más sincero arrepentimiento de mis pecados y el más perfecto amor hacia El: mis remordimientos y mi amor son el único medio por el que me es dado esperar que algún día conseguiré amarle eternamente en el cielo. Virgen María, mi única esperanza, confío enteramente en vos.

CONSIDERACION XXIII

Actos de resignación en la hora de la muerte

Reveló un ángel a santa Liduvina que no conseguiría la corona gloriosa de la bienaventuranza, sino por los méritos que alcanzaría en los sufrimientos que le estaban reservados para los últimos días de su existencia. Lo mismo sucede a todas las almas santas que salen de este mundo. Es cierto que todos los actos piadosos y sobre todo los de resignación a la muerte y a todos sus dolores, son de mucho provecho, para los que mueren en gracia de Dios. Vamos, pues, a indicar los que creemos que pueden ser muy agradables a Dios en boca de un moribundo.

Dios mío, os ofrezco mi vida: pronto estoy a abandonarla en el instante que dispongáis y del modo que haya resuelto vuestra divina voluntad: *Hágase vuestra voluntad.* Dejad que repita sin cesar: *Hágase vuestra voluntad.*

Señor, Dios mío, si queréis concederme algún tiempo más de vida, bendito y alabado séais, pero yo no consiento en vivir sino en cuanto pueda emplear la vida únicamente en amaros y agradaros. Si habéis dispuesto que muera de esta enfermedad, bendito y

alabado seáis, acepto la muerte y me someto a vuestra divina voluntad. Dejadme repetir: *Hágase vuestra voluntad.* Sólo os ruego me ayudéis en estos últimos momentos (1): *Tened piedad de mí, oh Dios, según vuestra grande misericordia.* Si disponéis que salga de este mundo, afirmo que quiero morir porque es vuestra voluntad. Quiero morir, Señor, para satisfacer, por lo menos en parte, por medio de mi agonía y dolores de muerte a vuestra divina justicia a quien he irritado tanto con mis culpas, haciéndome merecedor del infierno.

Quiero morir, para quedar privado para siempre de la posibilidad de ofenderos y desagradaros.

Quiero morir, para probaros mi reconocimiento por todos los beneficios y gracias con que me habéis colmado, a pesar de mi indignidad.

Quiero morir, para daros segura prueba de que prefiero cumplir vuestra voluntad a conservar la vida.

Quiero morir, si vos no os oponéis a ello, en este momento mismo en que creo estar en vuestra gracia. De este modo me aseguraría la felicidad de amaros y bendeciros por toda una eternidad.

Quiero sobre todo morir, para poder amaros eternamente y con todas mis fuerzas en

(1) *Ps.* 50, I.

el cielo, adonde confío llegar por los méritos de vuestra pasión, después de mi muerte y gozar de la gloria de veros y celebrar vuestra misericordia por toda la eternidad.

Jesús mío, vos consentisteis en morir en una cruz por mi amor; yo consiento en la muerte y en todos los sufrimientos que me esperan, por vuestro amor y entre tanto dejad que exclame con San Francisco: *Moriré, Señor, por el amor que me conduce a amaros, a vos que os dignasteis morir por el amor que os incitaba a amarme.*

Os ruego, Salvador mío, amor mío y mi único bien, me concedáis morir en vuestra gracia y en vuestro amor, por vuestras santas llagas y por vuestra dolorosa muerte. Me habéis redimido al precio de vuestra sangre: no permitáis que me pierda. *Dulcísimo Jesús, no permitáis que sea separado de vos, no lo permitáis, Señor.*

No me expulséis, de vuestra presencia: confieso que mis pecados han merecido el infierno, pero me arrepiento de ellos con amargo pesar, y pronto confío subir a los cielos a celebrar las infinitas misericordias que habéis usado conmigo: *Cantaré eternamente las misericordias del Señor.*

Yo os adoro, oh Dios mío, que me habéis creado. Creo en vos, eterna verdad, espero en vos, misericordia infinita; os amo, bondad suprema; os amo más que a todas las cosas,

os amo más que a mí mismo porque sois digno de ser así amado y porque os amo me arrepiento de todo corazón de haber despreciado vuestra santa gracia. Os prometo sufrir la muerte y mil muertes más, antes que volveros a ofender una sola vez.

¡Oh, Jesús mío, Hijo de Dios, muerto por mí, tened piedad de mi alma. Salvador mío, salvadme y sea mi salvación amaros eternamente. Virgen María, madre de Dios, rogad a Jesús por mí. Este es el momento en que necesito más de vuestro auxilio. San José, padre mío, ayudadme. Glorioso arcángel San Miguel, libradme del demonio que tiende lazos a mi alma. Santos del paraíso, protectores y abogados míos ante el tribunal de Dios, rogad por mí.

Y vos, Jesús mío crucificado, recibid mi alma en vuestros brazos así que yo exhale el postrer aliento: recibidla en vuestros brazos, pues me recomiendo a Vos: acordaos que me habéis redimido con vuestra sangre: *Te ergo, quaesumus, famulis tuis súbveni, quos pretioso sánguine redemisti.* Jesús mío crucificado, amor mío y esperanza mía, protesto que no quiero otra cosa más que a vos y nada más. ¿Y qué pudiera yo desear en lugar de vos? *¿Qué hay en el cielo para mí, ni qué puedo yo desear en la tierra, sino a vos, Dios de mi corazón, mi herencia por toda la*

eternidad? Vos, amor de mi corazón, vos sois toda mi riqueza.

Recomiendo mi alma a vuestro amor, Señor que la habéis salvado con vuestra muerte. Confiado en vuestra misericordia, me atrevo a exclamar: *En ti esperé, Señor, no me condenes para siempre.*

Virgen María, vos sois mi esperanza: también a vos dirijo la misma plegaria: *En vos esperé, Señora, no permitáis que me condene para siempre.*

CONSIDERACION XXIV

Morada de la eternidad

Irá el hombre a la morada de su eternidad. Es un error llamar nuestra casa al lugar que habitamos: dentro de poco nuestro cuerpo no tendrá más morada que la tumba donde permanecerá hasta el día del juicio. La morada de nuestra alma será el infierno o el paraíso, según habrá merecido.

No irán nuestros cadáveres por sí mismos a la tumba, serán llevados a ella por otros; pero el alma por sí misma pasará a la morada que habrá merecido: morada de eterno gozo o de dolor eterno. Según el bien o el mal que hace el hombre, tal será el lugar que merecerá en la casa del infierno o en la del paraíso y no hay que esperar que podamos mudar de casa.

Los que viven en la tierra cambian de habitación, sea por capricho, sea por necesidad. En la eternidad no hay ocasión para estos cambios. Allí donde se han entrado por primera vez, allí se ha de habitar para siempre. El que entre en el cielo será dichoso para siempre, el que entre en el infierno será eternamente desdichado.

El que entre en el cielo estará siempre en compañía de Dios y de los santos, siempre en paz, siempre contento, porque los elegidos están siempre rebosando un gozo

que no perderán jamás. Si los bienaventurados estuviesen en contingencia de perder el gozo de que están rodeados, dejarían de ser bienaventurados, porque el sólo temor de perderlo turbaría la paz de que gozan.

Por otra parte, los que entran en el infierno, estarán eternamente separados de Dios, devorados sin fin por la llama eterna. No penséis que los tormentos del infierno sean semejante a los que se padecen en este mundo y disminuyen con el hábito su intensidad. Así como las delicias del paraiso no causarán jamás tedio ni disgusto, sino que serán tan nuevas y tan agradables como el primer día, como se deduce del cántico eterno de los bienaventurados: *Y cantaban como un cántico nuevo* (1); del mismo modo los réprobos se sentirán eternamente devorados por el dolor que les habrá asaltado en el primer instante de su infierno.

San Agustín dice que los que creen en la eternidad y no se convierten a Dios, o han perdido la fe o el juicio (2).

Desdichado del pecador que entra en la eternidad sin haberla conocido, exclama San Cesáreo, y que ha descuidado meditar sobre ella (3). Y añade después: *¡Doblemente des-*

(1) Apoc. 14, 3.
(2) O æternitas, qui te cogitat nec pœnitet, aut fidem non habet, aut si habet; cor non habet. In Solliloq.
(3) Væ peccatoribus qui incognitam ingrediuntur æternitatem!

dichados! en primer lugar porque caen en aquel abismo de fuego, y después porque una vez que habrán entrado, no volverán a salir de él. Las puertas del infierno se abren para dar entrada a las almas de los condenados, pero no para darles salida.

No: los santos no han hecho nada excesivo para su salvación: sepultándose en los yermos, alimentándose con yerbas del campo, durmiendo sobre duras piedras, no han hecho nada excesivo, dice San Bernardo, porque cuando se trata de la eternidad, jamás se toman bastantes precauciones (1).

Así pues cuando el Señor nos envía alguna cruz con la enfermedad, con la pobreza, o con otro cualquier mal, pensemos en el infierno que tenemos merecido y todos nuestros sufrimientos nos parecerán suaves y livianos. Digamos entonces con Job: *Pequé y de veras delinquí y no he sido castigado como merecía* (2). ¿Cómo podré yo quejarme cuando me envíes, Señor, algunas tribulaciones, a mí que he merecido el infierno?

¡Oh Jesús mío! no me arrojéis al infierno, porque en el infierno sería arrastrado a no amaros y a aborreceros eternamente.

(1) Nulla nimia securitas, ubi periclitatur aeternitas.

(2) Job. 33, 27.

Privadme, Señor, de todo, de los bienes, de la salud, de la vida, pero no me privéis de vuestro amor. Disponed que os ame siempre, que prorrumpa siempre en vuestras alabanzas y haced de mí lo que cumpla a vuestra voluntad. Virgen María, madre de Dios, interceded por mí.

CONSIDERACION XXV

Las almas que aman a Dios suspiran por verle en el Cielo

Mientras dura esta vida, vivimos ausentes del Señor (1). Las almas que no aman más que a Dos sobre la tierra suspiran por el día en que les será permitido reunirse a El en la patria feliz que les espera.

Saben que están siempre en presencia de su Amado, pero que éste se halla oculto a sus ojos como detrás de una cortina. Está como el sol cubierto de nubes, a través de las cuales atraviesan de vez en cuando algunos rayos de su luz. Pero no se manifiesta patentemente: con todo, viven felices, porque obedecen gustosas a su Señor, que las mantiene en el destierro. Suspiran de continuo, llevadas del deseo de verle cara a cara, para aumentar todavía el fuego de su amor divino y arder por El con más vehemencia.

Se quejan dulcemente al señor y le dirigen estas palabras: "Unico amor de mi corazón, ya que me amas tanto, ¿por qué evitas mi presencia? ¿por qué me privas de la gloria de verte? Se que eres la belleza infinita: yo te amo sobre todo lo creado y eso que no te he visto aún. Muéstrame tu

(1) 3. Cor. 5, 6.

hermosa faz: deseo verte sin velo, para no cuidar más de mí, ni de cuantos seres hay en el universo, para no amarte más que a ti, único bien, por quien late mi pecho". Cuando algún destello de divina luz llega a alumbrar a estas fervorosas almas embriagadas de amor por su celestial esposo, quisieran derretirse y deshacerse hasta inundar aquella luz en copiosos raudales de amor y de gratitud. Su hermoso sol, a pesar de esto, permanece oculto aún por densos celajes, su frente radiante sigue cubierta por la oscuridad del espeso velo, ellas mismas sienten todavía sobre sus ojos el importuno peso de la venda fatal que les impide contemplarle cara a cara. ¡Cuál será su alegría cuando se disipen las nubes, cuando caiga el velo, cuando se aparte de sus ojos la venda, cuando la hermosa frente de su esposo se manifieste en todo su esplendor y puedan contemplar con la celeste luz su belleza, su bondad, su grandeza y su inmenso amor!

Oh muerte, ¿por qué te acercas con tanta lentitud? Si no apresuras tu golpe, todavía tendré que desfallecer por más tiempo, lejos de la presencia de Dios! Tú eres la que ha de abrirme las puertas de su alcázar, tú la que debes introducirme hasta los santos tabernáculos de mi patria eterna. ¡Oh prometido esposo de mi alma, Jesús mío, mi tesoro, mi todo, cuándo llegará el feliz momento de abandonar para siempre la tierra y unir-

me a vos! No merezco tanta ventura, pero el amor que por mí habéis tenido y vuestra bondad infinita me hacen confiar en que seré inscripto algún día bajo las banderas de ese bienaventurado ejército de almas escogidas, que os han sabido amar en la tierra, y que os amarán por una eternidad en el cielo. ¡Oh Jesús mío! ya veis mi estado: quedar unido a Vos para siempre, o ser para siempre separado de Vos. Tened piedad de mí, vuestra preciosa sangre es toda mi esperanza. Madre mía, divina Virgen María, mi apoyo consiste en vuestra intercesión.

CONSIDERACION XXVI

Jesús es el buen pastor

Jesús mismo ha dicho: *Yo soy el buen pastor* (1). El deber de un buen pastor es conducir sus rebaños a los mejores pastos y guardarlos del lobo. Pero, ¿qué pastor, oh dulce Redentor mío, ha pensado en derramar su sangre y en hacer el sacrificio de su vida para salvar sus ovejas? Vos lo habéis hecho, Señor, para librarnos de los castigos que habíamos merecido.

Para curarnos de nuestros males, cargó este buen pastor con todas nuestras deudas, y las satisfizo muriendo de dolor en una cruz. (2).

Este exceso de amor por nosotros que somos sus ovejas, hacía arder al mártir San Ignacio en el deseo de dar su vida por Jesucristo. *Mi amor ha sido crucificado*, dice en su carta. *¡Y qué!* exclama el santo, *mi Dios ha querido morir en una cruz por mi amor ¿y no desearé morir yo por El?* Realmente, ¿qué han hecho los mártires prodigando su vida por Jesucrito, si Jesucristo ha muerto por su amor? La sola idea de la muerte de

(1) *Joan* 10, 11.

(2) Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum, ut peccatis mortui, justitiæ vivamus; cujus livore sanati estis. *Petr.* 2, 24.

Jesucristo dulcificaría sus sufrimientos, embotaría los hierros penetrantes, disminuiría el horror de los tormentos, apagaría las tenazas candentes, volvería en soportable ilusión los más agudos martirios.

Pero este buen pastor no se contentó con dar su vida por sus ovejas: después de su muerte quiso dejarles su cuerpo ya inmolado en la cruz, para que les sirviese de alimento y fuese el maná de sus almas. El ardiente amor que nos profesaba, dice San Juan Crisóstomo, le condujo a confundirse con nosotros: *se mezcló a sí mismo con nosotros para que seamos uno... pues esto es propio de los que aman con ardor!*

Cuando este buen pastor ve que se le ha extraviado alguna oveja, ¿qué no hace? ¿Qué medios no emplea para encontrarla? no se cansa de buscarla hasta que la encuentra (1). Si lo consigue al fin, la carga gozoso sobre sus espaldas y (2) llamando a sus amigos y vecinos, es decir, a los ángeles y a los santos, les invita a que le feliciten por el hallazgo de su oveja extraviada (3).

(1) Et si perdiderit unam ex illis... vadit ad illam quæ perierat doneo inveniat eam. *Luc.* 15, 4.

(2) Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens. *Ib.* 5.

(3) Et veniens domum, convocat amicos et vicinos dicens illis: congratulamini mihi quia inveni ovem meam quæ perierat. *Ib.* 5.

¿Quién negará su amor el más intenso a este buen pastor, que tan indulgente se muestra para con los pecadores que le han vuelto la espalda y que se han extraviado y perdido voluntariamente? ¡Oh mi amado Salvador! ved a vuestros pies una de estas ovejas perdidas. Me he apartado de vos siendo así que vos no me habéis abandonado. Ningún medio habéis omitido para llamarme a vos. ¿Qué habría sido de mí, Señor, si vos mismo no me hubiéseis buscado? ¡Infeliz de mí! ¡Cuánto tiempo he permanecido lejos de vos! Confío por vuestra misericordia que viviré en vuestra gracia; y así como hasta ahora no pensaba más que en huir de vos, ya no deseo más que amaros y vivir y morir a vuestros pies. Mientras permaneceré sobre la tierra, siempre estaré en peligro de perderos. Unidme a vos con los lazos de vuestro amor, y hasta el día de mi muerte no ceséis de buscarme.

Virgen María, protectora de los pecadores, alcanzadme la santa perseverancia.

CONSIDERACION XXVII

Sobre la salvación eterna

Nuestra eterna salvación, no sólo es el asunto más importante, sino el único que debe ocuparnos, porque si lo descuidamos, lo perdemos todo. Un pensamiento sobre la eternidad bien meditado puede bastar para hacer un santo. El P. Vicente Caraffa, gran siervo de Dios, decía que si todos los hombres pensaran seriamente en la eternidad de la vida futura, la tierra quedaría hecha un desierto porque nadie se ocuparía de los negocios de la vida presente.

¡Oh! si tuviésemos constantemente en la mente la grande máxima de Jesucristo: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* (1). ¡A cuántos hombres no ha llevado esta máxima a renunciar al mundo; a cuántas ilustres vírgenes, muchas de ellas de regia estirpe a encerrarse en los claustros, a cuántos anacoretas a vivir en los yermos y a cuántos mártires a sacrificar su vida por la fe! Todos pensaron que si perdían sus almas, las cosas del mundo no les servirían de la menor ayuda en la eternidad.

El Apóstol escribía a sus discípulos: *os rogamos, hermanos... que atendáis vuestro*

(1) *Matth.* 16, 26.

negocio (1). Pero, ¿de qué negocio hablaba San Pablo? Hablaba de aquel que es de tanta importancia, que si no lo acertamos, perdemos las delicias del paraíso y caemos para siempre en un abismo de eternos sufrimientos. *Se trata de la pérdida del reino celestial y de los suplicios que han de durar tanto como nosotros,* dice San Juan Crisóstomo.

San Felipe Neri tenía razón de llamar insensato a los que no pensaban en esta vida más que en atesorar riquezas y amontonar honores, sin dedicarse a la salvación de sus almas. El venerable Juan de Avila decía que tales hombres merecerían vivir encerrados en una jaula de locos. ¿Creéis, en efecto, que hay una eternidad de gozos para el que ama a Dios y una eternidad de penas para los que le ofenden y le ofendéis?

La pérdida de los efectos, de la salud, de los parientes y hasta de la vida, puede repararse en este mundo, con una buena muerte y con la adquisición de la vida eterna, como han hecho los mártires: pero ¿con qué bienes, con qué tesoros, por inmensos que sean, se puede redimir el alma? (2).

El que muere, sin gracia de Dios y pier-

(1) *Thess.* 4, 10 et 11.

(2) Quam dabit homo conmutationem pro anima sua? *Matth.* 16, 26.

de su alma, pierde con ella toda esperanza de poner remedio a su daño (1). ¡Oh Jesús mío! Aún cuando el dogma de la vida eterna no fuese más que una hipótesis de los teólogos, deberíamos, con todo poner todo nuestro afán en conseguir la eterna felicidad, no es una hipótesis, es una verdad positiva, incontestable, una verdad de fe, y una u otra de las dos eternidades nos ha de caber.

Pero, ¡oh increíble fenómeno! la mayor parte de los que viven en la fe y meditan esta grande verdad dicen: *Es cierto, debemos pensar en salvarnos;* pero apenas hay uno que se ocupe seriamente de este negocio.Para ganar un pleito, para obtener un empleo, se emplean mil medios y no se perdonan penas ni gastos: y no se pone el menor empeño para asegurar el negocio de la salvación eterna. *El mayor de los errores,* dice San Euquerio, *es descuidar el negocio de la eterna salud.* En efecto, error más grande que ningún otro error, porque si perdemos el alma, cometemos un error que no tiene reparación.

¡Oh Redentor mío, vos habéis derramado vuestra sangre para redimir mi alma y yo la he perdido tantas veces por mis pecados! Os doy gracias por haberme concedido tiempo para recobrarla, recobrando al mis-

(1) *Mortuo homine impio, nulla erit ultra spes. Prov.* 11, 7.

mo tiempo vuestra gracia. ¡Oh Dios mío! ¡por qué no he muerto antes de ofenderos! Me consuela la idea de que vos no rechazáis los corazones que se humillan y se arrepienten de sus pecados. Virgen María refugio de pecadores, salvad a un pecador que se recomienda a vos y en vos confía.

CONSIDERACION XXVIII

Cual será el gozo de los elegidos

Entra en el gozo de tu Señor (1). Cuando el alma entrará en su patria celeste, verá al descubierto y sin velo la belleza infinita de Dios y esta será su felicidad.

Todo cuanto verá en Dios la colmará de gozo: tal será la justicia de sus sentencias, la armonía de sus disposiciones para con cada uno de los bienaventurados y el todo ordenado para mayor gloria del Señor y bien de la criatura.

Entonces comprenderá íntimamente el inmenso amor que Dios le ha profesado haciéndose hombre y sacrificando su vida por su amor; sentirá cuál fué el exceso de amor que levantó en el Calvario el madero de la cruz sobre el que todo un Dios hecho siervo subió a morir, saciado de insultos y de hiel; comprenderá el gran misterio de la Eucaristía, por el cual todo un Dios se entrega en alimento espiritual de sus criaturas, bajo la especie del pan.

Contemplará de una en una todas las gracias y beneficios que el Señor ha derramado sobre ella y de los cuales no había tenido el menor conocimento hasta entonces; verá cuán misericordioso ha sido Dios esperando su arrepentimiento y perdonando sus cul-

(1) *Matth.* 25, 23.

pas; penetrará las frecuentes invitaciones que el Señor le ha hecho, las luces y los socorros que le ha hecho, las luces y los socorros que le ha prodigado; hallará que sus tribulaciones, enfermedades, y pérdida de bienes y parientes, que miraba como castigos no eran más que pruebas, por las cuales quería Dios que pasase para hacerla digna de los gozos del paraíso.

Todos estos objetos le harán conocer la bondad infinita de Dios, y el amor infinito con que por consiguiente merece ser amado: de modo que apenas habrá entrado en el cielo, cuando no tendrá otro deseo que contemplar al Señor feliz y satisfecho y comprendiendo entonces que la felicidad de Dios es infinita y eterna, experimentará un gozo infinito, tan lleno y perfecto como lo experimentarán los demás bienaventurados. De este modo es como se cumplirá el sentido de aquellas palabras: *Entra en el gozo de tu Señor.* Los elegidos no son tan felices por la bienaventuranza que les cabe, cuanto por lo que gozan al Señor, porque aman a Dios mil veces más que a sí mismos y el gozo de Dios les es más sensible que el suyo propio. El amor que le profesan les hará olvidarse de sí mismos y su único deseo será agradar a su amado.

Aquellos éxtasis, aquellos eternos y celestiales transportes son a manera de una santa embriaguez que borra de la memoria de los

elegidos la idea de su propia existencia para no pensar más que en alabar y amar al único objeto de su amor, esto es, a su Dios y Señor. Dichosos desde el primer instante en que entran en el cielo se encuentran desde entonces como inundados de amor en el océano inmenso de la bondad divina. Los elegidos perderán la sensación de todo deseo, excepto la de ser amados de Dios sin fin y la de amarle para siempre. La certeza de amarle siempre y de ser amados siempre de Dios hará su verdadera felicidad, la cual será tan pura e inmensa, que jamás se sentirán excitados por el aguijón del deseo: gozar de la alegría de Dios, esta será la bienaventuranza de los elegidos por esto el que en esta vida, sabe complacerse en la eterna beatitud de Dios, puede decirse que participando ya de la felicidad de Dios, empieza a gozar del paraíso.

¡Oh mi dulce Salvador, amor de mi alma! Mi existencia se arrastra todavía penosamente en este valle de miserias, rodeado de enemigos que intentan separarme de vos. ¡Amado dueño mío! haced que no llegue a perderos, que os ame siempre así en esta como en la otra vida, y concedido esto, disponed de mí a vuestro agrado. Reina del paraíso, Virgen María, si intercedéis por mí, estoy cierto de ir un día a acompañaros y alabaros en el cielo.

CONSIDERACION XXIX

El sentimiento de haber perdido a Dios constituye el infierno

Proporcionado a la enormidad del crimen debe ser el rigor de la sentencia. Los teólogos definen el pecado por estas dos palabras: *Aversio a Deo*: *aversión, apartamiento de Dios.* Una traición hecha a Dios es un pecado mortal. Consiste éste en despreciar la divina gracia, y por culpa propia, perder a Dios que es el supremo bien. Esta, es pues, la pena más cruel y justa que sufren los condenados.

Las demás penas del infierno no son por esto menos terribles: el fuego devorador, las lúgubres tinieblas, los alaridos penetrantes, el hedor insoportable y capaz de ocasionar la muerte si pudiese morirse en el infierno, la comprensión en que se hallarán los condenados en sus horribles encierros hasta el punto de perder en ellos la respiración, serán de un padecimiento incomprensible: con todo, nada será con respecto a la pérdida de Dios.

Los lamentos de los condenados son eternos y el objeto más amargo de su llanto es la idea desoladora de haber perdido al Señor. En esta vida, las pasiones, los negocios temporales, el placer de los sentidos, los reveses,

las vicisitudes de la fortuna nos impiden considerar la bondad infinita de Dios, la suprema belleza del Señor. Así que el alma sale de su prisión corporal, no ve desde luego a Dios, tal cual es, porque si lo viese sería lo mismo de repente bienaventurada. Sabe solamente que Dios es un bien infinito, que es infinitamente bello, y que es digno de un amor infinito. El alma que no ha sido creada sino para verle y amarle, quisiera volar sin tardanza a unirse a su Esposo, pero si está en pecado mortal, encuentra una muralla impenetrable, levantada entre Dios y ella, la cual destruyen para siempre toda posibilidad de llegar hasta Dios. Señor, os doy gracias de que el camino que conduce a vuestro descanso no me ha sido todavía cerrado; todavía puedo confiar en que me será concedido unirme a vos para siempre. No me arrojéis de vuestra presencia (1).

El alma que ha sido creada para amar a su Creador se siente irresistiblemente impulsada por su propia naturaleza, a amar a su último fin que es Dios; en esta vida las tinieblas del pecado y las pasiones sensuales suspenden esta fuerza desconocida de atracción hacia Dios: esto hace que el alma se sienta poco afligida por hallarse apartada de Dios; pero cuando ha salido de este

(1) Ne projicias me a facie tua.

mundo y se ve libre de las ataduras que la tenían aprisionada en el cuerpo, conoce que Dios solo puede hacerla feliz. De modo que así que se ve libre de su carrera mortal, se lanza rápida hacia los cielos a abrazar a su Señor: entonces empero también, si va manchada por el pecado, es apartada de Dios como enemiga. Pero aunque despreciada, no cesará de sentirse arrastrada hacia Dios y su infierno será sostener por una eternidad una lucha violenta de ser siempre atraída hacia Dios y de ser rechazada de su presencia. Por lo menos, si esta alma desdichada que ha perdido a Dios y no puede ya gozar de su presencia pudiese consolarse amándole, pero no: porque abandonada de la gracia y esclava del pecado, ha pervertido su voluntad, de modo que por un lado se verá inclinada a amar a Dios y por otro a aborrecerlo, y en el mismo instante en que conoce que Dios es digno de un amor infinito, le aborrece y le maldice.

¡Si por lo menos pudiese en aquel lugar de tormentos resignarse a la divina voluntad, como las almas del purgatorio y bendecir la mano del Dios que la castiga justamente! Pero no: no puede resignarse porque, falta de gracia, no puede unir su voluntad maldita a la santa voluntad de Dios.

Esto hace que vuelva toda su rabia contra sí misma, y despedazada sin cesar por opuestos sentimientos, quisiera vivir y mo-

rir: quisiera vivir para detestar a Dios para siempre, porque Dios es el objeto de su odio; y quisiera morir para poner fin al hondo pesar que experimenta, mal de su grado, por haberle perdido; ¡pero se ve obligada a vivir! ha de vivir para siempre en una continua agonía y en continua tortura. Roguemos al Señor por los méritos de Jesucristo, nos preserve del infierno: roguémosle, sobre todo, si sentimos nuestra conciencia agravada con el peso de algún pecado mortal.

Digámosle: salvadme, Señor, atadme cada vez más estrechamente con los vínculos de vuestro santo amor: redoblad alrededor de mi alma estas santas y dulces cadenas de salud para que no vuelva a separarme de vos. ¡Desdichado de mí! he despreciado vuestra gracia, he merecido ser apartado de vos. Os doy gracias por haberme aguardado mientras he vivido en vuestra desgracia. ¿Qué habría sido de mí si hubiese muerto entonces? Pero ya que habéis prolongado mis días, disponed que no abuse de ellos para desagradaros y que ya no emplee mi vida en otra cosa sino en amaros y llorar los pesares que os he causado. ¡Jesús mío! en adelante vos sólo seréis el único objeto de mi amor, y no tendré otro temor que el de ofenderos y el de separarme de vos. Pero nada puedo yo sin vuestro auxilio; confío, por vuestra sangre, que me concederéis fuerza para unirme eter-

namente a vos, ¡oh Redentor mío, mi todo! *Deus meus, et omnia.* Virgen María, refugio de pecadores, socorred a un desgraciado que se recomienda a vos y confía en vos.

Entreguémonos enteramente a Dios, para asegurarnos de que jamás lo perderemos. Los que no se entregan enteramente a Dios, están siempre en peligro de alejarse de El y perderle, pero un alma que renuncia definitivamente al mundo y se entrega toda a Dios, no le vuelve a perder, porque el mismo Dios, no permitirá que el alma que se le ha entregado toda entera le pierda ni se separe de El. Un gran siervo de Dios decía también, que cuando llega a nuestra noticia la caída de alguno de aquellos de quienes teníamos conocimiento de que se habían resuelto a hacer una vida ejemplar debemos deducir que los tales no supieron resolverse desde un principio a entregarse enteramente a Dios.

CONSIDERACION XXX

Desprecio de las cosas del mundo

El desprecio de los bienes pasajeros y de los vanos placeres del mundo ha conducido a muchas almas a consagrarse enteramente al servicio de Dios. Porque ¿de qué nos servirá haber ganado el mundo entero, si perdemos después el alma? (1). Esta sentencia del Evangelio ha obligado a muchos jóvenes a abandonar su patria, sus padres, sus riquezas, su porvenir y hasta la diadema para correr a encerrarse en la oscuridad de un claustro, o en un desierto, para no pensar más que en Dios. El día de la muerte es llamado día de perdición (2). Es un día de perdición porque cuando salimos de este mundo abandonamos todos los bienes que habíamos adquirido sobre la tierra. San Ambrosio dice con razón, que no podemos titular *propiedad* a todos estos bienes porque no podemos llevárnoslos al otro mundo, donde deberemos habitar eternamente. *No es nuestro,* dice el Santo, *lo que no podemos llevar con nosotros; la sola virtud es la que nos acompaña.*

(1) Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? *Matth.* 16, 26.

(2) Juxta est dies perditionis. *Deut.* 32, 53.

Esto será lo único que nos consolará en la eternidad.

Las fortunas de este mundo, las dignidades, los tesoros, las alhajas, los títulos, los honores, vistos desde el lecho de la muerte pierden todo su oropel: la hedionda sombra de la muerte oscurece hasta los mismos cetros y coronas y nos pone de manifiesto que todo lo que tenemos en grande estima en este mundo, no es más que barro, vanidad, humo y miseria. ¿De qué le sirven a un moribundo todas las dignidades de que se ha visto revestido, los tesoros que ha de tener por habitación más que una estrecha caja, donde se convertirá en podredumbre? ¿De qué le servirá la belleza de su rostro y la gallardía de su cuerpo, si dentro de poco no quedará de él más que un puñado de polvo y unos huesos descarnados?

¿Qué es la vida del hombre sobre la tierra? Escuchemos la definición que de ella da el Apóstol Santiago: *Es un vapor, aparece por un poco y luego desaparece* (1). Este personaje, hoy poderoso, respetado temido y lisonjeado, será mañana mismo despreciado, calumniado, maldecido. Buscadlo en su deliciosa quinta, en su marmóreo palacio; ya no está. *Vi al impío ensalzado...*

(1) *Jac.* 4, 5.

pasé y ya no existía (1). ¿Dónde está pues? ¿Dónde? en el fondo de un sepulcro convertido en polvo.

El Espíritu Santo nos amonesta que no nos dejemos engañar por el mundo, porque el mundo pesa los bienes con falsa balanza (2). Pero no: nosotros debemos pesar las cosas con la balanza infalible de la fe, que nos da a conocer los verdaderos bienes, porque los que tienen fin no son verdaderos bienes. Santa Teresa decía: *No debemos poner nuestra atención en las cosas que acaban con nuestra vida.* ¡Oh Dios! ¿dónde están tantos ministros de estado, tantos generales de ejércitos, tantos príncipes, tantos emperadores romanos, ahora que la escena se ha concluído para ellos y han pasado a la eternidad? *Pereció su memoria a manera de un sonido.* Han hecho un importante papel en la escena del mundo, sus nombres han resonado por todo el universo, pero después de muertos, su importancia se ha desvanecido, su nombre se hundió en el olvido.

Pasa la figura de este mundo (3). Nuestra vida, en fin, no es más que una escena que pronto acaba. Termina para los ricos y los pobres, para los reyes y los vasallos. Dicho-

(1) *Ps.* 36, 35 et 39.
(2) Statera dolosa in manu ejus. *Os.* 12; 7.
(3) *Cor.* 7, 31.

so el que ha representado bien su papel. Felipe III, rey de España, murió joven, a la edad de 42 años, y antes de espirar, dijo a los que le rodeaban. "Cuando habré muerto, contad el espectáculo que tenéis ante vuestros ojos: decid que haber reinado durante la vida, no sirve en la hora de la muerte, sino para aumentar los remordimientos de haber reinado". Y añadió con un suspiro: *¡Oh, por qué no he pasado mis días en un desierto para santificarme! ¡Con cuánta mayor confianza no me presentaría hoy delante del tribunal de Jesucristo!*

Todo el mundo sabe que San Francisco de Borja renunció al mundo, por haber visto el cadáver de la emperatriz Isabel, que había sido muy hermosa y que, muerta, causaba horror. El santo exclamó entonces: *¡Así acaban los bienes de este mundo!* y se consagró al servicio de Dios. ¡Oh, por qué no le imitamos todos antes de morir! Apresurémonos porque la muerte corre a rienda suelta y no sabemos el día que nos alcanzará. No obremos de modo que de la luz que el Señor nos concede ahora, no nos queden más que los remordimientos y la cuenta que habremos de dar al Señor cuando tengamos en la mano la vela de los moribundos. Decidámonos a hacer desde este momento lo que desearíamos haber hecho cuan-

do llegará la muerte, lo cual no tendremos entonces lugar de hacer.

Me habéis sufrido hasta ahora, Señor, no quiero ya esperar más para darme a vos. Me habéis llamado varias veces a que renunciase al mundo y me consagrase enteramente a vos: me llamáis de nuevo, aquí me tenéis, Señor, recibidme en vuestros brazos, pues me abandono a vuestra misericordia. Cordero sin mancha sacrificado por mí en el Calvario, lavad mis pecados con vuestra sangre: perdonad las injurias que os he hecho, abrasad mi pecho en vuestro santo amor: os amo más que a todas las cosas. Os amo de todo corazón, ¡y qué otro objeto del mundo podría hallar más digno que vos de mi amor! Virgen María, madre de Dios, rogadle por mí y obtenedme la gracia de poder mudar de conducta; he puesto toda mi confianza en vos.

CONSIDERACION XXXI

Amor a la soledad

A Dios no se le puede hallar en el tumulto del mundo: por eso los santos se refugiaban en los desiertos más horrorosos, en las grutas más sombrías para huir de los hombres y poder conversar a solas con Dios. San Hilario anduvo errante mucho tiempo, de desierto en desierto, hasta que encontró uno en el que no había penetrado jamás pie humano, muriendo al fin en la isla de Chipre, donde había vivido los últimos cinco años de su vida, sepultado en una soledad espantosa. Cuando San Bruno fué invitado por el Señor a retirarse del mundo, fué con sus compañeros a encontrar a San Hugo, obispo de Grenoble para que le señalase algún desierto de su diócesis. El santo obispo le indicó la Cartuja, lugar agreste, más propio para servir de asilo a las fieras que de habitación a los hombres. San Bruno y sus compañeros, visitaron el lugar y se establecieron en pequeñas cabañas levantadas a corta distancia unas de otras.

El Señor dijo un día a santa Teresa: *Yo hablaría de muy buen grado a muchas almas; pero tanto les llama la atención el ruido del mundo que no oirían mi voz.*

Dios no nos habla en medio de ruidos y negocios del mundo porque teme que no le hemos de oír. Las palabras de Dios, son: las inspiraciones santas, las luces, las invitaciones por las cuales ilumina a los santos abrasándolos de amor divino; pero los que no aman la soledad se verán privados de las palabras de Dios para siempre.

El se expresa así: *Llevaré el alma al desierto y le hablaré al corazón* (1). Cuando Dios quiere elevar un alma a un alto grado de perfección, le inspira el deseo de retirarse a un lugar solitario lejos del trato de los hombres: allí es donde le habla, no a los oídos corporales, sino a los del alma. Así la ilumina y la inflama en su divino amor.

San Bernardo decía, que habría aprendido a amar a Dios mejor en los bosques, a la sombra de las encinas y de las hayas, que en los libros y en las escuelas. San Jerónimo dejó las delicias de Roma para encerrarse en la gruta de Belén. Allí exclama: *¡Oh soledad, donde habla Dios familiarmente con los suyos!* En la soledad habla el Señor claramente a las almas que ama. Les deja oír sus palabras que inflaman sus corazones de amor, como dice la santa esposa: *Mi alma se derritió luego que le habló* (2).

Sabemos por experiencia que frecuentar el

(1) *Os.* 2, 14.
(2) *Cant.* 5, 6.

mundo y ocuparse en adquirir bienes temporales nos hace olvidar a Dios; pero en el instante de la muerte, de todas las penas y de todo el tiempo que nos habrán costado los bienes de la tierra no nos quedará más que remordimientos y pesares. No nos quedará entonces de provechoso más que lo que habremos hecho y sufrido por el Señor. ¿Por qué, pues, no nos desprendemos del mundo, antes que la muerte venga a desprendernos de él?

Se sentará solitario y callará, dice el profeta, *porque lo llevó sobre sí* (1). El solitario no se siente ya agitado por los cuidados de la vida: *se sienta* en reposo y guarda silencio; no pide placeres sensuales, porque elevado sobre todo lo creado, encontrará en el Señor su gozo y su contento.

¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré? (2). David deseaba tener las alas de la paloma para abandonar la tierra, para ni siquiera tocarla con los pies y dar así descanso a su alma. Pero mientras estamos en esta vida no nos es permitido abandonar la tierra. Procuremos, pues, amar el retiro y vayamos allá a conversar con Dios, a fin de alcanzar las fuerzas necesarias para corregir nuestros defectos. Así lo hacía Da-

(1) *Jer. Thr.* 3, 18.
(2) *Ps.* 54, 7.

vid en medio de los cuidados de su reinado. *Me alejé y fijé mi demora en la soledad* (1).

¡Por qué no he pensado siempre en vos, oh Dios de mi alma! por qué no he despreciado todos los bienes terrenos! Maldigo el día en que afanado por las satisfacciones mundanas, he ofendido a vuestra divina bondad. ¡Por qué no os he amado siempre! ¡Oh! ¡por qué no he muerto, antes de ofenderos! ¡desdichado! la hora de mi muerte no está lejos, y pronto tendré que desprenderme del mundo! Propongo no amaros sino a vos y entregarme enteramente a vos. Vos sois todopoderoso, prestadme fuerzas para seros fiel. Madre de Dios, rogad por mí.

(1) *Ps.* 64, 8.

CONSIDERACION XXXII

Soledad de corazón

San Gregorio dice: *¿Qué aprovecha la soledad del cuerpo si falta la del corazón?* En el párrafo anterior hemos visto cuánto ayuda la soledad al recogimiento del alma; pero San Gregorio dice, que de nada sirve que el cuerpo esté en la soledad, si el corazón queda lleno de pensamientos y deseos mundanos. Para que un alma sea enteramente de Dios son necesarias dos cosas: una perfecta indiferencia por las cosas criadas y un amor exclusivamente dedicado a Dios. Esta es la verdadera soledad del corazón.

Es necesario, pues, ante todo, desprender nuestro corazón de todos los objetos terrenos. San Francisco de Sales decía: *Si supiera que hubiese en mi corazón una sola fibra que no fuese de Dios, querría arrancármela al momento.* Si el corazón no se depura de todo recuerdo mundano, el amor divino no puede penetrar en él y poseerle enteramente. Dios quiere reinar en nuestros corazones, por su amor, y quiere reinar solo: no consiente competidor que le usurpe la más ligera porción de ese amor que ha comprado a tan alto precio.

Algunos se quejan de que en sus ejercicios espirituales, en sus oraciones, en sus

comuniones, en sus lecturas piadosas, en sus visitas al Smo. Sacramento, no encuentran a Dios y no saben cómo hacer para hallarlo; pero Santa Teresa les indica el medio más eficaz: *Apartad,* les dice la Santa, *vuestros corazones de todo lo criado: buscad después a Dios y le encontraréis.*

Otros para separarse de los hombres y ponerse en comunicación con Dios, no pueden vivir en los desiertos como quisieran, pero éstos deben saber que para gozar de la soledad del corazón, no son necesarios desiertos ni grutas; los que por su estado se ven forzados a vivir con los hombres, con tal que tengan libre el corazón pueden conservar la soledad del alma y su unión con Dios, aun en medio del tumulto de las populosas ciudades. Cualesquiera que sean las atenciones que exija la posición en que Dios nos ha colocado, éstas no interrumpirán la soledad del corazón. Santa Catalina de Sena encontraba a Dios hasta en los cuidados de sus quehaceres domésticos de que la habían encargado sus padres para desviarla de sus ejercicios de piedad; porque en todos aquellos trabajos se retiraba en su corazón, al que llamaba su celda y no cesaba de conversar a solas, con el Señor.

Dejadlo todo que yo soy vuestro Dios (1). Para conseguir la luz celestial que necesi-

(1) *Ps.* I 5, 11.

tamos para comprender cuál sea la bondad de Dios, es preciso dejarlo todo, esto es: desprenderse de los lazos del amor terreno que no nos permiten elevarnos hasta Dios. A la manera que un vaso de cristal lleno de arena no puede recibir la claridad del sol, del mismo modo un corazón henchido de amor a las riquezas, a los honores y a los placeres de los sentidos, no puede recibir la luz del cielo y como no conoce a Dios tampoco le ama. En cualquier condición en que nos haya colocado Dios, para que las criaturas no nos distraigan de amarles, es menester que mientras llenamos los deberes que nos impone nuestro estado, vivamos como si no existiesen en el mundo más que Dios y nosotros.

Debemos, pues, desprendernos de todo y principalmente de nosotros mismos, reprimiendo sin cesar los movimientos de nuestro amor propio. Nos agrada, por ejemplo, un objeto cualquiera; pues debemos despreciarle por lo mismo que nos agrada. ¿Alguno nos ha ofendido? pues debemos servirle y ayudarle, por lo mismo que nos ha hecho daño. En fin, en nuestros deseos debemos arreglarnos a lo que puede Dios desear de nosotros, y no tener preferencia, sino por las cosas que conocemos que Dios ha de preferir.

Dios sale al encuentro de los que se desprenden de las criaturas por buscarlo: *Bue-*

no es el Señor con los que esperan en él (1). San Francisco de Sales decía: *El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios para convertirlo todo en sí mismo.* Nuestra alma, pues, debe ser un jardín cercado, según la expresión de la divina Esposa: *Eres, huerto cerrado, hermana mía.* (2). Llama huerto cerrado al alma que cierra la entrada a las afecciones mundanas. Dios, que nos ha dado cuanto poseemos, con razón exige de nosotros todo nuestro amor. Cuando, pues, una criatura quiere apropiarse de una parte de nuestro amor, debemos cerrarle la entrada de nuestra alma, y volviéndonos hacia Dios decirle con todo nuestro afecto: *¿Qué puedo yo apetecer en el cielo, o qué amar sobre la tierra...? Dios de mi corazón y mi porción, Dios para siempre* (3). ¡Dios mío! ¿qué cosa que no fueseis vos, bastaría para llenar los deseos de mi alma? No, ni en el cielo, ni en la tierra, puedo pedir más que a vos, vos solo bastáis a mi corazón: *Dios de mi corazón y mi porción, Dios para siempre.*

Dichoso el que puede decir: *por el amor de mi Señor Jesucristo desprecié el reino del mundo y toda la pompa del siglo.* La gran sierva de Dios, Sor Margarita de la Cruz,

(1) *Je Thr.* 25, 3.
(2) *Cant.* 4, 12.
(3) *Ps.* 72, 24 et 25.

hija del emperador Maximiliano II, podía decir tan edificantes palabras, cuando el día de su profesión se despojó de sus ricos adornos y joyas para vestir el burdo hábito de lana de las religiosas de santa Clara. El autor de su vida dice que manifestaba por ellos tal desprecio que hizo derramar lágrimas de piedad cristiana a cuantos presenciaron la ceremonia.

Jesús mío, no quiero que las criaturas tengan parte en mi amor, vos sois su verdadero dueño y el que debe poseerlo enteramente: vaya quien quiera tras los placeres y honores de la tierra, vos seréis mi sola felicidad, mi sola riqueza, mi solo amor, así en éste como en el otro mundo. Y puesto que me amáis como prueban los beneficios que me habéis hecho, ayudadme a renunciar a todo lo que no seáis vos. Haced que mi alma no tenga más solicitud que la de agradaros como el único objeto de su ternura. Tomad entera posesión de mi corazón: no quiero ser ya dueño de mí mismo: reinad en mí, Señor, y hacedme obediente a cuanto disponga vuestra divina voluntad. ¡Madre de Dios! vírgen María, confío en vos: vuestros ruegos me harán alcanzar todo de Dios.

CONSIDERACION XXXIII

Ver y amar a Dios en la otra vida es el paraíso de los elegidos

¿Qué es lo que constituye la bienaventuranza de los elegidos en el cielo? El alma viendo a Dios cara a cara, contemplando su belleza infinita, percibiendo todas sus perfecciones dignas de un inmenso amor, no puede dejar de amarle. Ama a Dios más que a sí misma, se olvida de sí propia para no desear más que la felicidad de su muy amado, de su Dios y viendo que Dios, único objeto de su ternura, goza de una felicidad infinita, esta felicidad es su paraíso. Si ella fuese capaz de lo infinito, viendo a su muy amado gozar de una dicha infinita, su dicha propia vendría a ser también infinita; pero como la criatura no es capaz de infinita felicidad, queda de tal modo saciada de gozo, que nada más desea. Es la beatitud que ambicionaba David cuando exclamaba: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* (1).

Así se verifica lo que Dios dice al alma, cuando la admite en el paraíso: *Entra en el gozo de tu Señor* (2). No manda a la alegría que entre dentro del alma, porque

(1) *Is. Ps.* 6, 15.
(2) *Mat.* 25, 21.

siendo esta alegría infinita, el alma no podría contenerla; lo que ordena, es que el alma entre en la alegría eterna, para tomar parte en ella, para alimentarse de ella hasta la saciedad.

Yo, pues, soy de parecer que no hay acto de amor más perfecto en la oración, que gozarse en la alegría infinita del Señor. Esta es la continua preocupación de los bienaventurados en el cielo, de modo que el que a menudo se goza en la alegría del Señor, empieza ya desde ahora, a experimentar parte de las delicias de que se verá colmado en el paraíso.

Este contento que es el que constituye el paraíso, será aumentado por el esplendor de aquella ciudad de Dios, por la hermosura de sus habitantes y sobre todo por la presencia de la reina de los cielos, más bella que el paraíso entero, y por la de Jesucristo, cuya belleza sobrepujará infinitamente la belleza de María.

El júbilo de los elegidos aumentará aún con el recuerdo de los peligros que cada uno habrá corrido de perder tan inmensa bienaventuranza. ¡Cuáles serán las gracias que dirigirán al Señor aquéllos que habiendo merecido el infierno por sus pecados, se encontrarán en aquel lugar de delicias, desde donde contemplarán a sus plantas tantos otros que por pecados menores que los

suyos, arderán en el fuego del infierno. Se encontrarán salvos, seguros de que jamás perderán a Dios, llamados a gozar eternamente de aquellas supremas delicias, de aquellos placeres que no cansarán jamás. Por vehementes y grandes que sean los placeres de la tierra acaban por cansarnos; pero los gozos del paraíso, cuanto más se gustarán, más serán apetecidos, de modo que los elegidos se verán saciados con tantos placeres, sin dejar de desearlos siempre; y cuantos más recibirán, más les quedarán por recibir, deseando siempre y quedando siempre satisfechos.

Los cánticos melodiosos que entonan los santos en el cielo para dar gracias a Dios por su felicidad se llaman *cánticos nuevos* (1), porque las delicias del cielo parecerán siempre tan nuevas, como la primera vez. Se gozarán siempre, se pedirán sin cesar y se obtendrán sin interrupción.

Con razón decía San Agustín que para conseguir tan eterna beatitud, sería necesario que trabajásemos eternamente. ¿Qué son, pues las penitencias y las oraciones de los anacoretas? ¿Qué han hecho los Santos con abandonar las riquezas, las posesiones y hasta las coronas y los cetros: y los mártires en arrostrar los potros, los hierros ar-

(1) Cantate Domino canticum novum. *Ps.* 10, 1.

dientes y la muerte cruel para obtener el paraíso? Poco, o casi nada. Pero este poco ha bastado.

Procuremos llevar sin queja la cruz que nos envía el Señor porque todos nuestros padecimientos se trocarán un día en eternos gozos. Cuando las enfermedades, las penas, los reveses nos agobien, levantemos los ojos al cielo y digamos: *Todas estas penas acabarán algún día y después de este día, gozaré para siempre de la presencia de Dios.* No desfallezcamos; suframos con paciencia; despreciemos el mundo y cuanto él puede darnos. Dichoso el que en la hora de la muerte podrá decir con santa Agueda: *Recibid, Señor, mi alma a la que habéis apartado del amor a lo terreno otorgándole en cambio el vuestro.* Sufrámoslo todo, despreciemos las criaturas; Jesús nos aguarda con la corona en las manos para consagrarnos reyes del cielo si le somos fieles.

Pero ¿cómo podré yo, Jesús mío, aspirar a tan grande felicidad, yo que por las cosas terrenas he renunciado tantas veces al paraíso y con soberbia planta he ultrajado vuestra santa gracia? Pero vuestra preciosa sangre me infunde valor para esperar el paraíso después de haber merecido tantas veces el infierno, porque quisisteis morir en una cruz para dar el paraíso a los que sin esto jamás hubieran sido dignos de él. Redentor mío, Dios mío, no quiero volver

a perderos. Dadme fuerza para seros fiel: *Venga a nos el tu reino.* Por los méritos de vuestra sangre, permitid que algún día pueda yo también introducirme en vuestro reino: mientras llega la hora de mi muerte, haced que cumpla en todo vuestra santa voluntad. *Hágase tu voluntad.* Este es el mayor bien, el verdadero paraíso de los que os aman en este mundo. ¡Almas afortunadas que sabéis amar a Dios, mientras vivamos en este valle de lágrimas, suspiremos siempre por el paraíso!

CONSIDERACION XXXIV

De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar

La oración en cualquier lugar en que se haga es siempre agradable a Dios; pero parece que Jesucristo prefiere la que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar, porque derrama más abundantemente el tesoro de sus gracias y su luz a los que se llegan a visitarle. Reside en este sacramento no sólo para alimento de las almas que lo reciben en su santa comunión, sino también para que los que le buscan puedan gozar de su presencia en todo tiempo y lugar. Los piadosos peregrinos se dirigen a Loreto donde Jesús vivió y a Jerusalén donde fué crucificado, pero ¡cuánto más ardiente y fervorosa no ha de ser nuestra oración al tener delante de nuestros ojos el tabernáculo, en cuyo misterioso seno este mismo Dios que habitó con nosotros y murió por nosotros en el Calvario, reside corporalmente noche y día! No todos pueden hablar privadamente con los reyes de la tierra, más todos sin excepción, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pueden dirigir su palabra al rey del cielo, Jesucristo, en el Smo. Sacramento del altar, donde está dispuesto a recibir nuestros corazones, escu-

char nuestros ruegos y colmarnos de sus gracias. A todos admite en audiencia y atiende y consuela a todos.

La gente del mundo, que casi no conoce más que los placeres terrenos, no concibe el placer de estarse al pie del altar donde descansa la hostia consagrada; pero para las almas amantes de Dios, las horas y los días enteros pasados ante el Santísimo Sacramento, no son sino minutos; tan dulces son los goces que el Señor allí les concede.

¿Pero cómo podrían los mundanos gozar de estos placeres si su corazón y su cabeza están llenos de sola tierra? San Francisco de Borja decía que a fin de que reinase en nuestros corazones el amor divino, era menester depurarlos de toda tierra, sin lo cual no entraría en ellos el divino amor. *Cesad,* dice David *y ved que soy el Dios* (1). Para percibir cuán amable es Dios es necesario *cesar de toda ocupación,* es decir, despojarse de toda afección terrena. *¿Queréis encontrar a Dios? Desprendeos de las criaturas y lo encontraréis* decía Santa Teresa.

¿Qué debe hacer una alma ante el Santísimo Sacramento? Amar y rogar. No debe permanecer allí para pedir dulzuras y consuelos, sino solamente para agradar a Dios con actos de amor, para entregarse enteramente a Dios, despojándoe de toda voluntad

(1) *Ps.* 45, 11.

propia, y ofreciéndose a su divina Majestad, con estas o semejantes palabras: *Dios mío, os amo y solo a vos quiero amar. Haced que os ame siempre y disponed de mí y de mis bienes como sea de vuestro agrado.* De todos los actos de amor, el más agradable a Dios, es el que continuamente hacen los elegidos en el cielo, el cual consiste en regocijarse por la dicha infinita de Dios, como hemos dicho. Los elegidos aman a Dios más que a sí mismos: más desean la felicidad de aquél a quien aman que la suya propia y viendo que Dios goza de una felicidad infinita, quedan llenos del gozo del Señor y este gozo es su paraíso. Estos actos de amor, ejercidos acá en la tierra sin satisfacción o dulzura sensible, son muy agradables a Dios. No siempre concede sus consuelos en esta vida a las almas que más quiere: no se los concede sino muy rara vez y entonces, no tanto para recompensar sus buenas obras, como para darles más fuerzas y más paciencia para soportar sus penas y contratiempos, especialmente en las distracciones y sequedades a que están sujetas las almas piadosas en la oración misma. En cuanto a las distracciones, no deben asustarnos: basta que las alejemos al advertirlas; los mismos santos las experimentan, mas no por esto cesan de orar y nosotros debemos imitarlos. San Francisco de Sales dice que aun cuando en nuestras oraciones nos

viésemos obligados a alejar de nosotros estas distracciones, no por esto serían menos útiles y provechosas aquéllas. En cuanto a las sequedades, la mayor pena que sienten las almas piadosas es hallarse alguna vez sin ningún sentimiento de devoción y ningún deseo sensible de amar al Señor. Añádase a esto el temor continuo en que se encuentran de estar en desgracia de Dios por sus culpas y de ser de El abandonadas. En tan profundas tinieblas no saben hallar salida y les parece que tienen cerradas las puertas: continúe entonces el alma su oración; resista al demonio que trabaja en hacer cesar la oración; una entonces su desolación a la que Jesucristo experimentó en la cruz y si no puede decir otra cosa, diga a lo menos: *Dios mío, quiero amaros, quiero ser enteramente vuestra: tened piedad de mí, no me abandonéis.*

CONSIDERACION XXXV

La verdadera paz no existe más que en Dios

El que busca la paz en las criaturas no la encontrará porque las criaturas no son capaces de satisfacer el corazón. Dios ha criado al hombre para El solo y Dios es un bien infinito: El solo, pues, puede satisfacerlo. Por esto muchos hombres, aunque colmados de honores, riquezas y placeres, nunca están contentos: anhelan sin cesar nuevos honores, nuevos placeres y cuantos más alcanzan, más inquieto se hallan, siempre están en medio de tormentos. Ni un solo día pueden gozar verdadera paz. *Pon tu deleite en el Señor y El otorgará los anhelos de tu corazón* (1). Cuando el hombre pone su gozo en el señor y no se desvela más que por El, el Señor cuida de llenar todas las exigencias de su corazón y le unirá a los bienaventurados, cuyo único deseo es agradarle.

En el mundo somos tan insensatos que tenemos por felices a los que pueden satisfacer todos sus caprichos, mandar a sus semejantes y procurarse todos los placeres.

(1) *Ps.* 36, 1.

¡Qué error! No hay verdadera felicidad sino para los que aman a Dios y para quienes sólo Dios basta. La experiencia acredita que muchos grandes personajes considerados felices por las gentes del mundo, en medio de toda la pompa que les rodea, llevan una vida miserable y llena de tormentos.

Pero ¿cuál será la razón por la cual tantos poderosos, tantos príncipes y potentados no pueden hallar la paz en el seno de la abundancia? ¿Y cómo al contrario, tantos religiosos encerrados en una celda, pobres, oscuros, gozan de tranquilidad perfecta? ¿De dónde nace que tantos anacoretas, solos en un desierto o en una gruta, atormentados por el frío y por el hambre, rebosaban alegría? Nace de que no tenían más pensamiento que Dios y Dios los consolaba: *La paz de Dios que sobrepuja todo sentimiento* (1). ¡Ah! la paz que prodiga el Señor a los que le aman es muy superior a todas las delicias que puede ofrecer el mundo: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (2). ¡Oh mundanos! exclama el Profeta ¿por qué despreciáis la vida de los Santos, vosotros que no habéis gustado jamás de aquella vida? Probadla, insensatos, abandonand el mundo, entregaros a Dios y veréis entonces si los consuelos de que nos

(1) *Phil.* 4, 7.
(2) *Ps.* 33, 9.

colmará, no valen más que todas las grandezas y tesoros de este mundo.

Verdad es que los mismos santos sufren grandes tribulaciones en esta vida, pero se resignan a la voluntad divina y jamás pierden la paz. Los amigos del mundo ahora están alegres, ahora tristes, mas por lo común viven inquietos, agitados, solícitos; pero los amigos de Dios dominan sus adversidades y las mudanzas de sus fortunas y de este modo pasan sus días consolados en la más uniforme tranquilidad. El cardenal Petrucci, prelado tan piadoso como admirable poeta, describe así la tranquilidad del justo: "Esta alma ve las criaturas a su alrededor afanadas en dejar y volver a tomar diferentes formas, pero ella, inmóvil en su centro, unida enteramente a Dios, no cambia".

Cuando uno quiere entregarse a Dios y gozar de paz continua, es menester desterrar del corazón todo lo que sea ajeno de Dios, es neceario morir para las cosas del mundo. Dios mío, dadme fuerza para romper los vínculos que me atan a la tierra; haced que solamente os ame a vos.

¡Dichoso aquel a quien Dios basta! Señor, concededme la gracia de que yo no busque otra cosa más que a vos, que no piense más que en agradaros. Por vuestro

amor renuncio a todos los placeres de la tierra aún a los consuelos espirituales: no quiero hacer sino vuestra voluntad. Virgen María, madre de Dios, recomendadme a vuestro Hijo que os ha de otorgar cuanto le pidáis.

CONSIDERACION XXXVI

El único fin de nuestras acciones debe ser Dios

No debemos tener otro fin en nuestras acciones que el de agradar a Dios, sin pensar en nuestros padres o parientes, ni en nuestros amigos, ni en los grandes del siglo, ni en nosotros mismos, porque todo lo que hacemos, no teniendo a Dios por fin, es cosa perdida. Muchas cosas se hacen para agradar únicamente a los hombres. San Pablo ha dicho: *Si agradase a los hombres, no sería siervo de Dios* (1). En todas nuestras obras no debemos ver más que a Dios, para poder decir con Jesucristo: *Yo hago siempre lo que le agrada* (2). Dios nos ha dado cuanto poseemos, pero nosotros no tenemos verdaderamente nuestro, más que nuestra nada y nuestros pecados. Sólo Dios nos ha amado con toda verdad y nos ha amado eternamente: nos ha amado hasta el extremo de morir por nosotros en una cruz, hasta entregarse a nosotros en el santo Sacramento del altar. Dios sólo merece nuestro amor.

(1) *Gal.* 1, 10.
(2) *Job.* 8, 29.

¡Desdichadas aquellas almas que miran con amor algún objeto terreno que puede desagradar a Dios! En esta vida no gozarán de paz y están muy expuestas a no gozarla jamás en la otra. Dichoso al contrario, oh Dios mío, el que sólo trata de poseeros y por vuestro amor espontáneamente renuncia a todo lo que no sois vos. Este encontrará la joya de vuestro puro amor; joya mucho más preciosa que todos los tesoros y reinos de la tierra. Los que así lo hacen adquieren la verdadera libertad de los hijos de Dios, porque se encuentran desembarazados de las ataduras que los encadenaban al mundo y les impedían unirse a Dios.

Dios mío, mi todo, prefiero vuestro amor a todas la riquezas, honores, ciencias, glorias, esperanzas y aun a todos los dones que pudierais hacerme. Vos sois mi único bien; no quiero más que a vos sólo; vos sois la belleza infinita, el bien infinito, la amabilidad infinita, el bien supremo. Todos los dones que no fuesen vos mismo, no podrían bastarme. Repito y repetiré siempre: *no quiero más que a vos, lo que es inferior a vos no puede bastarme.*

¿Cuándo me será dado no ocuparme sino en amaros, alabaros y no pensar en las criaturas, ni en mí mismo? ¡Oh Dios mío, y mi amor! cuando me veáis entibiado en vuestro amor, o en peligro de adherirme a

las criaturas y a las cosas del mundo, socorredme; sacadme del peligro de alejarme de vos: *Extiende tu mano desde lo alto, sácame y líbrame del turbión.* (1).

Busquen los demás lo que apetezcan: yo no amo, ni busco, ni quiero más que a vos, Dios mío, amor mío, mi única esperanza. *¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de ti qué puedo desear en la tierra?... Dios de mi corazón, mi herencia, mi Dios para siempre.* (2).

Mortales, abrid los ojos: toda la felicidad que puede venirnos de las criaturas, no es más que mentira y humo. Dios sólo puede hacernos felices, pero en esta vida el Señor no se deja ver enteramente: no nos da más que una idea de los bienes que nos prepara en el cielo: allí nos embriagará de gozo cuando nos dirá: *Entra en el gozo de tu Señor.* Los consuelos celestiales que Dios concede a sus siervos, no son más que un atractivo para llamarlos al paraíso.

Dios omnipotente, Dios amable, haced que en adelante sólo deseemos agradaros: sed vos nuestro todo, nuestro solo amor, porque vos solo merecéis ser amado, así por lo que pide la justicia como por lo que aconseja el reconocimiento. La pena más cruel que experimento es pensar que os he amado tan poco

(1) *Ps.* 143, 7.
(2) *Ps.* 72, 25 et 26.

hasta ahora; pero deseo, quiero amaros con todo corazón con vuestro divino auxilio y morir amándoos sólo a vos, mi bien supremo. Virgen María, madre de Dios, rogad por mí: vuestros ruegos son siempre atendidos; rogad a Jesús para que yo viva y muera en su santo amor.

CONSIDERACION XXXVII

Se ha de sufrir todo para agradar a Dios

Los santos han deseado siempre con ardor poder sufrir toda suerte de fatigas, ultrajes y dolores para agradar a Dios, que tanto merece ser amado y que tanto nos ha amado.

Toda la perfección y todo el amor de un alma por Dios consiste en no buscar más que agradarle y no hacer más que lo que puede ser de su agrado. Dichoso el que puede decir a Jesucristo: *Yo hago siempre lo que le agrada* (1). ¿Y qué mayor felicidad, qué mayor consuelo puede alcanzar el alma, que soportar alguna fatiga o sufrir algún dolor para agradar a Dios? Justo es que demos satisfacción a este Dios que nos ha amado tanto, que nos ha dado todo lo que poseemos y que no contento con concedernos tantos bienes, ha querido hasta entregarse por nosotros, primero en el Calvario donde murió por salvarnos, y después en el santísimo Sacramento del altar, en que se nos entrega todo entero por la santa Comunión. No, nada más puede ya darnos.

Para corresponder a tantos beneficios, los santos no sabían qué hacer. ¡Cuántos jóvenes ilustres y ricos han abandonado el mun-

(1) *Jo.* 8, 29.

do para consagrarse al Señor! ¡Cuántas vírgenes, hasta de sangre real han renunciado a las más brillantes nupcias para encerrarse en un claustro! ¡Cuántos anacoretas han ido a ocultarse en los desiertos y en las grutas para no pensar más que en Dios! ¡Cuántos mártires han aceptado con alegría los látigos, los hierros ardientes, los tormentos de los más crueles tiranos únicamente para agradar a Dios! Para agradar a Dios, en fin, los santos se han desprendido de todos sus bienes, han renunciado a las más altas dignidades del mundo y han recibido a manera de tesoros, las enfermedades, las persecuciones, el despojo de sus bienes y la muerte más dolorosa.

El deseo de agradar a Dios debe, pues, ser mayor en nosotros que el de adquirir riquezas, honores, glorias, delicias del mundo y hasta las del paraíso. Si los bienaventurados creyesen que sería más agradable a Dios verlos arder en el infierno que continuar en su felicidad, todos, hasta su divina madre, se precipitarían en aquel abismo de fuego para agradar al Señor.

Dios no nos ha puesto en el mundo sino para que nos esforcemos en agradarle y acrecentar su gloria. El deseo de Dios, pues, debe ser el único móvil de todas nuestras acciones, el solo término de todos nuestros deseos y el centro de todos nuestros pensa-

mientos. Bien merece el Señor que nos ha amado tanto y que tan solícito se muestra por nuestro bien, que le demos satisfacción en todo.

Pero ¿cuál es la causa, Señor, de que en lugar de conciliarme vuestro agrado, os haya ofendido tanto y pagado con ingratitudes vuestros beneficios? Mas el desprecio que hacéis sentir por mis ofensas, me hace esperar que no me negaréis el perdón. Perdonadme, pues, y haced que no vuelva a ofenderos. Disponed que renuncie a todas las cosas por agradaros. *En ti esperé, Señor no sea yo confundido para siempre.* Virgen María, madre mía y reina del cielo, hacedme todo de Dios.

CONSIDERACION XXXVIII

Dichoso el que no quiere más que a Dios

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1). Los pobres de espíritu son los que, pobres de deseos terrenos, no anhelan más que a Dios. Son pobres de afección, pero no lo son realmente, porque viven felices hasta en esta vida. *No dice el Señor, que será suyo el reino de los cielos sino que lo es,* porque hasta en la tierra son ricos en bienes espirituales que reciben de Dios, de modo que aunque pobres de bienes temporales, viven contentos en su estado. Los ricos en deseos terrenos, por más tesoros que posean, se hallan siempre agitados porque los bienes del mundo lejos de apagar su sed, no hacen más que irritarla; estos ricos jamás están contentos porque nunca lograrán lo que apetecen.

Jesucristo, para hacernos ricos en verdaderos tesoros, quiso ser pobre, como dice el Apóstol: *Siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2). Sí, quiso ser pobre para enseñarnos con su ejemplo a despreciar los

(1) *Mat.* 5, 3.
(2) 2. *Cor.* 3, 9.

bienes terrenos, para enriquecernos de bienes celestiales, inmensamente más preciosos y duraderos. Declara, pues, que los que no renuncian a lo que poseen en la tierra, jamás serán sus verdaderos discípulos.

Dichoso el que no quiere más que a Dios y dice con San Paulino: *Gocen los ricos de su oro, de sus posesiones, de sus reinos; Jesús es toda mi riqueza y mi reino.* Persuadámonos que sólo Dios puede satisfacernos, pero no satisface completamente más que a las almas que le aman con todo su corazón. ¿Qué lugar encontrará el amor divino en un corazón lleno de tierra? Por más que frecuente la comunión, aunque visite a menudo el Santísimo Sacramento, no puede alojar a Dios todo entero, ni ser por él enriquecido según su voluntad.

Muchos se quejan de que ni en sus comuniones, ni en sus meditaciones, ni en los demás ejercicios espirituales que practican encuentran a Dios. Santa Teresa les dice a éstos: *Desprended vuestro corazón de las criaturas y encontraréis a Dios.* Despejémonos de toda afección terrena y sobre todo de nuestra propia voluntad. Entreguémosla toda entera a Dios y digámosle: *Señor, disponed de mí y de cuanto poseo: no quiero más que lo que vos queréis, pues estoy seguro que lo que vos queréis será para mí lo mejor.*

Haced, pues, que os ame siempre y nada más desee.

El único medio de desprendernos de las criaturas es un grande amor a Dios. Si el amor divino no se apodera enteramente de nuestra alma, nunca seremos santos. El medio de adquirir este amor sin límites es la santa oración. Roguemos, pues, al Señor para que nos conceda su amor y entonces nos sentiremos desprendidos de las cosas criadas. El amor divino es un ladrón que santamente nos roba todas las afecciones terrenas y entonces debemos decir: *¿Y podría yo desear otra cosa que no fueseis vos Dios de mi corazón?*

El amor es fuerte como la muerte (1), esto es; así como no hay fuerza capaz de resistir a la muerte, así tampoco nada puede resistir al amor divino. El amor triunfa de todo. Los mártires, fortalecidos con el amor de su Señor, han arrostrado los más crueles tormentos, la muerte más dolorosa.

Dichoso, en fin, el que puede decir con David: *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de ti, qué puedo querer en la tierra?.. Dios de mi corazón, y mi porción, Dios para siempre.* ¡Qué pudiera yo desear más en esta vida y en la otra, que a vos solo, Dios mío! Obtengan los demás lo que deseen,

(1) *Cant.* 8, 6.

vos, oh Dios mío, sois mi único bien, mi único consuelo.

Si una alma no se entrega enteramente a Dios siempre estará en peligro de perderse. Pero los que se entregan a Dios enteramente y con sincera resolución, están seguros de no desprenderse más de El, porque el Señor es reconocido y fiel a todos los que se le entregan sin reserva. ¿Por qué, pues, ciertas personas que en un principio llevaron vida santa, han venido después a desviarse de tal modo del camino del Señor, que hay motivo para dudar de su salvación? ¿Por qué? porque no se habían entregado enteramente a Dios y la prueba está en su misma caída.

Dios mío, mi verdadero amigo, no permitáis que mi alma, creada únicamente para amaros, pueda amar otra cosa que no seáis vos y pueda dejar de ser enteramente vuestra. Jesús mío ¿de dónde procede, que conociendo el amor que me habéis profesado, haya podido amar otra cosa más que a vos? ¡Llamadme a vos, haced que olvide el mundo para que no piense más que en vos. En vos confío, mi Dios y Señor. Virgen María, madre de Dios, todas mis esperanzas fían en vos: desprended mi corazón de todo lo que no sea Dios, para que Dios sea el objeto de mi único amor y de mis deseos.

CONSIDERACION XXXIX

Aridez de espíritu

San Francisco de Sales ha dicho que la verdadera devoción y el verdadero amor al Señor no consiste en experimentar consuelos espirituales en la oración y en los demás ejercicios de piedad, sino en tener una firme voluntad de no hacer ni querer más que lo que quiere el Señor. Este es el único objeto que debemos proponernos en nuestras súplicas, en nuestras comuniones y en nuestras penitencias y en lo demás que agrada a Dios, aunque todo lo hiciésemos sin fervor, y en medio de mil tentaciones e inquietudes. Santa Teresa dice, que *Dios prueba a sus siervos por medio de las tentaciones y sequedades. unque la aridez durase toda la vida, el alma no debe cesar de orar; vendrá un tiempo en que todo le será recompensado con largueza.*

Principalmente en los momentos de desamparo, como observan los maestros espirituales, debemos ejercitarnos en actos de humildad y resignación. No nos persuadimos bastante de nuestra impotencia y miseria sino cuando nos sentimos áridos, inquietos, distraídos, disgustados y hasta sin deseos, sensibles de adelantar en el divino amor. Pero digamos entonces: *Señor, tened piedad*

de mí: ved mi insuficiencia, hasta para un acto de virtud. Además es necesario resignarse y continuar así: *Oh Dios mío, pues vos queréis mantenerme en la aflicción y en la aridez, hágase vuestra voluntad. No pido consuelos, me basta poderos agradar.* Después de esto, es necesario continuar la oración.

Las penas mayores que sufren las almas devotas, no consisten tanto en la aridez, como en la oscuridad que las priva de toda voluntad encaminada al bien, las rodea de tentaciones contra la fe y la esperanza: algunas veces se añaden también tentaciones y un asomo de desconfianza tan cruel, que teme el alma haber perdido la gracia divina y haber sido rechazada y abandonada de Dios por causa de sus pecados. Créese aborrecida del Señor: la soledad se le hace insoportable y la oración le viene a ser un tormento. Er necesario tomar entonces aliento y convencerse de que el temor de haber cedido a una tentación o a cualquier sentimiento de desconfianza es un tormento del alma, pero no un acto voluntario: en tal instante el alma está lejos de haber caído en pecado; el alma resiste en verdad a la tentación con entera voluntad pero las tinieblas que la ofuscan la privan de enterarse por sí misma de los contrastes que la agitan. La misma experiencia viene al momento en

apoyo de esta observación, cuando, por ejemplo, el alma se encuentra en ocasión próxima de pecar, aunque sólo sea venialmente en cosa determinada y que tiene firmeza para arrostrar mil muertes antes que cometer tal ofensa contra Dios.

No nos atormentemos, pues, en tales ocasiones para conocer si estamos en gracia de Dios o en estado de culpa. Deseáis saber si os ama Dios y Dios no quiere entonces dároslo a conocer: quiere que os humilléis, fiéis en su bondad, que os resignéis a su santa voluntad. Queréis ver y Dios quiere que no veáis. Por lo demás, San Francisco de Sales dice que la resolución que habéis tomado de amar a Dios y de no causarle voluntariamente el menor desagrado, es prueba constante de que vivís en su gracia. Arrojaos entonces en brazos de la divina misericordia: protestad que no queréis más que a Dios solo y a su santa voluntad y desechad enseguida todo temor. ¡Cuán aceptos son al Señor tales actos de confianza y resignación, hechos en medio de aquellas espantosas tinieblas!

Santa Juana de Chantal sufrió estas penas interiores por espacio de cuarenta y un años, acompañadas de terribles tentaciones y del temor de estar en pecado mortal y hallarse abandonada del Señor. Era tan intenso su dolor, que decía que sólo con el pensamiento de la muerte hallaba algún consuelo.

Alguna vez me parece, decía la Santa, *que me falta la paciencia, me siento entonces tentada a dejarlo todo y abandonarme al camino de la perdición.* Durante los ocho o nueve últimos años de su vida, sus tentaciones en lugar de disminuir, eran más fuertes, ya orase, ya trabajase sin interrupción. Su dolor secreto era tan vivo que inspiraba lástima a cuantos la conocían. Algunas veces creía que Dios la repelía de sí: para calmar un tanto su horror, desviaba sus miradas de Dios, pero no pudiendo hallar la tranquilidad que anhelaba volvía al momento a contemplar a Dios por más que le pareciese airado contra ella. En la oración, en la comunión y en los demás ejercicios espirituales no sentía más que tedio y angustia: vivía a semejanza del enfermo que entorpecido por la calentura, ni puede mudar la posición en la casa, ni encuentra el uso de la voz para quejarse, ni ve salida para poner fin a sus congojas. Creía haber perdido la fe, la esperanza y la caridad: y con todo, su atención permanecía siempre fija en Dios, descansando en la divina voluntad. San Francisco de Sales, hablando de ella, decía que su alma bienaventurada se parecía a un músico sordo que canta divinamente sin gozar de la melodía de sus cantos porque no oye. El alma que ha sido puesta a prueba de la aridez no debe desmayar: por

más que se encuentre sumergida en las tinieblas, debe confiar en la sangre de Jesucristo, resignarse a su divina voluntad y decir: *Jesús mío, esperanza mía y mi único amor, no merezco ser consolada: consolad a los que os han amado siempre; yo he merecido ser arrojada a los infiernos, abandonada de vos y privada de la felicidad de amaros.*

¡Oh Salvador mío! acepto todas las penas: castigadme cuanto queráis, pero no me privéis de amaros: despojadme de todo menos de vos. A pesar de mi miseria, os amo más que a mí mismo: me entrego enteramente a vos. Dadme fuerza para seros fiel. Virgen Santa, refugio de los pecadores, confío en vuestra intercesión: haced que ame al Señor que me ha criado y que me ha salvado de la muerte eterna.

CONSIDERACION XL

Vida retirada

Las almas que aman a Dios encuentran el paraíso en su vida retirada que las separa del trato con los hombres y constituye su paraíso. No es enfadoso conversar con Dios en la soledad separándose de las criaturas, antes bien es un contento: *Porque ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.*

Los mundanos tienen razón en aborrecer la soledad, porque desde el momento en que se ven privados de sus diversiones y de sus ocupaciones terrenas, el remordimiento se hace sentir más vivamente en sus corazones. Buscan la sociedad para ahogar o distraer sus conciencias, pero cuanto más alivio buscan en las concurrencias y en las ocupaciones, más espinas y amarguras encuentran.

Lo contrario acontece a los que aman a Dios, porque en su retiro encuentran un amigo fiel que les consuela más que la compañía de sus amigos y parientes, así sean éstos los primeros personajes del mundo. San Bernardo decía: *Jamás estoy menos solo, que cuando estoy solo y separado de los hombres, porque entonces encuentro a Dios que me habla: entonces estoy más atento a escucharle y más dispuesto a unirme a él.*

Nuestro Salvador quería que su discípulos, aunque destinados a propagar la fe por el mundo entero, suspendiesen de vez en cuando sus fatigas y se retirasen a la soledad para conversar con él. Habiéndoles enviado en cierta ocasión a recorrer la Judea y Galilea para convertir a los pecadores, cuando volvieron les dijo: *Venid aparte a un lugar solitario y descansad un poco* (1).

Ya que el Señor impuso el reposo hasta a sus mismos discípulos diciendo: *descansad un poco,* es necesario que los que cooperan a su santa obra se retiren de vez en cuando a la soledad para recogerse dentro de sí mismos y renovar sus fuerzas, para trabajar después con nuevo ardor en la conversión de las almas.

Los que trabajan para el prójimo pero con poco celo y amor de Dios y más con el fin de adquirir honores y riquezas, son de poco provecho para las almas: Si, pues, el Señor dijo a sus discípulos *descansad un poco,* quería significar con esto, no que se entregasen al sueño, sino que tomasen descanso, conversando con Dios y pidiéndole gracia para vivir bien y salvar sus almas. Sin este descanso con Dios en la oración, menguarán nuestras fuerzas para trabajar

(1) *Marc.* 6, 31.

por nuestra salvación y por la de los demás.

San Lorenzo Justiniano observa con razón que la soledad se ha de *desear siempre, pero que no siempre se ha de estar en ella;* esto es: que los que son llamados por el Señor a convertir a los pecadores, no siempre han de permanecer encerrados en su retiro porque esto sería fatal a la divina vocación, por la cual todo debe abandonarse cuando Dios lo ordena; pero deben amar y suspirar por la soledad, porque el Señor se deja encontrar allí más que en otra parte.

¡Oh Jesús mío! he amado poco el retiro, porque os he amado poco; continuamente he ido en busca de los placeres y de los deleites del mundo, que han hecho que os perdiese a vos, bien infinito.

¡Desdichado de mí! Durante tantos años he tenido mi corazón en las distracciones, sin pensar más que en los bienes de la tierra y dejándoos a vos en olvido. Dios mío, tomad este corazón redimido al precio de vuestra sangre: abrasadle en vuestro santo amor, poseedle todo entero. ¡Virgen María, reina del cielo, vos podéis alcanzarme esta gracia: de vos la espero!

CONSIDERACION XLI

Desprendimiento de las criaturas

Es necesario desprenderse de todo lo que no es Dios y de todo lo que no conduce a Dios para llegar a amarle con todo el corazón. El Señor quiere reinar solo en nuestro corazón, no admite compañeros y tiene razón, porque él solo es nuestro único dueño, a quien debemos cuanto tenemos. Dios es nuestro solo amigo, sólo El nos ama sin interés y por nosotros mismos y como nos ama muchísimo, quiere que le amemos con todo nuestro corazón: *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón.*

Para amar a Dios de todo corazón, son necesarias dos cosas: sofocar desde luego toda inclinación que no se dirija a Dios o no sea conforme con Dios. *Si en mi corazón hubiese una sola fibra que no fuese de Dios,* decía San Francisco de Sales, *quisiera arrancármela al momento.* Después es necesaria la oración, por la cual se introduce en el alma el santo amor. Pero si el corazón no está depurado enteramente en la tierra, el amor de Dios no puede entrar en él, porque no encuentra allí lugar. Al contrario, un corazón desprendido de todas las criaturas, se inflama velozmente y siempre más, al menor soplo de la divina gracia.

El amor puro, decía el santo obispo de Ginebra, consume todo lo que no es Dios

para convertirle todo en amor, porque todo lo que hacemos por Dios, es amor de Dios. ¡Qué bueno y liberal es Dios con las almas que no buscan más que su amor y su voluntad! *Bueno es el Señor... para el alma que le busca* (1). Dichosos los que pueden decir: *Mi Dios es mi todo* y desprecian las vanidades del mundo: *Desprecié el reino del mundo y todas las pompas del siglo por amor de mi Señor Jesucristo.* Cuando las criaturas quieren apoderarse de una parte de este amor que debemos conceder sólo a Dios, al instante debemos expulsarlas y cerrarles las puertas de nuestro corazón, diciéndoles: *Marchad en busca de los que os solicitan: mi corazón se ha consagrado enteramente a Jesucristo y no puede daros cabida.* Y con esta resolución de no querer más que a Jesús, hemos de aborrecer todavía lo que es del agrado del mundo y desear lo que el mundo aborrece.

Para alcanzar este perfecto amor es necesario sobre todo contrariarnos a nosotros mismos, abrazando todo lo que hiere nuestro amor propio y si un objeto nos gusta, *privarnos de él, precisamente porque nos gusta.* Una medicina desagrada porque es amarga, debemos pues tomarla por lo mismo que es amarga. Nos repugna hacer bien a un ingrato, debemos pues hacérselo porque lo es.

(1) *Thren, Jer.* 3, 25.

San Francisco de Sales dice además, que la virtud se ha de amar con desprendimiento, por ejemplo: amamos la oración y el retiro pero si la obediencia o la caridad nos priva de cumplir nuestro deseo, debemos dejarlo para otra ocasión sin inquietud. Del mismo modo debemos abrazar con alegría todo lo que acontece según la divina voluntad. Dichoso el que quiere o no lo que le acontece, según lo quiere o no lo quiere Dios, sin inclinarse a una ni a otra parte. Debemos, pues, rogar a menudo al Señor nos haga encontrar la paz en cuanto dispone la Providencia.

Es muy cierto que no hay nadie tan feliz en el mundo como el que desprecia las cosas terrenas y se somete siempre a la divina voluntad. Es, pues, preciso renovar a menudo al pie de un crucifijo, tanto en la oración, como en la comunión, la abnegación total de nosotros mismos y de todas las cosas que nos pertenecen, diciendo: Jesús mío, no quiero cuidar más de mí, me entrego enteramente a vos, haced de mí lo que sea de vuestro agrado: creo que todo lo que me puede dar el mundo no es más que mentira y vanidad. En adelante no quiero buscar más que vuestro amor y lo que pueda ser de vuestro agrado. Ayudadme a seros fiel. Virgen María, rogad a Jesús por mí.

CONSIDERACION XLII

La muerte de los santos es preciosa

Preciosa es ante el Señor la muerte de los santos (1). ¿Por qué la muerte de los santos se llama preciosa? San Bernardo responde que es así llamada, porque es tan rica de bienes espirituales, que merece ser comprada a todo precio.

Los que viven apegados al mundo quisieran que no hubiese muerte, pero San Agustín ha dicho: *¿Qué es vivir largo tiempo sobre la tierra, sino sufrir por largo tiempo?* (1).

Las miserias y angustias que os atormentan en esta vida son tantas, dice San Ambrosio, que *la muerte más puede considerarse como un remedio que como una pena.* (2) No se nos ha dado la muerte en castigo sino en alivio, a modo de una gracia que nos libra de nuestras penas y de nuestros trabajos.

La muerte horroriza a los pecadores porque saben que a esta primera muerte, en estado de culpa, le seguirá la segunda que

(1) *Ps.* 115, 15.
(2) *Serm.* 17 *de Verb. Dom.*

es eterna. Pero la muerte no horroriza a las almas virtuosas, que fiando en los méritos de Jesucristo, sienten señales suficientes de seguridad moral, de morir en gracia de Dios. Aquellas palabras: *Sal alma cristiana de este mundo,* que tanto afligen a los que se resisten a morir, regocijan a los santos que han mantenido el corazón libre de las afecciones mundanas y han repetido en todos los instantes: *Mi Dios es mi todo.*

Para éstos la muerte no es un tormento, es un descanso tras las fatigas que han soportado combatiendo las tentaciones, los escrúpulos y los temores de ofender a Dios. Les acontecerá, pues, lo que les anuncia San Juan: *Bienaventurados los que mueren en el Señor; desde hoy, dice el Espíritu Santo, descansarán de sus trabajos* (1). El que muere en gracia de Dios no se siente turbado ante la muerte, no gime porque son agudos sus dolores; los sufre con gozo y los ofrece al Señor como los últimos restos de su existencia. ¡Ah! cuán tranquilos estarán y cuánta será la felicidad de los que mueren en los brazos de Jesucristo, el cual eligió una muerte cruel y amarga para alcanzarnos una muerte dulce y resignada. Jesús, vos sois mi juez, pero también sois mi Redentor,

(1) *Apoc.* 14, 13.

muerto para salvarme! Yo merecía haber sido condenado al infierno desde el momento en que caí en el primer pecado mortal; pero por vuestra misericordia, me habéis inspirado el arrepentimiento de mis culpas. Espero, pues, que ya me habréis perdonado. No merecía yo la gracia de amaros, pero me habéis obligado a amaros con vuestros beneficios. Si queréis que en esta enfermedad me sorprenda la muerte, la acepto de todo corazón. Conozco que no soy digno de entrar en el paraíso: iré gozoso al purgatorio para sufrir sin quejarme, tanto tiempo como será de vuestro agrado. Mi mayor pena será estar privado de vos, suspirando sin cesar por el momento en que me será concedido volar a vuestra presencia para contemplaros cara a cara. Mi amado Salvador, tened piedad de mí.

¿Y qué otra cosa es la vida presente sino un continuo peligro de perder al Señor? Caminamos siempre entre emboscadas que nos tienden nuestros enemigos para hacernos perder la gracia de Dios. Cada vez que el reloj daba las horas, agradecía a Dios santa Teresa, por haberla librado de caer en el pecado en el espacio de una hora de combates y de peligros. Así es que cuando llegó la hora de su muerte, su gozo fué extraordinario, porque la muerte puso fin de un

golpe a las tentaciones y a las luchas interiores y la condujo a la morada de su Dios.

En esta vida nadie puede juzgarse exento de faltas. Por esta razón los amigos de Dios esperan la muerte con tanta impaciencia. Esta idea llenaba de gozo al P. Vicente Caraffa a la hora de la muerte. *Dejando de vivir*, decía, *dejo de pecar*. Un virtuoso personaje encargó a los religiosos que le asistían en su última hora que repitiesen a menudo estas palabras: *Consuélate, cerca está el momento en que no ofenderás más al Señor.*

¿Y este cuerpo es para nosotros otra cosa que una cárcel donde gime el alma por no poder unirse con su Dios? El fervoroso San Francisco exclamaba con el Profeta, al exhalar el postrimer suspiro: *Sacad, Señor, mi alma de la prisión que me impide veros.* Oh muerte, digna de ser apetecida, ¿quién te temerá? quién no te deseará, ya que eres el término de los cuidaos y la aurora de la vida eterna?

Mi buen Jesús, os doy gracias porque no me habéis hecho morir cuando me hallaba en vuestra desgracia y por haber vos cautivado mi corazón con los beneficios que me habéis dispensado. Al recuerdo de las ofensas que os he hecho quisiera morir de dolor. En vuestras manos encomiendo esta alma que ya se había perdido. Acordáos, Señor, que la habéis redimido con vuestra sangre. Os amo,

bondad infinita y deseo abandonar pronto este mundo para volar al cielo donde os amaré con amor más perfecto. Mientras viva en este mundo hacedme conocer cada vez más que mi deber es amaros. Dios mío, me entrego enteramente a vos. Confío en vos, por los méritos de Jesucristo. Virgen María, esperanza mía, por vuestra intercesión confío salvarme.

CONSIDERACION XLIII

La tibieza

Hay dos especies de tibieza, una inevitable, otra que puede evitarse. La primera es la que sufren en el estado presente aun almas espirituales, que por su fragilidad natural no pueden evitar caer alguna vez en culpa ligera aunque sin pleno consentimiento de la naturaleza corrompida y del pecado original. Esta gracia especial del Señor fué concedida únicamente a la Madre de Dios. Permite el Señor estas máculas en las almas de sus santos, para conservarlos en la humildad. A menudo, pues, se sienten disgustados, sin fervor, fatigados de sus ejercicios espirituales y en esos momentos de aridez, es muy fácil caer en algunas faltas, a lo menos indeliberadamente. Por lo demás, los que se encuentran en este estado, no por esto deben descuidar sus devociones de costumbre, ni desmayar: no crean por esto tampoco, haber caído en la tibieza, porque esto no lo es: sigan sus ejercicios y oraciones, aborrezcan sus faltas y renueven a menudo la firme resolución de ser enteramente de Dios; tengan confianza en Dios, que El los consolará. La verdadera tibieza, la tibieza verdaderamente deplorable, es la que siente

el alma que voluntariamente cae en pecado venial, que se arrepiente débilmente de estas faltas o no pone todo su esmero en evitarlas, diciendo que tales faltas son pequeñeces o que no son nada. ¡Y qué! ¿No es nada desagradar a Dios? Santa Teresa decía a sus religiosas: *Hijas mías, guárdeos Dios de todo pecado voluntario, por leve que sea.*

Suele decirse: *pero estos pecados no nos privan de la gracia de Dios.* Los que así hablan se hallan en grave peligro de perder efectivamente la divina gracia, cayendo en pecado mortal. San Gregorio dice que el que voluntariamente cae en pecado venial y esto por hábito, sin pensar en corregir este defecto, no se detiene en él sino que va rodando cada vez más hacia el abismo (1). Las enfermedades mortales no proceden generalmente de un desorden grave, sino de muchos desórdenes ligeros repetidos con frecuencia: así pues muchas almas son impelidas a pecar mortalmente por la frecuencia con que cometen los pecados veniales. Estos pecados dejan el alma tan débil que cuando se ve asaltado por alguna tentación violenta, no tiene fuerza para resistir y cae en ella sin remedio.

(1) S. Greg. Mor. 1, 21.

El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá (1). El que no atiende a las pequeñas caídas vendrá sin apercibirse de ello, a caer en un precipio. El Señor ha dicho: *Porque eres tibio... te comenzaré a vomitar de mi boca* (2). *Y ser vomitado* de Dios significa ser abandonado de El, o a lo menos de sus divinos auxilios que tan indispensables son para mantenerse en su gracia. Meditemos bien este asunto. El concilio de Trento condena a los que dicen que podemos perseverar en el camino de la salvación sin socorro especial del Señor (3). No podemos pues perseverar en la gracia, sin un socorro especial y extraordinario del Señor, pero Dios lo rehusa con justicia a los que no tienen escrúpulo de cometer voluntariamente pecados veniales. ¿Cómo había de conceder Dios un socorro especial a los que no temen disgustarle a cada instante voluntariamente? *Quien escasamente siembra, escasamente también segará* (4), dice el Apóstol. Si somos avaros con Dios, ¿cómo podemos esperar que sea Dios liberal con nosotros?

Infeliz el alma que hace paces con el pecado aunque venial. Caminará de mal en

(1) *Eccl.* 19, 21.
(2) *Apoc.* 3, 16.
(3) *Sess.* 6 *Can.* 22.
(4) 2. *Cor.* 9, 6.

peor, porque las pasiones irán tomando cada día mayor imperio sobre ella, viniendo al fin a cegarla; y el ciego fácilmente puede caer en el precipicio cuando menos lo piensa. Temamos pues caer en la tibieza voluntaria: la tibieza voluntaria es semejante a esas enfermedades que no asustan al enfermo, pero que cuando llegan a su término de gravedad, no tiene ya remedio.

Por lo demás, aunque es difícil que se corrija un alma tibia por su culpa, no por esto es imposible, si quiere hacerlo. En primer lugar debe resolverse a salir de aquel miserable estado a toda costa. Debe en seguida huir de toda ocasión de caída, porque sin esto, no habría ni siquiera esperanza de enmienda; y encomendarse a menudo a Dios, rogándole con fervor le conceda fuerza para salir de tan lamentable estado, sin dejar de rogar hasta verse libre de él.

Señor, tened piedad de mí. Conozco que merezco que me *vomitéis;* tan tibio he sido en amaros. Me encuentro sin amor, sin confianza y sin fervor; Jesús mío, no me abandonéis. Tendedme vuestro brazo omnipotente y sacadme de este lodazal de tibieza en que me miro sumergido. Hacedlo por los méritos de vuestra pasión, que son toda mi esperanza. Virgen Santa, vuestros ruegos pueden socorrerme. Rogad a Dios por mí.

CONSIDERACION XLIV

Pureza de intención

Consiste la pureza de intención en hacer todo lo que hacemos con el deseo de agradar a Dios. Jesucristo dice, que según sea buena o mala la intención, la obra que se hace es mala o buena ante Dios. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso... mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso* (1). *El ojo sencilo* es la intención pura de agradar a Dios, y el *ojo malo* es la mala intención cuando se obra por vanidad, o para satisfacerse a sí mismo.

¿Hay cosa más bella que dar su vida por la fe? Sin embargo, dice San Pablo que a los que mueren con otro objeto que el de agradar a Dios, les es inútil el martirio. Ahora, pues, si de nada sirve el mismo martirio cuando no se sufre por Dios, ¿de qué servirán los sermones, los libros, los trabajos, las maceraciones de las penitencias, si todo esto se ha hecho para merecer las alabanzas de los hombres o seguir nuestras naturales inclinaciones, dirigidas a objetos mundanos? El profeta Ageo dice que las mismas obras santas, si no se han hecho por Dios, han caído en *saco roto* (2): esto es, no ha

(1) *Matth.* 6. 22 et 23.
(2) *Agg.* 1, 6.

quedado nada de ellas. Al contrario, todo lo que se hace para agradar a Dios, por poco que valga, vale más que lo mucho hecho con menos pura intención. San Marcos habla de una pobre viuda que no echó más que dos cobres en el arca de las ofrendas, pero que el Señor exclamó: *Más ha dado esta pobre viuda que todos los demás* (1). San Cipriano observa que puso más que los demás, porque puso sus dos pequeñas monedas con intención de agradar al Señor. Una de las mejores señales con que se puede conocer si hemos obrado con pureza de intención es el no turbarse cuando no se consigue el resultado que se esperaba de aquella acción. Otra señal es, el quedar contento y tranquilo después de haber obrado, por más que nuestra acción sea criticada y mal agradecida; pero si acontece que la acción es alabada, no debemos tampoco concebir temor de entrar en vanidad por ella, sino que despreciándola, así que se nos presente a la imaginación, podemos decir con San Bernardo: *Ni la empecé por ti, ni por ti la dejaré.*

Buena es la intención de adquirir la gloria del paraíso, pero la más perfecta y pura es la de agradar a Dios. Persuadámonos de que cuanto más nos olvidamos de nuestros

(1) *Marc.* 12, 41.

propios intereses por el Señor, más acrecentará el Señor nuestra felicidad en el paraíso. Dichoso el que no tiene más objeto en sus obras que agradar a Dios y cumplir su santa voluntad. Imitemos el amor de los bienaventurados que aman a Dios sin otro objeto que complacerle. San Crisóstomo, dice: *Si conseguimos agradar a Dios, ¿qué otra recompensa podemos desear?* (1).

Esto es también justamente lo que aconsejaba el Apóstol a sus discípulos, diciéndoles: *Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a la gloria de Dios* (2). La venerable Beatriz de la Encarnación, primera hija en Jesucristo, de Santa Teresa, decía: *No hay precio para pagar una cosa que se ha hecho por Dios, por pequeña que sea.* Tenía razón, porque todas las obras hechas en servicio y gloria de Dios, son otros tantos actos de amor divino.

La pureza de intención hace preciosas las acciones más insignificantes, como el comer, el trabajar, el descanso mismo, siempre y cuando se haga esto por obediciencia o para agradar a Dios. Es, pues, necesario, desde la mañana, dirigir a Dios todas las obras del día, renovando esta intención al comenzar cualquiera de ellas, principalmente las

(1) *Lib.* 2 *de compuc. cord.*
(2) *I Cor.* 10, 31.

más importante, como la oración, la comunión, la lectura espiritual, deteniéndose un poco antes de empezarlas, como hacía aquel santo ermitaño, que antes de empezar una obra, levantaba los ojos al cielo y habiéndosele preguntado en cierta ocasión por qué hacía aquéllo, respondió: *Procuro asegurar el golpe.*

Jesús mío, ¿cuándo empezaré yo a amaros verdaderamente? Si busco una sola entre mis obras, hecha únicamente por agradaros, no la encuentro. Tened piedad de mí: no permitáis que tan malamente me emplee en vuestro servicio, sin reformar mi conducta antes de morir. Prestadme vuestro auxilio, para que no emplee mi existencia, en lo que me queda de vida, sino en serviros y amaros. Haced que me sobreponga a todo para agradaros y que mis obras no se dirijan a otro fin. Os lo suplico por los méritos de vuestra pasión. Virgen María, mi protectora, obtenedme esta gracia con vuestros ruegos.

CONSIDERACION XLV

Suspiros por la patria celestial

Dichoso el que se salva y abandonando este lugar de destierro entra en la celestial Jerusalén para gozar de aquel día sin noche, de aquel día puro, siempre sereno, sin temor de que nunca acabe su inmensa felicidad.

Jacob decía: *Los días de mi peregrinación son ciento treinta años, cortos y malos* (1). Lo mismo podemos decir nosotros, desgraciados peregrinos, condenados a sufrir sobre la tierra todas las penas del destierro, afligidos por las tentaciones, angustiados por las miserias y más aún por la incertidumbre de nuestra salvación. Todo esto debe conducirnos a creer que este mundo no es nuestra patria, sino un lugar de destierro donde nos ha colocado Dios, para que con nuestros sufrimientos compremos la felicidad de entrar un día en la patria bienaventurada.

Mientras aquí vivimos debemos suspirar por el cielo y decir: ¿cuándo, Señor, me veré libre de tantas agonías y cuándo me será concedido no pensar más que en alabaros y amaros? ¿Cuándo cifraré en vos sólo la posesión de todas las cosas, según escribe el

(1) *Gen.* 47, 9.

Apóstol: *Para que Dios sea todo en todos?* ¿Cuándo gozaré de aquella paz donde estaré exenta de aflicciones y de todo peligro de perderme? ¿Cuándo me veré enteramente absorto en vos sólo, contemplando vuestra infinita belleza cara a cara y sin velo? ¿Cuándo os poseeré tan positivamente que pueda decir: Dios mío, ya no puedo perderos jamás?

Mientras voy errante por un país extraño, en continua guerra con mis enemigos interiores, prestadme, Señor, el socorro de vuestra gracia; sostenedme en esta penosa peregrinación; creo firmemente que nada de lo que me ofrece el mundo puede darme la paz y la felicidad, pero si me faltase vuestro apoyo, temería que los culpables placeres y depravadas inclinaciones me condujesen a algún precipicio.

Si por lo menos Dios mío pudiese en mi destierro pensar siempre en vos y gozar de la alegría infinita de que gozáis, mas el tropel de desordenados deseos que asalta mi corazón lo trastorna. Quisiera que todas las facultades de mi alma no se ocupasen más que en vos; quisiera no pensar más que en amaros y obedeceros; pero la carne me arrastra a los placeres sensuales y me veo precisado a exclamar con San Pablo: *¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo*

de muerte? (1). ¡Desdichado! Lucho sin cesar, no sólo con mis enemigos interiores, sino conmigo mismo.

¿Quién, pues, me libertará de *este cuerpo de muerte,* esto es: del peligro de caer en pecado, que es una muerte continua y cuyos dolores no acabarán con la vida? No os alejéis de mí, Dios mío, porque si lo hacéis temo disgustaros: al contrario, acercaos, prestadme vuestro poderoso apoyo para resistir a las fuerzas de mis adversarios: *Señor, no te alejes de mí*: *Dios mío, vuelve tus ojos a mí* (2). El real profeta me hace saber que vos estáis cerca de mí, esto es, que dais la calma a cuantos se sienten atribulados y afligidos interiormente: *Cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado* (3). Permaneced junto a mí, Señor, concededme la luz necesaria para disipar las inquietudes que me atormentan.

¡Cuántas veces, al ponerme en oración, me asaltan pensamientos importunos y me distraen de vos! Dadme fuerza para ahuyentarlos, cuando con vos me hallo: haced que consiga tener a raya y en tortura las malas inclinaciones que me impiden unirme a vos. Libertadme de la repugnancia invencible que experimento al ir a dedicarme con

(1) *Rom.* 7, 24.
(2) *Ps.* 70 12.
(3) *Ps.* 33, 19.

paciencia a todo lo que es contrario a mi propio amor o voluntad.

¡Oh morada del Señor preparada para todos los que le aman! sólo a tí te ambiciono desde el abismo de este valle de lágrimas y miserias! *Anduve errante como oveja descarriada* (1). ¡Oh mi amado Pastor que habéis descendido del cielo en busca de las pobres ovejas descarriadas, yo soy una de tantas: Señor, *busca a tu siervo*: no me abandonéis; tomadme, cargadme sobre vuestros hombros, para que no vuelva a separarme de vos.

En el instante mismo en que me entrego al deseo de alcanzar el paraíso, el enemigo trata de amedrentarme con el recuerdo de mis pecados; pero vuestra sola vista, Jesús mío crucificado, me consuela y alienta, haciéndome esperar que un día os amaré sin contrariedades en vuestro bienaventurado reino.

Reina del paraíso, continuad siendo mi abogada: por la sangre de Jesucristo y con vuestra intercesión, tengo firme esperanza de salvarme.

FIN

(1) *Ps.* 118, 176.

INDICE

		Págs.
ADVERTENCIA.		5
Consideración	I. — Pensamiento de la eternidad	7
»	II. — Somos viajeros en la tierra.	12
»	III. — Dios merece ser amado sobre todas las cosas	17
»	IV. — Un alma que aspira a la santidad debe entregarse a Dios sin reserva	21
»	V. — Dos grandes medios para llegar a ser santo: el deseo y la resolución de serlo	25
»	VI. — De la ciencia de los Santos	30
»	VII. — Nuestra salud eterna está en la oración	36
»	VIII. — Llegará el día de mi muerte	43
»	IX. — Preparación para la muerte	47

Págs.

Consideración X. — El que ama a Dios debe amar la muerte 51
» XI. — Nuestra salvación está en la cruz . . . 56
» XII. — Jesucristo quiere que suframos por su amor 61
» XIII. — El amor divino triunfa de todo . . . 66
» XIV. — Necesidad de la oración mental . . . 71
» XV. — Objeto de la oración mental 74
» XVI. — De la misericordia de Dios 79
» XVII. — Confianza en Jesucristo 85
» XVIII. — Nada hay más necesario que salvarse 90
» XIX. — Resignación perfecta a la voluntad de Dios 94
» XX. — Dichosos los que son fieles a Dios en la adversidad 99
» XXI. — El que ama a Jesucristo debe aborrecer al mundo 104
» XXII. — Un moribundo a su crucifijo 107
» XXIII. — Actos de resignación en la hora de la muerte 111
» XXIV. — Morada de la eternidad 116

Consideración XXV. — Las almas que más aman a Dios suspiran por verle en el cielo . . . . . Págs. 120
» XXVI. — Jesús es el buen Pastor 123
» XXVII. — Sobre la salvación eterna. 126
» XXVIII. — Cual será el gozo de los elegidos. . 130
» XXIX. — El sentimiento de haber perdido a Dios constituye el infierno. 133
» XXX. — Desprecio de las cosas del mundo. . . 138
» XXXI. — Amor a la soledad 143
» XXXII. — Soledad de corazón 147
» XXXIII. — Ver y amar a Dios en la otra vida es el paraíso de los elegidos. 152
» XXXIV. — De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar. 157
» XXXV. — La verdadera paz no existe más que en Dios 161
» XXXVI. — El único fin de nuestras acciones debe ser Dios. . . . 165

Consideración XXXVII. — Se ha de sufrir todo para agradar a Dios . . . . . Págs. 169
» XXXVIII. — Dichoso el que no quiere más que a Dios 172
» XXXIX. — Aridez de espíritu. 176
» XL. — Vida retirada . . 181
» XLI. — Desprendimiento de las criaturas . . . 184
» XLII. — La muerte de los santos es preciosa. 187
» XLIII. — La tibieza . . 192
» XLIV. — Pureza de intención 196
» XLV. — Suspiros por la patria celestial . . . 200